

LA MALDAD TRASPASA TODO  
LÍMITE ESTABLECIDO



23 EN N 3EV

SEDIENTA

© **SEDIENTA**  
© 2018 AERYN ANDERS

Primera edición: diciembre 2018  
Ilustración de la portada: © È Finita Ediciones

Obra registrada en el Registro de la Propiedad Intelectual  
Nº. Asiento Registral: 08/ 2018/ 228  
Licencia: Todos los derechos reservados

**Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del titular del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo .**

*Los entresijos de una mente turbada  
son capaces de hacer cualquier cosa.*

AERYN ANDERS

*«Toda mente perturbada  
encuentra el modo con el  
que dar rienda suelta a la  
ufanía de sus actos y con ello,  
intenta controlar el  
estado de sus víctimas para  
redimirse de su propia esclavitud y dejar de ser  
objeto de otros.»*

AERYN ANDERS

*Dedicado a vosotras, lectoras cero.  
Gracias a vuestra infinita ayuda  
logré sacar adelante la novela.  
Sin vosotras esto no sería posible.*

El traqueteo del vagón, junto a los efectos de alguna sustancia que permanecía en sus venas, la mantenía en un duermevela constante. Ni los gritos de la niña del asiento trasero ni el persistente rezo susurrado de la monja sentada a su lado, lograron que su mente se despejara.

Su cuerpo se mecía al compás del vaivén de las ruedas de hierro al rozar las vías. Se mojó los labios con la lentitud que la acompañaba, necesitaba dejar atrás la sequedad que abordaba su boca y no sentir la aspereza cada vez que tragaba.

Su mente estaba repleta de *flashes* que se proyectaban según la lucidez del momento. Aprovechó el instante de disfrutar uno de ellos para bajar la mirada. Una manta gris le cubría el cuerpo desprovisto de ropa, las dudas se adueñaron de sus pensamientos de inmediato. «¿Qué hacía desnuda?», logró preguntarse antes de dejarse vencer otra vez por Morfeo.

Sintió un frío trémulo, la humedad de la superficie —mezclada con el agua expandida a su alrededor— se filtraba por la piel desnuda de los muslos helándole los huesos. Alzó la cabeza aún condolidada al oler el desagradable hedor que le impedía una correcta respiración. Sus ojos enfocaron a la nada, la oscuridad la envolvía por completo.

Los brazos le dolían debido a la posición, la tensión de tenerlos estirados en la espalda atados con una soga imposibilitaba que pudiese moverlos. Al tragar comprobó que la misma cuerda que la mantenía maniatada le presionaba la garganta impidiéndole un buen funcionamiento. Bajó de nuevo la cabeza para evitar ahogarse ella misma. Escuchó el descorrer del pestillo y al instante una luz mortífera inundó la estancia.

Alzó el rostro a la misma vez que abrió los ojos. Le descolocó ver el gris sucio del sillón. Desvió el rostro e intentó enfocar la imagen de la religiosa que miraba a cualquier parte del vagón menos a ella.

Sacudió la cabeza, lo único que deseaba era aclararla, volver a tener todos los sentidos en alerta; pero su mente no le daba tregua, seguía empeñada en mantenerla en la inopia más de lo establecido.

Con pesadez llevó la mano izquierda a la sien. Los moratones que lucía, pensó que serían producto de la atadura. Se acarició la cabeza con suavidad, todavía sentía miles de agujones clavándose en su interior.

Miró por la ventanilla y le impactó la imagen que proyectaron sus retinas



en el cristal: estaba de pie con los brazos en cruz sujetos por unas esposas negras a la madera que, debido al barniz, le refrescaba la espalda. Frente a ella se bosquejaron unos ojos negros como la noche que —junto a unos carnosos labios— la observaban con lascivia a la vez que se humedecía el belfo.

Sintió la caricia en la mejilla seguida de una bofetada que le giró el rostro. «Mírame», ordenó una voz sugerente en el interior de su cabeza. Quiso cerrar los ojos y dejar de verse en aquella tesitura; pero la mirada azabache junto a la sensualidad de la voz, la mantenían rehén de su propia zozobra.

El tren redujo velocidad y logró sacarla de la ensoñación. Le costó horrores enfocar de nuevo la vista hacia su compañera de viaje.

—Perdone, hermana, ¿qué hora es? —Sintió los aguijonazos en la garganta con la primera palabra, pero se obligó a terminar la frase. Debía de recomponer el lapsus de tiempo que su mente se negaba a mostrarle por voluntad propia.

La monja alargó el brazo y señaló la pequeña pantalla que colgaba del techo al otro lado del pasillo.

Edna parpadeó un par de veces, por mucho que se esforzó por adivinar en qué franja horaria vivía, sus retinas se negaban a ofrecerle tal consideración.

—Disculpe, hermana, pero es que no logro verlo, ¿podría decírmela usted si es tan amable? —suplicó sin dejar de observarla, aunque la religiosa se negaba a ofrecerle una mirada de compasión.

A la religiosa no le hacía demasiada gracia hablar con una hija de la calle que encima tenía la poca decencia de subirse al tren repleto de menores, mujeres decentes y hombres con miradas libidinosas, desnuda; pero su deber, al ser una sierva de Dios, era ayudar a los necesitados.

—Las ocho y media de la tarde —respondió sin llegar a observarla.

Un *flash* obligó a Edna a cerrar los ojos, vagamente recordaba haberse subido al tren a primera hora de la mañana, y si el trayecto duraba tres horas, no podía ser tan tarde y que aún estuviesen camino de Valencia.

«¿Valencia?», se preguntó desconcertada. «La presentación», eso era el motivo de estar en el tren, tenía la presentación de la nueva novela de su mejor amiga. Se alarmó al comprobar que iba tarde, por mucho que quisiera no llegaría a tiempo.

—¿Ha habido algún imprevisto para que llevemos once horas de

trayecto? —Tomó una bocanada de aire para proseguir—. Valencia está a tres horas de Murcia.

Era la primera vez que su compañera de viaje desviaba la vista hacia ella. A Edna le sorprendió, y alarmó a partes iguales, la incredulidad que sus iris proyectaron.

—Señorita, en una hora llegaremos a Madrid.

—¿Madrid? —alcanzó a cuestionar.

La religiosa asintió una vez.

—¿Qué día es?

—Domingo. ¿Se encuentra usted bien? —Deseó saber la hermana, comenzaba a preocuparle el estado en el que se hallaba.

Le extrañó, a la vez que escandalizó, que accediera al vagón desnuda; pero eso no fue lo que en realidad llamó su atención, verla repleta de mugre y sangre por doquier logró que se santiguara en más de una ocasión. No tardó en llamar la atención de una azafata y solicitar que trajese una manta o cualquier prenda para tapar la desnudez de la chica que parecía perdida, aunque sus movimientos se asemejaban más a estar bajo los efectos de algún potente estupefaciente. Antes de ladear el cuerpo y mirar por la ventana opuesta a la suya, se aseguró de que ella respiraba, incluso le arrebató el billete de las manos con delicadeza para entregárselo al revisor de turno con el propósito de que no la despertara.

Edna volvió a caer en el duermevela que la mantenía al margen de la realidad, no tuvo tiempo de contradecir a la monja, su mente se apagó de repente sumiéndola en una vorágine de imágenes que no lograba encajar. Todo lo que le rodeaba parecía la mala organización de un puzzle al que le faltaban piezas para poder acabarlo, y estaba segura de que esas eran las que lo recomponían.

Esforzó hasta el límite sus recuerdos, simplemente alcanzó a recordar el momento justo que llegó a la estación de tren de Murcia, su hermana había sido la encargada de llevarla para evitarle el gasto del taxi. Otra fugaz imagen le mostró estar sentada en el banco a la espera de que llegase el tren y partir hasta Valencia a pasar el fin de semana con Sara, tenía muchas ganas de verla, de estar de nuevo con ella.

Otro momento efímero le mostró alguna que otra diapositiva de ella en el vagón con el móvil en las manos, hablaba con... Su mente volvió a bloquearse, no recordaba quién era la persona que lograba arrancarle más de una sonrisa; pero estaba segura de que no se trataba de su amiga, aquella



atontada iluminación de rostro nada más la mostraba por un hombre, un hombre que le gustaba.

La turbación se apoderó de sus somnolientos pensamientos haciéndola cuestionarse los hechos. ¿Quién era aquel extraño con el que había hablado de camino a Valencia? ¿Sería el dueño de los ojos azabaches que la excitaban y asustaban a partes iguales? ¿Y por qué se encontraba dirección hasta Madrid sin sus pertenencias?

Abrió los ojos al escuchar el chirriar de unas ruedas necesitadas de un poco de aceite, las pobres se lamentaban con cada giro que alguien les obligaba a hacer. Parpadeó con insistencia hasta que logró ver a la joven azafata que la miraba con pena.

—¿Quiere un poco de agua? —Ofreció con una sonrisa en la cara.

—Sí, estoy sedienta. —Logró articular.

Alargó el brazo, pero no llegó a alcanzar el vaso que la chica le ofrecía, este cayó con peso muerto sobre el regazo de su compañera. La miró a la espera de obtener su perdón, un perdón que no llegó.

La azafata se apiadó de ella. Se hizo con el vaso y le acercó el plástico a los labios para incitarla a tomar sorbos pequeños. La enfermera que viajaba en el vagón contiguo les había advertido a todos los trabajadores que no le diesen nada sólido, a lo mucho un poco de líquido.

Edna engulló el vaso en un suspiro, notó como el agua le dañaba la garganta a su paso, pero a la vez aliviaba la sensación de lija en la que se había convertido.

—Más —rogó.

La mujer quiso apiadarse de Edna y darle más. Las instrucciones eran claras, un vaso pequeño cada hora, no sabían bajo a que efectos estaba sometida y no debían arriesgarse o podían empeorar su salud.

—No se preocupe, en el hospital le darán más.

Quiso cuestionar aquella afirmación, pero su aletargada mente no lo permitió.

Esperó sentada mientras los demás pasajeros bajaban del tren, por mucho que quisiese alejarse de todo aquello y recuperar la normalidad, su cuerpo se negaba a obedecer las instrucciones de su cerebro.

Sintió unas manos sujetándola con suavidad por los brazos, su instinto fue pegar la espalda al asiento. Su confusa mente la premió con otra imagen que para nada era la real que vivía en ese momento.

En la fantasía, el hombre de ojos oscuros, le presionaba los bíceps con

insistencia, tanto que la dolencia era insoportable. Notó como algo le rasgaba desde el mismo centro de su cuerpo, el dolor ascendió por la espina dorsal hasta ubicarse en la cabeza. «Te gusta que te lo haga duro. Disfrutas cuando te provocho tanto dolor», en esa ocasión la voz no emanaba sensualidad, era rudeza lo que emitía.

—Señora —escuchó lejano—. Señora, tiene que acompañarnos. La llevaremos al hospital y allí podrá recuperarse.

—¿Qué me ha pasado?

El enfermero —encargado de ayudarla a bajar— la miró con compasión. No era la primera vez que la veía, su rostro llevaba una semana mostrándose en todos los noticieros del país, tanto su amiga como su familia habían denunciado su desaparición siete días atrás. Fueron los propios trabajadores de Renfe quienes dieron el aviso de su paradero al verla subir mugrienta, ensangrentada, desorientada y desnuda en la estación de Alcira, y en Atocha estaban apostados a la espera de su llegada.

Su mente rechazaba rellenar los recovecos que seguían con bastantes lagunas. Cuando volvió a despertar notó que su cuerpo no pesaba tanto como horas atrás; pero aun así, por mucho que lo intentó, Edna no fue capaz de recordar lo ocurrido.

Prestó atención al escuchar lejana una dicción conocida, los lagrimales se humedecieron al oír la voz angustiada de Sara.

—Doctor, ¿no insinuará que mi amiga se marchó por voluntad propia?

—No insinúo nada, señora. Lo único que pretendo es que comprenda que no hay síntoma alguno de que su amiga fuese obligada y tampoco se ha hallado semen, lo que descarta que haya sido violada. Por otra parte, el examen toxicológico releva una gran cantidad de cocaína consumida.

—Lo que me faltaba por escuchar —se quejó Sara—, mi amiga no es ninguna drogadicta.

Edna dejó de prestar atención, su mente le revelaría lo sucedido, pero hasta que no encajara todas las piezas del rompecabezas no hallaría la verdadera respuesta. Cerró los ojos y una sonrisa cálida la recibió con alegría, los abrió sobresaltada al reconocerlo.

## Cuarenta y ocho horas antes de desaparecer

*—Damos paso a las noticias más relevantes de hoy, viernes 24 de noviembre de 2017. Retiran un polémico mensaje para concienciar a la gente contra la violencia de género. Este año las denuncias por malos tratos han repuntado más de un 24 %. Por otro lado, saltan las alarmas en la estación de Villena, ya son dos jóvenes las que han desaparecido...*

Alargó el brazo hasta alcanzar el radio despertador. Le encantaba comenzar el día con la melódica voz del locutor. Desde aquella mañana que la escuchó en la oficina se había enamorado de ella, su mente no alcanzaba a imaginar que rostro acompañaría tan bella dicción; pero había logrado cautivarla de tal modo que compró un despertador con emisora para levantarse cada mañana con ella.

Desperzó el cuerpo antes de ponerse en marcha, le deleitaba rezagar la salida de debajo de las mantas, algo que solo ocurría en época invernal, el resto del año nada más sonar la alarma se ponía en marcha.

Sonrió con amplitud al saber que día era, por fin había llegado el tan ansiado viaje que la llevaría directa a pasar unos días inolvidables junto a Sara, su amiga. Hacía tres años que se conocían gracias a las Redes Sociales. Pronto congeniaron a las mil maravillas convirtiéndose, además de en amigas, en el apoyo que ambas necesitaban para lograr las decenas de objetivos que se marcaban para superarse profesionalmente.

A Edna le encantaba hablar con ella, le fascinaba la capacidad de imaginación de Sara, como de la nada se sacaba una novela que te absorbía hasta la última palabra. A ella siempre le atrajo aquel solitario pero fascinante mundo, el poder de unir palabras hasta crear una historia que atrapase al lector al instante. Sara era especialista en ello, no lo decía por tener la suerte de ser su amiga y leer sus novelas antes que nadie, todos los medios y entendidos del tema elogiaban el estilo de su pluma.

En cambio, su trabajo hacía meses que había dejado de atraerle. Al principio disfrutaba con cada venta de vivienda que realizaba, le satisfacía saber que aportaba su granito de arena a que familias comenzasen una nueva etapa. Pasados los años, era tan monótono que debía obligarse a ir cada mañana a la oficina para comenzar un nuevo día. Aquel viernes era distinto,

lo tenía libre puesto que no deseaba perderse la triunfal presentación del nuevo libro de Sara, porque estaba convencida de que sería todo un éxito como los demás.

Sin perder la felicidad del rostro se preparó para marcharse, en menos de un par de horas tenía que estar en la estación si no deseaba perder el tren. La insistencia de un claxon en la calle le advirtió de la llegada de su hermana. Apagó las luces de casa antes de agarrar el asa de la maleta y cerrar la puerta hasta su regreso.

—Vamos, pesada. A este ritmo llegas tarde.

—Todavía falta media hora para que salga y estamos a quince minutos —respondió una vez dentro.

—Eso contando con que no haya atasco, ya sabes que la entrada a la estación es traicionera, como se ponga un municipal a dar paso no llegamos ni a las diez de la mañana.

Edna resopló, sabía que su hermana tenía razón, la gran mayoría del trayecto lo recorrerían por la autovía, el problema surgía a la salida de la misma, de ella hasta la estación debían recorrer menos de cien metros; empero, —si por un casual— se metían en un atasco, se podía tardar casi una hora.

—Si es así, me dejas en la rotonda y voy caminando, llegaré antes que si accedemos con el coche.

—¿Estás segura? Vas cargada con el equipaje.

—Es pequeña —respondió mirando la maleta que descansaba en el asiento trasero.

—Lo que quieras.

El tiempo de viaje lo emplearon en hablar. Su hermana, como cada vez que viajaba, le pidió que a su llegada le mandara un mensaje. Era lo que tenía ser la pequeña de la familia, aunque a sus treinta y cinco años ya no se consideraba tal.

Se despidieron en la puerta de la estación con un abrazo.

—Pásalo bien. —Fueron las últimas palabras que escuchó por parte de su hermana antes de adentrarse de nuevo en el denso tráfico.

Asió la maleta y accedió por el lateral de la estación hasta ubicarse en el andén correcto sin perder la sonrisa. Miró el reloj y la hora le cercioró que aún disponía de diez minutos antes de que llegara su tren. Tomó asiento en uno de los bancos libres y se entretuvo con el móvil, el gesto alegre se amplió al encontrar un WhatsApp de él.

El hecho de que le diese los buenos días, le desease que tuviese buen viaje y que no se olvidase de él el tiempo que estuviese fuera de la ciudad, fue suficiente para ilusionarse más de lo que estaba. Hacía semanas que intercambiaban mensajes a diario, aunque en un inicio fue reacia. Además, necesitaba ampliar su círculo social y ello fue lo que la impulsó a hacer algo que, en condiciones normales, ni siquiera se hubiese planteado.

Respondió con la misma ilusión que utilizaba cada vez que hablaba con él, aquel primer contacto la distrajo de tal modo que cuando quiso darse cuenta había llegado a su destino. Llevaban tres horas hablando. Sin ganas, tuvo que despedirse.

Buscó entre la gente que congregaba la estación de Valencia una cabellera rubia, pronto la divisó entre la multitud. Aceleró el paso hasta llegar a la altura de Sara, soltó la maleta y se fundió en un abrazo con su amiga. Por cuestiones laborales llevaban más de seis meses sin verse.

—Tranquila, cielo.

Edna abrió los ojos desorientada. La respiración acelerada dificultaba que el oxígeno llegase con normalidad a los pulmones. Intentó inhalar y exhalar tal como había aconsejado el médico antes de darle el alta hospitalaria.

Llevaba dos días instalada en un hotel de Madrid. Tanto los médicos, como la policía, le aconsejaron que no abandonara la ciudad. Aún quedaban ciertas lagunas en su caso y deseaban despejar todas las incógnitas, de ese modo descubrirían qué había sido de ella durante los siete días que estuvo desaparecida.

—Háblame —pidió con serenidad Sara sin apartarse de su lado.

Tras recibir la llamada de la policía informándole de que Edna viajaba en tren con destino a Madrid, no dudó ni un instante, quería estar presente a su llegada. Por otro lado, a la hermana de su amiga le era imposible asistir ya que la enfermedad de su madre la requería casi las veinticuatro horas del día. Dejó a sus hijas a cargo de su esposo y tomó el primer Ave que la llevara directa hasta la capital.

Todavía se le erizaba la piel al recordar en las pésimas condiciones que la vio bajar del vagón. Lloró desconsolada al imaginar qué había sido de ella tras ver las manchas de sangre que embadurnaban su cuerpo. Seguía a su lado, no había sido capaz de regresar a Valencia y dejarla sola.

—¿Qué has recordado?

—La mañana del viernes.

—¿Has visto algo fuera de lo común?

—No. Pasé las horas del viaje hablando con él.

Sara no preguntó el nombre del susodicho, lo había intentado en varias ocasiones y cada vez que sacaba el tema, Edna se bloqueaba. Esforzaba la mente para leer el nombre de la persona con la que intercambió mensajes, pero su cerebro se negaba a ofrecerle respuesta.

—Recuerda lo que dijo el médico. No debes obligarte, está convencido de que conforme pasen los días todo se despejará.

—Jabel.

—¿Qué significa? —cuestionó Sara confundida.

—Se llama Jabel.

Sara se tapó la boca con la mano ahogando así la exclamación, no deseaba alterarla porque aquel era un paso, no era gran cosa pero sí lo suficiente para comunicárselo a la policía y que pudiesen investigar. Tampoco creía que en España hubiese muchos varones con ese nombre tan extraño.

—¿Conoces a alguien que se llame así? —inquirió Edna.

No le pasó inadvertida la expresión de su amiga; era una mezcla de sorpresa con horror.

—No.

—Entonces ¿a santo de qué viene esa cara?

—¿Qué cara?

—La que has puesto cuando te he dicho su nombre.

—Entiende que esté asustada, estuviste desaparecida siete días y cuando apareciste... —Enmudeció de golpe, no era necesario que pasase otra vez por aquella situación—. No sé quién es, pero tengo suficiente con saber su nombre para odiarlo por todo lo que te ha hecho.

Edna meditó las palabras de su amiga, no tenía motivos para desconfiar de ella, se confesaban casi todo, incluso algunos de esos pequeños secretos que a una le gusta mantener para sí.

—No sabemos si fue él, ni lo que me hizo. Lo mismo... —Las fuerzas le fallaron a la hora de decir que a lo mejor todo lo que le ocurrió fue consentido.

—Ni lo pienses. Te conozco mejor que si te hubiese parido, borra la idea de que consentiste lo que sea que te hiciera ese malnacido.

—Sara.

—Ni Sara ni leches. Tú nunca aceptarías eso.

Edna entendió por sus palabras que le ocultaba información.

—¿Qué no aceptaría?

—Olvídate de eso por el momento, ahora mismo nos urgen otros menesteres.

El cuerpo le pesaba horrores, desde su salida del hospital sentía como si hubiese corrido diez maratones sin descansar, le costaba incluso dar un paso sin tener apoyo en algo rígido; no obstante, el mutismo de su amiga durante esos dos días le exasperaba, necesitaba la información de la que carecía, estaba convencida de que disponiendo de ella recompondría el rompecabezas. Intentó, en vano, levantarse.



—¿Dónde vas? —Quiso saber Sara cogiéndola al vuelo antes de que cayese al suelo.

—Si tú no quieres decirme lo que sabes, iré a la policía, de algún modo tengo que averiguar qué me ocultas.

—Está bien —cedió Sara.

No deseaba que forzase su cuerpo y agotara las pocas energías que tenía.

—Según el informe médico, esos días practicaste sexo...

Sara jugueteó con las uñas, cómo explicarle el tipo de prácticas.

—Ve al grano y no me tengas compasión, así no me ayudas —exigió Edna.

—Por lo visto practicaste sexo de un modo bastante salvaje, tanto que te provocó fisuras. El doctor está convencido de que no fuiste violada, que fue consentido en todo momento y que el daño es ocasionado por la rudeza del mismo.

—¿Qué más?

—El análisis toxicológico reveló que consumiste una gran cantidad de cocaína, aunque no hallaron ninguna sustancia que indicara que te anularon la voluntad. Por eso te he dicho que no pienses que estuviste de acuerdo, te conozco demasiado bien para saber que tú nunca...

—Nunca me drogaría. —Terminó la frase por ella.

Edna meditó lo escuchado con los ojos cerrados, vagamente recordaba esa conversación al despertar en el hospital y tener un momento de lucidez.

—¿Tienes el teléfono del inspector? —preguntó sin abrir los ojos, si lo hacía se desmoronaría.

—Sí.

—Llámalo. Dijo que si recordaba algo que lo llamase.

—Me parece buena idea.

Sara cogió el teléfono de encima del escritorio que había en la habitación. No quería realizar la llamada con Edna presente. Por eso se excusó y objetó que bajaba a comprar algo para picar, que tantas horas allí encerrada le provocaba hambre.

Edna no cuestionó la pobre excusa, necesitaba un momento de soledad. Agradecía la presencia de su amiga a su lado, mas en instantes como ese —en el que acababa de descubrir que había consumido estupefacientes y a saber qué tipo de prácticas sexuales había realizado— le urgía estar sola consigo misma.

Se tumbó en la cama, cruzó los brazos y cubrió los ojos con ellos. Como

si del mecanismo de un reloj se tratase, su cerebro comenzó a engranar y a conectar con el subconsciente para revelarle nueva información.

## Veinticuatro horas antes de desaparecer

No tardaron en instalarse en la terraza del bar ubicado en la plaza donde residía Sara. Alargaron el aperitivo del mediodía con la comida y el café, tenían tantas cosas que contarse, que cuando quisieron darse cuenta les quedaba el tiempo justo de prepararse para la presentación. Entre risas accedieron a la casa de Sara, aún les faltaba pasar por la ducha y acicalarse para el gran acontecimiento.

De camino a la sala donde tendría lugar el evento, Edna conoció a las amigas de Sara. Congenió bastante bien con la La Jerezana, una mujer que desprendía alegría por doquier y eso mismo era lo que necesitaba, disfrutar durante unas horas y olvidarse de los problemas, bastante era cargar con ellos durante la semana.

El tiempo de espera lo dedicaron a tranquilizar a su amiga, aunque no era la primera vez que presentaba ante el público una nueva obra, los nervios se apoderaban de ella, la idea de que no fuese bien acogida la mantenían en un estado de inquietud constante.

Tal como había previsto Edna, el recibimiento por parte de los lectores fue un éxito total. Con los nervios aplacados, se despidieron de los allí presentes para dar comienzo a su noche de chicas. Unas horas que le sirvieron a Edna para evadirse de la monotonía que la envolvía cada día. Pusieron punto y final de madrugada.

Un nuevo día amaneció y la tristeza invadió tanto a Sara como a Edna, les quedaban escasas horas juntas, la hora de la partida marcaba el punto de inflexión hasta un nuevo encuentro.

Optaron por invitar a La Jerezana a comer con ellas, la velada se prolongó tanto que un mínimo descuido hubiese obligado a Edna a permanecer una noche más en Valencia. Gracias a la habilidad al volante de La Jerezana, llegó justo a tiempo de subirse al tren, lo que provocó que la despedida con ellas fuese efímera.

Con la respiración acelerada por la carrera, localizó el vagón correspondiente, accedió a él segundos antes de que las puertas se cerrasen y ponerse en marcha. Ubicó la maleta en el portaequipajes que daba acceso a su coche, buscó el asiento asignado por la compañía y se dejó caer rendida. Le

llevó varios minutos reponerse de la fatiga.

Una vez recuperada, buscó los auriculares entre las decenas de cosas que abarrotaban el bolso, sonrió al escuchar el característico sonido de un nuevo mensaje. Con la idea de que se trataba de Sara para despedirse otra vez, se hizo con el móvil, la tonta sonrisa volvió a adueñarse de ella al comprobar que el remitente no era su amiga, sino Jabel.

Durante el fin de semana no se olvidó de él y aunque menos asiduos, intercambiaron mensajes. Pasó los siguientes minutos hablando con él, interesándose ambos por cómo habían transcurrido sus días. Edna relató lo bien que le había venido ese viaje exprés y Jabel comentó el estrés al que se vería sometido en pocos días; la Navidad estaba a la vuelta de la esquina y, por desgracia, los delitos aumentaban. Se lamentaba porque no tendría tiempo de conocerla en persona si no era ese fin de semana.

Un impulso la hizo salirse de sus costumbres, no era asiduo en ella quedar con desconocidos; pero algo le decía que no debía tener miedo de él, que —hasta el momento— en cada conversación telefónica e intercambio de mensajería, Jabel le había demostrado ser un hombre de bien.

Mandó el mensaje sin pensar en nada más, aquella noche la única consecuencia sería abrir, otra vez, su corazón. En él le decía su intención de quedar a su llegada, que tenía ganas de conocerlo en persona, que a esas alturas de la relación necesitaba ver los gestos a la hora de expresarse y cómo se comportaba ante su presencia.

✓ ¿Cómo va el viaje? ¿Cansada?

Una tonta sonrisa se le instaló en el rostro, la preocupación que demostraba comenzaba a gustarle, hacía años que un hombre no se interesaba por su bienestar, aunque a decir verdad, Edna estaba convencida de que jamás había recibido aquella atención.

Acodada en la barra de la cafetería del tren, pensó que solo se había enamorado una vez o eso creyó mientras duró su única relación. Una vez finalizada comprobó, con pesar, que aquello no era ese sentimiento del que todas sus amigas hablaban, jamás había sentido esas mariposas en el estómago cuando lo veía y tampoco contaba las horas que quedaban para volver a verlo. Quizá lo suyo fue un mero encaprichamiento, dejarse seducir por el chico más guapo del grupo.

Recordó con tristeza el día que lo conoció, estaba en casa ultimando los detalles para salir, aquella noche era especial, por primera vez su hermana la invitaba a salir con sus amigos. Al ser la pequeña, la diferencia de edad las

alejaba más que las unía.

A su corta edad no discernía con coherencia, en aquella época lo único que a Edna le interesaba era salir cada fin de semana y pasarlo bien, esa noche prometía ser tal como lo había ideado decenas de veces en su cabeza.

Resultó mucho mejor de lo esperado, al llegar al bar donde se encontrarían con el resto de amigos, Juan ya estaba allí. Las miradas entre los dos volaron toda la noche, incluso su hermana llegó a amonestarla por fijarse en un hombre que le superaba en edad. Hizo oídos sordos de su consejo, con los años comprendió que, de haber sido más inteligente, se habría ahorrado muchos disgustos.

Sacudió la cabeza para eliminar los amargos recuerdos provocados por una relación tóxica de más de diez años. La cual, lo único que le aportó, fue aprender a resurgir de sus propias cenizas al despojarla incluso de su personalidad.

Parpadeó un par de veces, no deseaba derramar más lágrimas, bastantes había dejado escapar ya. Llevaba años lejos de la manipulación de Juan, gracias a su tenacidad logró recomponer los estragos causados y, en esos instantes, se consideraba una mujer con voz y decisión propia. Esa mala experiencia vivida fue lo que la impulsó a desconfiar del sexo opuesto, pero Jabel, con su infinita paciencia, le demostraba que no todos eran iguales.

✓ Con muchas ganas de que acabe el viaje.

Respondió sin pensarlo porque era verdad, era la primera vez que sentía esos nervios previos antes de una cita, la idea de que no rodase bien el encuentro no le pasó por la cabeza, si congeniaban bien hablando e intercambiando mensajes, lo harían mucho mejor en persona.

✓ ¿Cuánto te queda para llegar?

✓ Casi estamos en Alicante. Estaremos unos diez minutos parados allí y después una hora más de trayecto.

✓ ¿Has pensado lo que te he dicho antes? Puedo recogerte en la estación, tengo ganas de verte.

Meditó la petición, ella también tenía ese ímpetu de tenerlo frente a frente.

✓ Necesito pasar por la ducha para despejarme.

✓ Puedes hacerlo en mi casa o podemos ir a la tuya, pero así estaremos juntos más tiempo. ¿Qué me dices? ¿Te van las aventuras?

Nunca había sido muy aventurera, lo mismo fue esa falta de iniciativa, no tener cada instante planeado lo que la llevó directa a los brazos del hombre

equivocado, pero se había acostumbrado a esa nueva vida.

Percibió como el tren reducía velocidad hasta el momento exacto de detenerse. Con premura abonó la cuenta de la consumición tomada, recorrió los vagones que la separaban del suyo y sin pensarlo, asió la pequeña maleta y descendió del tren sin intención de regresar.

✓ Veo que no te ha gustado la sugerencia porque no has contestado.

Leyó una vez en la puerta de la estación.

Sin tiempo que perder, dedicó los siguientes segundos a contestar.

✓ Mira si me ha gustado que estoy en la puerta de la estación a la espera de que me recojas.

✓ Dame diez minutos. Te prometo que no te arrepentirás de la decisión tomada.

Miró en rededor sintiéndose una completa extraña. Los agentes que había en la estancia la observaban con verdadera curiosidad, esa actitud lograba que Edna se sintiese más atípica de lo que en sí se sentía a diario. Tampoco ayudaba ver su fotografía en la entrada de la comisaría como si fuese una vulgar delincuente.

Aunque Sara intentó en innumerables ocasiones evitar que viese los noticieros, ella aprovechaba los momentos de soledad para encender el televisor y fisgonear lo que decían sobre su desaparición.

*«La agente inmobiliaria, Edna Cortés, desapareció el pasado 25 de noviembre cuando regresaba en tren desde Valencia hasta Murcia. Las alarmas se dispararon el domingo a media tarde cuando, tanto su hermana como su amiga, denunciaron su desaparición. Fueron los trabajadores de Renfe quienes dieron el aviso el 3 de diciembre de que una mujer cubierta de mugre y sangre, coincidía con las características físicas que sus familiares y amigos habían descrito a la policía. A su llegada a Madrid una ambulancia esperaba para trasladarla al hospital y realizarle las pruebas médicas oportunas...»*

A partir de ese momento los invitados al programa debatían decenas de hipótesis sobre su desaparición y todas coincidían en los motivos de la misma; por voluntad propia. Se acogían al hecho de que los resultados médicos demostraban que no fue violada ni forzada, pero sobre todo se basaban en la cantidad de estupefacientes hallados en sangre. No tardaba en desconectar el aparato para dejar de escuchar conjeturas sobre su ausencia porque ni ella misma recordaba qué había pasado en realidad.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó lo más bajo que fue capaz.

Su amiga le acarició el brazo para que se tranquilizara, la conocía y sabía que su estado de ansiedad aumentaba según avanzaba el segundo.

—El inspector quiere hablar contigo. Te lo dije ayer y estuviste de acuerdo.

—He cambiado de opinión, todos me miran raro.

—Es tu imaginación, nadie te mira.



Edna alzó una ceja. Tenía una laguna mental de los días que había estado a saber dónde; pero su capacidad de raciocinio y observación estaban intactos, no era imaginación suya que los policías no dejaban de señalarla y hablar entre sí.

—No, no lo son. ¿Por qué no nos vamos y que vaya él al hotel?

Esperaba la contestación de su amiga, pero fue una voz profunda la que escuchó.

—Buenos días, señora Cortés. Soy el inspector jefe, el inspector Expósito ha tenido que salir con urgencia, la acompañaré para que le atienda su compañero García. Le pido disculpas por hacerla esperar tanto tiempo. Si son tan amables de seguirme, las guiaré.

Hizo un gesto con la mano invitándolas, de ese modo, a que lo siguiesen.

Sara al notar la inseguridad de su amiga, le sujetó la mano y apretó con suavidad para infundirle el valor del que carecía en esos momentos.

Edna inspiró una bocanada de aire antes de ponerse en pie. Siempre había tenido especial respecto por aquellos edificios, nunca tuvo problemas que la llevaran a las dependencias policiales, también era verdad que había hecho todo lo posible por no pisarlos; pero sin quererlo y creía que sin buscarlo, era la tercera vez que entraba en una comisaría en pocos días.

Siguieron al inspector que se adelantó unos pasos para guiarlas por la zona. Los ojos de Edna capturaron cada detalle a su paso; un largo pasillo inhóspito que albergaba puertas azules cerradas y paredes blancas carentes de calidez.

Un frío trémulo se adueñó de ella, no sabía bien cuál era el motivo; pero al acceder a la pequeña oficina provista únicamente de una mesa y tres sillas —sin más ventilación que la artificial— sintió su cuerpo estremecerse por el dolor y el miedo, aunque lo que más le impactó fueron los dos iris azabaches que la observaban con expectación desde el centro de la estancia.

—Edna, cielo, ¿qué te ocurre? ¿Estás bien?

Las palabras de preocupación de Sara llegaron lejanas, como si se trataran de voces de ultratumba. Sabía que la tenía a escasos centímetros de ella, aun así la sentía lejana.

—Edna, me estás asustando, ¿qué sucede? ¿Has recordado algo?

La visión se le nubló envolviendo la estancia en plena oscuridad. Hiperventiló en repetidas ocasiones, por mucho que se esforzaba en tener un comportamiento normal, su mente era como si estuviese encerrada en una realidad paralela.

—Traeré un vaso de agua.

Aquel tono de voz hizo que se retrajese más. Le resultaba familiar, no era la primera vez que lo escuchaba.

—Vámonos de aquí —pidió al cerciorarse, dentro de su mal estado, de que el inspector había salido.

—Edna tienes que hablar con el inspector, si no lo haces, nunca sabremos qué ocurrió —suplicó Sara sin reparar en los temblores que se adueñaban de su amiga.

—Por favor, Sara, vámonos. Te lo explico en el hotel. Invéntate cualquier excusa, pero sácame de aquí, te lo suplico.

Decepcionada por la pobre explicación y sin entender qué le sucedía a su amiga, optó por aceptar —de mala gana— la súplica. Le sujetó la mano y la sacó de allí sin esperar siquiera el regreso del inspector. Casi estaban llegando al final del pasillo cuando se tropezaron con el primer agente con el que habían hablado.

—¿Eres el agente que nos ha recibido, verdad? —preguntó Sara.

—Sí, señora.

—Le puedes decir al inspector García que lamentamos mucho la pérdida de tiempo que le hemos ocasionado, pero tenemos que marcharnos de inmediato. Se me ha olvidado que Edna tiene cita en el hospital con el médico que la atendió a su llegada y no puede saltársela.

Sin más explicaciones y sin esperar a que el hombre respondiese, prosiguieron su camino y no pararon hasta estar alejadas del edificio.

Sara se colocó frente a su amiga a la espera de una explicación, entendía que debía ser difícil para ella pasar por todo aquello; sin embargo, si no ponía de su parte, jamás sabría qué sucedió. En ocasiones como esa, la idea de que en realidad no la hubiesen retenido sin su consentimiento tomaba más fuerza. Cada vez que tenían que hablar con la policía, Edna se aislaba en el pequeño mundo que había forjado nada más recuperar el conocimiento y no había quién la sacara de él.

—¿Me vas a explicar por qué nos hemos ido sin hablar con el inspector?

Edna se frotó las manos. El miedo seguía instalado en ella, intentaba sacar de su cabeza la voz recién escuchada, su mente no discurría con claridad. La sensación de no ser la primera vez que la oía, seguía latente en ella.

—Si sigues en ese plan de no poner de tu parte para descubrir qué te ocurrió, yo me largo. Tengo a mi familia desatendida porque no quiero

dejarte sola, aunque me niego a seguir a tu lado si prosigues comportándote como una niña pequeña que se encierra en su mundo a la espera de que los demás averigüemos qué le pasa.

Edna la vio alejarse en dirección a la parada del metro que la llevaría directa al hotel. Quedó unos segundos de pie sin moverse, era consciente de que tenía que despertar del letargo en el que llevaba sumida días. Siempre le había costado hablar de su intimidad, incluso ni la confianza que Sara le había otorgado desde el primer día, había sido suficiente para superar esa barrera.

Deambuló por las céntricas calles de Madrid, de aquella forma solía poner en orden sus pensamientos. Discurrió cómo contarle lo poco que recordaba, sabía que era importante revelarle el modo en el que conoció a Jabel, incluso en eso le había mentado. Su pasado con Juan la había marcado más de lo que ella quería reconocer. Era cierto que había superado aquella etapa de su vida, pero también la mala experiencia vivida le había hecho que fuese más desconfiada y produjo que se encerrara más en sí misma sin llegar a desvelar los sentimientos y complejos reales que tenía.

Era cerca del mediodía cuando regresó al hotel, no tenía claro que después de estar un par de horas meditando por la ciudad, encontrara a Sara en la habitación a la espera de su regreso.

Mostró una tímida sonrisa al verla sentada en el filo de la cama con las maletas agolpadas a sus pies.

—Te contaré todo lo que quieras saber y yo recuerde.

El inspector García recorría la estancia de un lado a otro sin cesar, su superior le había prohibido inmiscuirse en el caso de la mujer desaparecida, en su defecto le encargó la resolución de un pequeño atraco de una tienda de barrio.

Comenzaba a cansarle que lo tratase con tanta desconsideración, él era el mejor del departamento de personas desaparecidas y bandas organizadas. Pasó años instruyéndose para ello, pero a su llegada a Madrid se vio desplazado a un puesto sin importancia.

Resopló con fuerza al ver a uno de sus compañeros, sabía la amistad que lo unía al comisario, aunque no comprendía por qué le asignaba sus casos si él era de Antivicio.

—Pareces un león enjaulado.

Giró el cuerpo para encontrarse con Sergio, el inspector jefe. No era mal hombre, incluso podía decirse que se llevaban bien. De hecho, fue con el único que había quedado para tomar algo después del trabajo en alguna ocasión.

—¿Me vas a contar qué te ocurre para que estés así? —inquirió su jefe.

—No es nada.

—Ya, por eso llevas dos horas desgastando el suelo —bromeó para aligerar el ambiente.

—Rodríguez sabe de sobra que soy el mejor agente que tiene para los casos de desaparición y me ha relevado del de la mujer que desapareció en Alicante para encargarme que resuelva el atraco del chino. Joder, Sergio, que todos sabemos que son los Suárez quienes están detrás de ello.

—¿Te refieres a Edna Cortés?

—A la misma.

—¿Qué interés tienes por llevar su caso?

García le dio la espalda. Sabía que Sergio era perro viejo y por mucho que negase no tener especial interés en interrogar a la mujer, su mirada diría lo contrario, no se le daba bien mentir y mucho menos en cosas tan personales.

—Es mi campo —respondió sin dejar de mirar la pared.

—Eso lo sé. Lo que no llevo a entender es por qué te interesa este caso

en especial, que yo recuerde no has insistido tanto con la británica desaparecida y sigue sin resolver.

—Me interesa más el de Edna Cortés.

Sergio mostró media sonrisa.

—Voy a pensar que son motivos personales los que te mueven a reclamar el caso. Hombre, tengo que reconocer que la mujer es guapa, ¿acaso quieres beneficiártela?

—No digas gilipolleces, no tiene nada que ver con eso.

—Entonces, ¿con qué?

García tuvo que morderse la lengua para no responder. Había ciertos asuntos de su vida privada que era mejor mantener ocultos y su única intención era estar en la misma sala que ella, no pedía nada más.

—Hagamos una cosa —y porque me caes bien—, mandaré a Expósito a investigar el atraco, no le va a hacer ni puñetera gracia, pero para algo soy el jefe. La señora Edna Cortés está esperando ser atendida, saldré yo mismo a recibirla y la llevaré a la sala de interrogatorios. Calcula diez minutos y ve a hablar con ella.

—Gracias, Sergio.

—No me las des, haz bien tu trabajo para que no me arrepienta de mi decisión —dijo una vez en la puerta.

Jabel permaneció en la estancia. Dedicó unos minutos a contener los nervios que lo dominaban, al final se había salido con la suya y tenía la oportunidad de plantarse frente a ella.

Accedió a la sala antes que ella, quería ver su reacción nada más lo viera. Quedó plantado detrás de la silla que él ocuparía con las manos metidas en los bolsillos del pantalón. Alzó la vista al escuchar pasos acercarse y no desvió la mirada de los ojos asustados de ella hasta que logró salir del aturdimiento que provocaba su presencia. Optó por ofrecerse a salir a buscar un vaso de agua, era una excusa para ver si su intuición no fallaba y ella decidía marcharse de comisaría.

Respiró con tranquilidad cuando al volver se encontró la sala vacía. Tomó asiento y no tardó en comprender que necesitaba otras vacaciones si en verdad quería resolver lo que le carcomía.

## Doce horas antes de desaparecer

La cálida sonrisa de Jabel la recibió a los minutos de estar sentada sobre la maleta a la espera de su llegada. No tardó en responder al alegre recibimiento de igual modo. Sin mediar palabra se fundieron en un emotivo abrazo. Los días invertidos en hablar los llevaron a conocerse más de lo que ellos mismos pensaban. Por ello, no fueron necesarias las obsoletas presentaciones que tan incómodas eran en ciertas ocasiones.

—Cuánto me alegro de que estés aquí —confesó él sin perder la alegría del rostro.

—Yo también me alegro.

Al igual que los desaparecidos caballeros, Jabel aprehendió el equipaje y aferró su mano para guiarla hasta su coche. Serpentearon los vehículos que abarrotaban el aparcamiento hasta llegar a un utilitario azul marino. Ubicada la maleta en su compartimento, accedieron al coche sin dejar de dedicarse miradas furtivas.

—¿Te duchas en mi casa o prefieres que te lleve a Murcia y lo haces en la tuya?

Edna no tuvo que reflexionar la respuesta, la tenía sumamente clara incluso antes de tomar la loca decisión de apearse del tren sin ser su fin de trayecto.

—Si no te importa, en tu casa. Así no perdemos tiempo.

Jabel amplió la sonrisa. Sin pensarlo, acercó su rostro y —con suavidad— posó sus labios en los de ella. No intentó —bajo ningún concepto— profundizarlo, con ese simple roce de sus bocas se daba por satisfecho por el momento, llevaba tantos días anhelando ese encuentro que con tenerla a su lado era suficiente premio.

Una vez el vehículo en marcha, Jabel volvió a sujetarle la mano y no la soltó hasta que llegaron frente a su portal. Edna dedicó los minutos invertidos en el camino hasta su lugar de residencia para relatarle los espléndidos días vividos en Valencia y lo bien que le había venido salir de la monotonía en la que se había convertido su vida.

Él escuchaba atento lo que decía, le encantaba el timbre de su voz; aunque más la soltura con la que se desenvolvía, logrando con ello que el

encuentro fuese tan placentero que nadie podría decir que se veían por primera vez.

Con la educación que siempre lo acompañaba, volvió a hacerse cargo del equipaje y mantuvo la puerta del edificio abierta para que ella pasase. La orientó por la minúscula vivienda hasta llegar al único cuarto del que disponía. Edna al ver la cama que ocupaba la inmensa mayoría de la estancia, no pudo remediar mirarlo con cierto recelo.

—Si decides quedarte a pasar la noche, tú dormirás en la cama y yo en el sofá. Que quede claro que no va a ocurrir nada entre nosotros que no desees, no soy de ese tipo de hombre. Sé esperar —comentó con sinceridad acariciándole la mejilla.

A Jabel no le pasó inadvertido la duda en su mirada al comprobar que la vivienda solo disponía de un dormitorio, por eso quiso borrarle la incertidumbre de inmediato. Él con tenerla a su lado se conformaba, lo que tuviese que pasar entre ellos no deseaba que fuese forzado, le gustaba que las cosas sucediesen por lo natural y que ambas personas lo desearan.

—Gracias —agradeció Edna con una tímida sonrisa.

Le ofreció intimidad dejándola en el cuarto para que se duchara y cambiara, se instaló en el sofá a la espera de que su Dulcinea particular apareciera.

Al saberse sola, Edna no tardó en ponerse en marcha. Se sentía mal por haberle demostrado con gestos la incomodidad que le producía saber que nada más había una cama, cuando lo único que él hizo desde el inicio había sido darle confianza. Algo a lo que no estaba acostumbrada, ya que sus experiencias anteriores a cada cual había sido más desastrosa; pero Jabel —con tesón— había demostrado que era una persona en la que se podía confiar, que no mostraba doble personalidad para enamorarla y después dañarla, él había dejado ver sus virtudes y defectos desde el primer momento en el que se conocieron.

Una vez despojada de la sensación de suciedad se plantó frente a la maleta con indecisión, no sabía qué ponerse, algo que desde hacía tiempo no le sucedía. Desechó el vestido que utilizó para la presentación de Sara, le parecía excesivo para una primera cita, demasiado insinuante sin tener las cosas claras, no deseaba precipitar nada y si se colocaba esa prenda enviaría un mensaje contradictorio.

Rebuscó entre sus pertenencias hasta dar con los pantalones negros, los combinó con una camisa blanca cuya semitransparencia insinuaba el encaje



negro de la lencería. Aplicó una fina capa de polvos sobre el rostro y dejó los rizos sueltos. Tras colocarse los zapatos, coger la chaqueta y el bolso, salió a su encuentro. Lo halló sentado en el sofá.

—Cuando quieras —anunció para que reparase en su presencia.

Jabel admiró la obra de arte que adornaba su vivienda, no le importaría observarla cada día el resto de su vida. La sencillez de su atuendo la hacía más hermosa de lo que por sí era. Se incorporó y, al igual que en el aparcamiento, tuvo que contener sus ansias por besarla. En su defecto, se dedicó a unir sus labios, en parte deseaba que fuese ella quien lo prolongara.

—Estás preciosa. Esta noche voy a ser la envidia de todos.

—Exagerado. —Rio Edna ante el halago.

—Para nada.

Cogidos de la mano descendieron las dos plantas que los separaban de la calle. Conforme pasaban los minutos más cómoda se sentía a su lado, y Jabel no cabía en sí de la felicidad que lo embargaba al saber que la mujer que lo acompañaba se había fijado en él. No había tenido suerte en cuestiones amorosas. Las mujeres que estuvieron con él siempre se movieron por interés, jamás se enamoraron de él, algo que anhelaba con todo su ser.

—¿Qué te apetece cenar? —inquirió sin soltarla.

—Cualquier cosa, me gusta todo.

Jabel miró el coche y antes de desechar la idea de utilizarlo, preguntó:

—¿Te importa si vamos andando? La zona de restaurantes está a dos manzanas.

—Para nada, me encanta caminar.

Entre confesiones, risas y roces provocados, llegaron a una calle repleta de pequeños bares y restaurantes. Se instalaron en la terraza de una diminuta tasca que disponía de estufas exteriores. Tras sopesar las ideas, se decantaron por pedir pequeñas raciones al centro para compartir, acompañadas de dos jarras de cerveza.

—Entonces, ¿la presentación de tu amiga fue todo un éxito?

—Sí, al igual que las demás. No entiendo por qué Sara se pone tan nerviosa cuando le toca presentar ante los lectores una nueva obra, el mero hecho de llevar su sello ya le asegura centenares de ventas. Imagino que una nunca se acostumbra al éxito.

—También es posible que los nervios no se deban a eso.

Edna lo miró sin entender.

—Puede que el miedo sea porque la novela no sea tan bien acogida o los

lectores piensen que ha perdido su habilidad a la hora de narrar —aclaró Jabel.

—En este caso, dudo mucho que eso ocurra algún día, cada trabajo que finaliza supera al anterior. En ocasiones, la envidio.

—No deberías. Tú ya eres una mujer diez.

Edna notó como sus mejillas se encendían debido a la habilidad de Jabel para hacerla sentirse especial, la trataba como si no existiese otra mujer en la faz de la tierra.

Trasladaron la tertulia a otro local ubicado a unos metros del que estaban. Volvieron a instalarse en la terraza, además de ofrecerles más tranquilidad al no estar en mitad del bullicio que a esas horas de la noche abarrotaba el bar, les permitía fumar.

La madrugada cayó sobre ellos sin percatarse, eran tantas las cosas de las que querían hablar, que fue el camarero quien —con cordialidad— los invitó a acabar la velada. Ambos se sorprendieron al comprobar lo avanzada de la noche; no obstante, la sensación de los dos era que llevaban escasos minutos juntos.

Cogidos de la mano emprendieron el regreso a casa. Aunque les apetecía tomar una última copa, los empresarios —con las persianas bajadas— los invitaron a que lo hiciesen en la intimidad del salón de Jabel.

Al llegar, él no tardó en sacar un par de vasos y unas cervezas, tenían tantas cosas que confesarse que no estaban seguros de hacerlo en las horas que les deparaban juntos.

—¿Puedo revelarte un secreto? —susurró Jabel para enfatizar sus intenciones.

—Por supuesto.

Edna cruzó una pierna sobre la otra, aquella postura le permitía girar el cuerpo y mirarlo de frente.

—Esta tarde tenía la impresión de que no te ibas a quedar y al llegar a casa, anularías nuestra cita.

Edna alzó una ceja sorprendida.

—¿Y eso por qué?

Jabel encogió los hombros.

—¿Cuánto tiempo llevamos hablando?

—Varias semanas.

—Cada vez que he intentado ir a verte, has salido con alguna excusa. Hoy estaba convencido de que sería igual.

—Te has equivocado, aquí estoy.

—Y no sabes lo feliz que me haces.

Jabel centró la atención en los jugosos labios de Edna, deseaba tanto devorarlos, que no se explicaba cómo había sido capaz de contenerse durante toda la noche. Con movimientos suaves, para no asustarla, redujo la distancia que los separaba sin dejar de observarlos. Cuando estaba a escasos milímetros hizo contacto visual con los suyos, de ese modo pedía permiso para aplacar la sed que tenía de ella. Un leve parpadeo le dio el consentimiento que precisaba.

Le acarició el cuello a la vez que la atraía hacía a él y saboreaba el mayor manjar de la noche. Un gemido de satisfacción se escapó de su garganta cuando la lengua de Edna tanteó la suya. La temperatura del salón subió de grados conforme sus cuerpos se caldeaban. El beso, que en un principio iba a ser una primera toma de contacto, pasó por todas las fases; suave al principio, apasionado según sus lenguas se enzarzaban en su particular danza y con la brusquedad dos amantes que llevan tiempo separados.

Para cuando quisieron darse cuenta sus cuerpos estaban fundidos en uno, nada de aquello estaba planteado de antemano. Fueron sus ganas y —sobre todo— el deseo que ambos sentían en el momento, lo que hizo que se dejasen llevar en el sofá.

Edna abrió los ojos con una sensación de plena felicidad. Giró la cabeza encontrándose a Jabel aferrado a ella, su respiración pausada le aseguró que seguía dormido.

Entornó los ojos y no pudo dejar de sonreír al recordar la noche vivida, el encuentro en el sofá fue la antesala de lo que en verdad sucedería entre las sábanas. Se sonrojó al recordar lo que le había confesado; «No soy de porcelana, no me voy a romper», dijo para su asombro. Le gustaba la suavidad con que la había tratado en el salón, pero en aquellos momentos su cuerpo pedía más acción. Volvió a reír al recordar la contestación de él; «Así que te gusta que te lo haga duro. Tus deseos son órdenes para mí, mi bella dama», bromeó Jabel sin dejar de comérsela con la mirada mientras la sujetaba por los bíceps para que no se le escapara.

—Buenos días, preciosa. —Escuchó.

Ladeó el rostro y encontró a Jabel mirándola con adoración. Sus bocas se saludaron con el anhelo de estar semanas distanciadas.

—Buenos días —contestó ella al separarse.

—¿Te quedas a pasar el día? —suplicó Jabel colocándose encima de ella —. Podemos pasar el día en casa.

—¿No tienes intención de salir de aquí? —Edna abarcó la habitación con las manos.

—¿Tan mal estás? —contraatacó él hundiéndose un poco más dentro de ella.

—No, pero... —El placer le impidió proseguir.

—Si te parece bien, podemos comer fuera. Después descansamos un rato y esta noche te llevo a casa.

La contestación de Edna fue apresarlo con las piernas para inducirle a que se moviera y así, tal como había sugerido Jabel, pasaron el resto de la mañana hasta que sus estómagos se revelaron, cosa que los obligó a pasar por la ducha y ponerse en marcha. Cogidos de la mano y sin dejar de prodigarse caricias, emprendieron el camino hacia el restaurante, dispuestos a devorar todo lo que el cocinero tuviese a bien cocinarles.

Instaladas en la mesa más alejada del restaurante, ambas amigas esperaron ser atendidas antes de enfrascarse en la conversación.

Sara estaba ansiosa por saber. Por el contrario, Edna no estaba tan segura de contar, las ideas seguía sin tenerlas despejadas y poco podía aportar para saciar la curiosidad de su amiga.

—¿Por qué nos hemos ido de la comisaría? —Sara lanzó la primera pregunta nada más cerciorarse de que el camarero les concedía intimidad.

Edna tragó el agua que tenía en la boca y depositó el vaso en la mesa antes de responder.

—No es la primera vez que escucho la voz del inspector García.

—¿Qué quieres decir?

—Pues eso, que ya la he oído con anterioridad.

—¿Cuándo?

Pensó bien la respuesta, no estaba convencida de si era un recuerdo real o una simple imaginación de su mente bloqueada.

—No lo sé.

—¡Ya empezamos otra vez! —se quejó Sara malhumorada.

—¿Dónde vas? —inquirió Edna al verla levantarse.

La miró, en sus ojos pudo apreciar que no la creía y eso la lastimó. Fue sincera con ella, no sabía cuándo o dónde había oído la voz del inspector.

—Te digo la verdad, no sé dónde la he escuchado, pero hoy no ha sido la primera vez. Además, sus ojos...

Dejó la frase en el aire, el escalofrío que recorrió todo su cuerpo la enmudeció al instante. Dedicó unos segundos a abrir y cerrar las manos, de ese modo intentaba tranquilizarse.

—Nada más entrar, un frío extraño se ha adueñado de mí. Ha sido como si mi mente se hubiese transportado a otro lugar que me da pavor. El miedo que me ha invadido me ha dejado paralizada. Cuando he alzado la cabeza y he visto los ojos negros del inspector, la sensación se ha incrementado, y su voz... —Sacudió el cuerpo para librarse del terror que le producía recordar lo vivido horas antes—. Al escucharla me he visto sujeta con una cuerda.

—¿Intentas decirme que fue el inspector quien te secuestró?

Edna movió la cabeza en pequeños gestos negativos.

—No lo sé, quizás solo se parezca a la persona que lo hizo y verlo me ha traído el recuerdo, pero no me inspira confianza el tal García. ¿No te has fijado cómo me miraba?

—A ver, cielo, en parte es normal. —Sara al ver el cambio de semblante de su amiga, explicó—: Entiende que no es habitual que una persona desaparezca siete días, haga su aparición tal y como tú lo hiciste; desnuda, cubierta de mugre y sangre subida en un tren lleno de gente y súmale que no recuerda nada. Por muchas cosas que estén acostumbrados a ver en su trabajo, no creo que hayan tenido muchos casos como el tuyo.

Edna resopló. Sabía que tenía razón, inclusive ella misma tendría curiosidad por conocer la historia; pero no le agradaba nada ser el centro de atención, no solo por parte de la policía y periodistas, también la de los viandantes con los que se cruzaba.

—Eso puedo entenderlo, lo que no comprendo es la mirada, no quería saber qué me pasó, era otro sentimiento el que destilaba.

—No he apreciado lo mismo que tú. Supongamos que tienes razón y no es la primera vez que la escuchas. ¿Se trata de Jabel?

Edna negó con la cabeza.

—No estoy segura.

Sara abrió los ojos.

—¿Lo recuerdas?

—Aún tengo difuminada la imagen de su cara, pero sí he recordado qué ocurrió a mi regreso a Murcia. No llegué a la estación de El Carmen, me bajé en Alicante. Allí me recogió Jabel y nos fuimos a su casa para que yo me duchara y cambiara de ropa. Cuando estuve lista nos fuimos a cenar y nos instalamos en la terraza de una cervecería. Era bien entrada la madrugada cuando decidimos regresar al piso.

—¿Qué ocurrió después?

No tuvo que pensar mucho para relatar el día que pasó en compañía de Jabel, si el inicio del sábado había sido perfecto, el broche final fue insuperable.

—Me convenció para pasar juntos el día y a media tarde me llevaría a Murcia. Después del café optamos por regresar a casa para descansar, no habíamos dormido mucho. Recuerdo salir del restaurante y poco más.

—¿Qué quieres decir?

—Que a partir de ese momento no sé qué ocurrió.

Sara evitó pegar un brinco en la silla, no deseaba llamar la atención del

resto de comensales que abarrotaban el salón a esas horas.

—Edna, cielo, ¿te das cuenta de lo que acabas de decir?

Su amiga la miró inquisitiva, no entendía a qué se refería.

—Acabas de decirme quien te secuestró, ¿acaso no lo ves? Si lo localizamos, tendrás todas las respuestas.

—Dudo que Jabel tenga algo que ver. Aunque no niego que sí tengo que localizarlo, lo mismo tiene las respuestas que a mí me faltan.

—Edna, ¿por qué lo defiendes? No lo entiendo.

—No viste cómo me trató. —Al ver que iba a replicar se adelantó a decir —: Sara un hombre que se comporta así no puede ser un depravado y te aseguro que tengo mala experiencia con los hombres y sé cómo son en poco tiempo.

Su amiga no le quitó la razón, no le había revelado todo su pasado, lo máximo que le confesó fue que lo pasó mal en su única relación y que por ello le costaba confiar en el sexo opuesto, si dio el paso de estar a solas con Jabel sin ninguna compañía que le otorgara respaldo, era porque había visto algo en él.

El resto del tiempo que duró la comida, Edna la puso al día con lo que se acordaba. No omitió detalle alguno. Incluso confesó la forma en la que conoció a Jabel, a través de una red social para solteros, algo que sorprendió a su amiga, jamás lo hubiese imaginado.

Salieron al exterior con menos dudas que al entrar —al menos—, por parte de Sara. Caminaban en silencio en dirección a la boca del metro más cercana cuando una voz masculina hizo que ambas frenasen su caminar.

—Señora Cortés, cuando he regresado a la sala ya no estaba. ¿Se encuentra usted bien?

Edna agarró a Sara por el brazo, las piernas le temblaban tanto que si no se sujetaba a algo de inmediato sabía que caería al suelo.

El extraño comportamiento de su amiga hizo que Sara inventara una excusa para marcharse y perderlo de vista.

—Lo siento, inspector García; pero como le he dicho al agente que nos ha recibido, teníamos cita médica.

—¿Todo bien? ¿Ha recordado algo más, señora Cortés?

—Todo perfecto, gracias por interesarse. Y no, no ha recordado nada más. —Se adelantó a contestar Sara—. Ahora, si nos disculpa, llevamos prisa. Nuestro tren sale en unas horas.

—¿Se marchan?



—Sí. Edna ha recibido el alta médica. Ya no es necesario que permanezcamos más tiempo en Madrid.

—¿Pero...?

—Le agradecemos su interés, pero a partir de este momento se encargará la policía de su ciudad, ya lo hemos dispuesto y están al tanto de todo. Un placer, inspector García.

Sara instó a Edna a moverse y dejó al policía con la palabra en la boca. Sabía que las piernas de su amiga no obedecían como debían, aun así aceleró el paso hasta bajar las escaleras y adentrarse en la estación de metro.

—No me niegues que no lo conoces —dijo Sara una vez que estaban dentro del vagón.

—Juraría que no, solo es su voz.

—No lo creo, aunque hasta que tu mente no se despeje, no saldrás de dudas.

Al llegar al hotel fueron directas a la habitación que ocupaban. Sentó a Edna en la cama, que proseguía enmudecida. Sin tiempo que perder, preparó su equipaje a la misma vez que por teléfono adquiría dos billetes de Ave para Valencia.

—Mañana he quedado con Latorre, él nos ayudará.

—¿Quién es? —habló por primera vez Edna en horas.

—Un amigo. Es detective privado, me ayuda cuando tengo dudas a la hora de montar una trama. También me ayudó la semana que estuviste en paradero desconocido y desde entonces, le he contado todo lo que has recordado.

—Si tú confías en él, yo también.

A Edna no le agradó la idea de que un desconocido se introdujese en su vida privada y menos, si se trataba de un detective del cual no sabía nada, aunque no puso objeción.

## Primer día desaparecida

La pastosidad de la boca junto al intenso dolor de cabeza, la obligó a abrir los ojos. Un olor nauseabundo se adueñó de sus fosas nasales en el primer intento por llenar los pulmones del tan necesario aire. La arcada quemaba todo a su paso, quiso taparse la boca para contenerla; sin embargo, no fue lo suficiente rápida para evitarlo y arrojó la comida a sus pies.

Parpadeó un par de veces, deseaba adaptar la visión a la oscuridad que le envolvía. No estaba en su cuarto y algo en su interior le advertía que tampoco se encontraba en la cama de Jabel, la dureza que sentía no se asemejaba en nada a la comodidad de su colchón.

Esforzó la mente para recordar dónde se encontraba, aunque la laguna mental se apoderó de ella. Lo máximo que alcanzó a rememorar fue la salida del restaurante apresurada y el retorno a casa de Jabel.

«Un momento», pensó.

Jabel insistió en aplazar el café porque algo en la comida le había sentado mal. La preocupación en su mirada fue suficiente para que Edna aceptase de buen grado la sugerencia de acostarse a dormir la siesta, estaba convencido de que el malestar de su cuerpo era debido a la falta de descanso.

Intentó incorporarse para corroborar que la idea de que se hallaba en el hospital no era tan descabellada, quizás había empeorado en el trayecto y habían ido. La desorientación hizo que tomase asiento de nuevo, inspiró una bocanada de aire para paliar el mareo y poder levantarse. Minutos más tarde volvió a intentarlo. Cerró los ojos asustada cuando —al dar tres pasos— comprobó que la cadena que la apresaba a la cama imposibilitaba cualquier movimiento, aquello impedía una escapatoria.

Forzó la mente para que le revelase dónde se encontraba, pero era como si estuviese drogada, por mucho que procuraba reconstruir lo ocurrido durante el día, lo máximo que evocaba era la salida del restaurante; sin embargo, nada más se proyectaba.

—¡Socorro! —Medio gritó, ya que el habla también le costaba.

Luchó contra el grillete para liberarse, tiró con fuerza hasta que sintió la calidez de las primeras gotas de sangre recorriéndole la muñeca. No le importó el dolor que sufría por la perseverancia exigida, sabía que —de no

intentarlo— algo malo ocurriría.

Dejó caer los párpados en un intento desesperado por no echarse a llorar, de nada servía dejarse vencer por el pánico. Tenía que ser coherente e intentar buscar una salida, aunque fuese a la desesperada.

Pensó en Jabel, en la forma tan caballerosa con la que la había tratado desde su llegada y en su fuero interno no quería pensar que detrás del secuestro se encontraba él. Desechó el pensamiento, un hombre que trata con tanta dulzura a una dama, jamás sería capaz de cometer tal aberración.

Entonces ¿quién era su secuestrador? Ella no era una persona conocida y tampoco millonaria, era una simple agente inmobiliaria. Por mucho que se estrujó los sesos en pensar y encajar por qué la habían apresado, nada le vino a la cabeza.

Dentro del letargo que le acompañaba, creyó escuchar pasos. Prestó atención al rítmico sonido que llegaba desde fuera. No se equivocaba, al otro lado de la estancia en la que se hallaba, se oían pisadas. Incluso si su mente no le traicionaba, estaba segura de que era más de una persona.

Tragó saliva al advertir que alguien abría la puerta. No se atrevió a levantar la cabeza, dejó la mirada clavada en el suelo.

—Mírame —ordenó un timbre de voz que intimidaba.

Mantuvo la misma posición sumisa. Aquello, lo único que provocó, fue recibir el primer golpe. La intensidad de la fuerza usada la obligó a girar el rostro. No tardó en sentir el sabor metálico de su propia sangre que emanaba del labio inferior.

—Cuando te exija que me mires, lo haces. No me gusta repetir las órdenes —dijo irritado.

La sujetó del cuello y la obligó a alzar la mirada.

—¿Disfrutas cuando te provooco tanto dolor?

Edna quiso enfocar la vista, puesto que le imponía tener que verlo, quería conocer la cara de su secuestrador. El aturdimiento se apoderó de ella al comprobar que su visión era tan borrosa que lo único que vio, fueron miles de puntitos negros al igual que si de una imagen codificada se tratase.

—Demasiado mayor para mi gusto, pero son las exigencias del guion.

Edna trató de deglutir la saliva acumulada en la boca, aunque la presión ejercida le imposibilitaba la tarea. Logró su cometido cuando él la soltó.

Escuchó cómo se movía por la estancia, por mucho empeño que puso en descifrar el rostro de su agresor, la nube que se cernía sobre ella entorpeció la tarea.

Con brusquedad le introdujo una especie de cilindro en uno de los orificios de la nariz y con el dedo le taponó el otro.

—Aspira.

—¿Qué es? —preguntó con voz temblorosa.

—No te interesa. Hazlo o lo hago yo a la fuerza.

Un pánico atroz se apoderó de ella, no entendía del tema, pero sabía que le ofrecía. En innumerables ocasiones presenció la escena de la mano de su expareja.

Exhaló más fuerte de lo habitual debido a la fobia que tenía a las drogas, sabía el daño que generaba en la persona que las consumía y también se extrapolaba a las que le hacían compañía, aquello lo único que logró fue recibir otro fuerte golpe.

—¡Putá! Lo has tirado todo —rugió sin dejar de golpearla.

Las lágrimas se adueñaron de los ojos de Edna al sentir el intenso dolor. Quedó agazapada mientras él se separaba de ella y rehacía lo que había desperdiciado.

Volvió a ponerle el tubo en la nariz y presionó con más fuerza el orificio libre.

—Si no quieres que te golpee más veces, métetelo de una puta vez.

No quiso correr la misma suerte, sin dejar de temblar aspiró con fuerza todas las veces que le indicó. El tabique nasal le escocía, había perdido la cuenta de las rayas que la había obligado a esnifar.

Cuando Edna pensaba que se había marchado y podía relajarse dentro de que lo administrado le permitiese, reparó que una goma ejercía presión en su brazo y le cortaba la circulación. No tardó en sentir el pinchazo, quiso preguntar qué le suministraba en aquella ocasión, aunque prefirió no ser golpeada de nuevo. Con los que había recibido tenía suficiente.

La cabeza le pesaba, era como si le hubiesen puesto decenas de losas sobre ella, pero a la vez su mente estaba sobreexcitada. La sensación era tan desagradable que necesitaba levantarse. No tardó en hacerlo, mas la pesadez de su cuerpo le impedía moverse con normalidad.

Repitió el mismo trayecto en repetidas ocasiones, daba tres pasos a la derecha para regresar al punto de partida y hacer el trayecto a la inversa. Así estuvo hasta que cayó rendida en el camastro que la mantenía cautiva.

—Ya está, cielo, estoy aquí. No te va a pasar nada.

Edna abrió los ojos confusa. Respiró con normalidad cuando al enfocar la vista el rostro preocupado de Sara no dejaba de escrutarla.

—¿Otra pesadilla? —cuestionó su amiga inquieta.

Edna asintió.

—¿Has recordado algo?

—No. Lo veo todo negro, siento mucho frío y me duele el cuerpo. Es tan real que aún perdura la sensación.

Sara la atrajo hacia a ella y la abrazó. Empleó la fuerza necesaria para calmarla sin llegar a dañarla. Llevaban dos días instaladas en su casa. Nada más llegar a Valencia llamó a su esposo para que fuese a recogerlas a la estación y, por el camino, habló con sus padres. Les suplicó que se quedaran con las niñas mientras Edna estuviese en la ciudad, no quería dejarla sola en un hotel, ella no deseaba regresar a casa para no preocupar a su madre enferma. Por ello, llevaba una semana a su lado y sabía de sus despertares.

—Creo que lo mejor será aplazar la reunión con Latorre, lo llamaré para quedar otro día —comentó Sara incorporándose.

—No, por favor, no la canceles —pidió Edna a media voz.

Sara tomó asiento en una esquina de la cama, le cogió la mano y apretó con suavidad.

—Cielo, no estás para hablar con él. Mejor quedamos mañana.

—Quiero acabar con esto cuanto antes y regresar a mi día a día.

—¿Estás segura?

—Sí.

Aunque a Sara no le parecía buena idea, no le quedó más remedio que claudicar. Si ella estuviese en su situación, sabía a ciencia cierta que también querría averiguar la verdad lo antes posible. Volvió a levantarse. No le hacía gracia dejarla en la habitación en aquella situación, a Edna le llevaba tiempo recuperarse, incluso en más de una ocasión, le había costado horas; no obstante, la reunión estaba establecida y si no se daban prisa no llegarían. Conocía a su amigo el detective y si no aparecían a la hora acordada no las atendería hasta otro día.

—Mientras que te duchas, estaré en mi cuarto. No eches el pestillo y si

necesitas cualquier cosa, grita.

—Vale.

Edna esperó en la cama a que su amiga se marchara, no por vergüenza, en esos días juntas la había visto desnuda en innumerables ocasiones; pero quería poner en orden su mente antes de incorporarse, no era la primera vez que desfallecía si se levantaba enseguida.

El agua no arrastró la desazón que la embargaba, dejó que las lágrimas se entremezclaran, las retenía desde que se había despertado exaltada porque no quería asustar a Sara. Cómo decirle que había reconocido una de las voces en el sueño. No, no podía, ya que ni ella misma tenía claro si él estaba involucrado o se trataba de una mezcla de recuerdos.

La algarabía de la calle la recibió al traspasar el portón del edificio. La plaza ajardinada estaba atestada de gente, Edna tuvo que esforzarse para saber en qué día vivía. Al comprender que era sábado por la mañana, no le sorprendió que no quedase ni una silla libre en las terrazas de los bares.

A paso lento sortearon a los niños que correteaban y jugaban mientras sus padres charlaban sentados sin perderlos de vista. Cruzaron la calle y anduvieron unos metros hasta llegar a la boca del metro más próxima.

Edna quedó paralizada en el primer escalón, la sensación de reconocer el lugar se apoderó de ella. De inmediato su cuerpo comenzó a temblar.

Sara giró la cabeza para asegurarse de que la seguía, no era cuestión de perderla de vista en su situación. Se alarmó al no hallarla a su lado. Giró el cuerpo buscándola, iba a gritar su nombre cuando se le ocurrió levantar la mirada. Sintió pena por su amiga, que temblaba al igual que un flan al inicio de la escalera.

Apresuró la subida hasta colocarse a su lado y la abrazó.

—¿Qué ocurre? —inquirió Sara alarmada.

—Ya he estado aquí.

Sara sonrió.

—Claro, cielo. —Al comprobar la interrogación de su mirada, aclaró—.  
Conmigo.

Edna sacudió la cabeza.

—No.

—¿Cómo qué no? —Bromeó Sara para paliarle la angustia—. La tarde de la presentación accedimos al metro por aquí.

—Si la recordase por eso no tendría tanto miedo. En todo caso, sería un recuerdo feliz.

A Sara le extrañó la respuesta.

—Quizás sea otro acceso, son todos iguales. Pero es bueno que hayas recordado eso. Vamos o no llegamos. —La instó a caminar—. No te va a pasar nada. Recuerda que estoy contigo y no voy a permitir que te lleven otra vez.

Edna confiaba en Sara y si ella decía que a su lado estaba a salvo, no tenía por qué dudar de su palabra. Sin soltarse de ella, reanudó la marcha con más tranquilidad. El apoyo incondicional de su amiga era el bálsamo que necesitaba para librarse del caos en el que se había convertido su vida.

Optó por quedarse de pie una vez en el metro, la multitud a esas horas era increíble, no estaba acostumbrada a ese tipo de transporte ya que su ciudad no disponía. Lo usaba en las contadas ocasiones que visitaba Madrid. Un escalofrío le recorrió el cuerpo al recordar que allí mismo había comenzado su pesadilla. Siguió a Sara en cada cambio de metro que hacían hasta que al fin anunció su llegada.

Respiró el aire de la calle nada más subir a la superficie, desde su desaparición sentía claustrofobia por los sitios oscuros y sin ventilación. Desde su salida del hospital evitaba usar hasta el ascensor, prefería utilizar las escaleras.

Con lentitud observó la fachada del inmueble donde estaban paradas, se hallaban en el extrarradio de la ciudad y el edificio constaba de tres plantas.

—Es en la segunda —anunció Sara como leyéndole el pensamiento.

—Nos vemos arriba —comentó Edna al ver que su amiga se dirigía al ascensor una vez accedieron al edificio.

Sara sacudió la cabeza, por momentos olvidaba que había dejado de usarlos.

—Culpa mía. No sé dónde tengo la cabeza. —Se disculpó.

—No tienes que dejar de utilizarlos, no cambies tus hábitos por mi culpa.

—Me vendrá bien un poco de ejercicio. —Sara se puso frente a ella en el rellano de las escaleras y la sujetó por los hombros—. Si te hace sentir incómoda en algún momento, solo tienes que decirlo y nos largamos, ¿entendido?

Edna asintió.

Un hombre, que rozaba la cincuentena, las recibió. No había nada raro en su comportamiento ni en su recibimiento. Esperaba una persona excéntrica, quizás con pinta de ido, era lo que tenía ver tantas series

americanas, los detectives privados que creaban tenían todos el mismo patrón.

Algo desilusionada entró en la vivienda que hacía las veces de oficina. De forma instintiva miró las paredes a la espera de encontrarlas repletas de estanterías llenas de libros, el desencanto se apropió de ella, el blanco resaltaba sobre los escasos muebles de madera que albergaba la estancia. Pronto comprendió que estaba frente a un hombre normal y corriente, incluso se atrevía a decir que solitario y para nada el ideal que ella tenía de aquella profesión.

—Latorre, ella es Edna Cortés, la amiga de la que te he hablado.

El hombre alargó la mano para estrechársela.

—Un placer conocerla al fin.

Edna aceptó el saludo, no sin antes dedicarle una mirada de reojo a su amiga, quien asintió ofreciéndole la tranquilidad que precisaba.

—Gracias por querer ayudarme —contestó.

—Me gustan los retos, y déjeme decirle que su caso será el mayor al que me enfrente en mi carrera hasta el momento.

No le agradó la explicación, no se consideraba el reto de nadie y menos de un desconocido, pero si quería llegar hasta el fondo del asunto tendría que conformarse.

—Tomad asiento, por favor.

Latorre indicó un par de sillas de distintos modelos que se encontraban delante de su mesa de trabajo. Sorteó el tablero y se sentó frente a ellas. Abrió el cuaderno y se hizo con un bolígrafo.

—Cuénteme qué recuerda.

Edna se frotó las manos antes de narrar lo mismo que le había contado a su amiga. Obvió decirle la revelación de esa mañana, aún no estaba segura de tener razón y no quiso levantar sospechas sin cerciorarse primero.

—Está bien —interrumpió Latorre—. El viernes 24 de noviembre viajó usted a Valencia para pasar un día con Sara. El sábado volvió a coger un tren de vuelta a casa y decidió bajarse en Alicante para quedarse con el tal Jabel. Recuerda haber estado con él durante la noche y parte del domingo hasta la salida del restaurante.

Edna asintió, lo había abreviado mejor que ella.

—Por un casual, ¿sabría decirme el nombre del restaurante?

—No.

—¿Y la zona?



—Sí, donde están todos los bares en el centro.

—Algo es algo. ¿Qué me dice de Jabel?

Lo miró desconcertada.

—¿Qué quiere que le diga?

—¿Cómo lo conoció? ¿Cuánto tiempo llevaban viéndose? Todos esos detalles.

Sara notó el desagrado que le producían las preguntas a su amiga.

—Cielo, dile todo. Si le ocultas algo, no podrá ayudarnos.

Sin otra salida, Edna no tuvo más remedio que relatarlo.

—Nos conocimos a través de una aplicación para solteros. Llevábamos semanas hablando por teléfono y WhatsApp, ese sábado fue la primera vez que nos vimos.

Vio el asombro en el rostro del hombre, cosa que le molestó.

—Aunque no creo que Jabel esté implicado, me trató como a una dama las horas que estuvimos juntos.

—Perdone que le diga esto Edna, pero los hombres con tal de salirse con la suya son capaces de hacer cualquier cosa.

—No comparto la misma opinión —objetó ella.

—La comparta o no, ahora mismo todo apunta a que él es el responsable de su desaparición y todo lo demás.

—Aquí el experto es usted, no yo. —Ironizó Edna.

—Exacto —afirmó él.

Llegó a la ciudad pasada la medianoche, guiado en todo momento por el navegador, estacionó en la puerta del hotel donde se hospedaría los próximos días. Su consciencia no le permitía seguir con su día a día hasta que no solucionase aquel problema. Le impactó tanto verla en comisaría que aquello provocó que la siguiese por mitad de la ciudad, de ese modo se enteró dónde estaría los siguientes días. No tardó en regresar a su lugar de trabajo y solicitar los días de permiso que aún le pertenecían.

Se enteró por la prensa de que estaba viva y aquel mismo motivo fue el que lo impulsó a engañar a Sergio para que le permitiese estar en la sala de interrogatorios a él y no a su compañero, no podía arriesgarse a ser descubierto, aún no. Primero quería averiguar qué recordaba ella de su cita, a raíz de ahí actuaría.

Entregó el DNI al sonriente recepcionista y evitó mirarlo mucho a los ojos, cuánto más desapercibido pasara mejor. Recogió del mostrador la tarjeta que le daría acceso a su habitación. Se colgó la bolsa donde había metido un par de mudas y se dirigió al ascensor.

Nada más acceder a la habitación fue directo al baño, le urgía tomar una ducha, las horas al volante siempre le pasaban factura.

Recostado en la cama miró la pantalla del móvil, la negrura que mostraba era similar a la que él vivía desde que salió aquel fatídico domingo del restaurante acompañado por ella. Nada de aquello tenía que haber ocurrido, pero no pudo evitarlo.

Dejó de mortificarse por la gran metedura de pata, el error ya estaba cometido, lo único que le quedaba era enmendarlo y por esa misma razón, se había trasladado a Valencia. Le urgía localizarla antes de que los demás se enteraran.

Trató de descansar, llevaba días sin hacerlo, pero su mente se negaba a dejar de cavilar qué ocurriría si la verdad salía a la luz. Cansado de dar vueltas en la cama optó por salir a correr, llevar su cuerpo al límite lograba relajarlo durante unas horas. Desde pequeño el ejercicio fue el mejor remedio que halló para paliar sus inquietudes.

Conectó los auriculares al teléfono, apretó el velcro de la funda protectora alrededor del brazo y comenzó a trotar. Con cada zancada que

daba sus nervios se apaciguaban. Perdió la noción del tiempo y los kilómetros recorridos, fue visualizar el alba lo que le indicó que era el momento de regresar al hotel.

Bajó al restaurante después de pasar por la ducha y cambiarse de ropa. Tomó las precauciones necesarias para que a su salida al exterior nadie lo reconociese. Provisto con gorra y gafas de sol, comenzó a pasear hasta llegar a las transitadas calles de Mislata, allí era donde encontraría lo que había ido a buscar.

El mediodía caía y su frustración crecía. Por muchas calles y bares que recorrió y visitó, sus intentos por localizarla habían sido infructuosos. El día avanzó y el nefasto resultado lo desanimó. Regresó al hotel sin dejar de decirse que al siguiente día tendría más éxito en su búsqueda.

Repitió el mismo ritual del día anterior, pero en aquella ocasión se marchó a la calle sin visitar el restaurante. Apenas había transcurrido una hora cuando su estómago se reveló, solicitaba algún tipo de alimento, jamás imaginó que hacerle caso a las peticiones de su cuerpo sería tan fructífero.

Se hallaba sentado en la terraza del restaurante oculto a la vista de los demás por la columna que soportaba el peso de la primera planta del edificio, cuando una conocida voz llamó su atención.

No podía creer que la suerte estuviese de su lado, un par de metros más allá estaba Edna junto a la mujer rubia que la acompañaba el día que estuvieron en comisaría. Se quejaba por la reunión que su amiga había concertado, le decía que lo único que deseaba era regresar a casa y a su normalidad.

Bajó la visera de la gorra, no pretendía ser descubierto, no ahora que la había localizado. Esperó paciente en la mesa hasta que ellas se pusieron en marcha, mantuvo una distancia prudencial para que ninguna de las dos reparase en su presencia.

Bajó las escaleras de la boca del metro y se colocó unos pasos separados de dónde estaban ellas a la espera de que llegase el siguiente. Subió al mismo vagón por otra puerta distinta y se quedó pegado a la misma. Sin llegar a mirarlas de frente, no las perdió de vista hasta que llegaron a su parada.

Conforme los minutos avanzaban más se impacientaba, no tenía la menor idea de adónde se dirigían. Tuvo que parar de golpe al verla analizar la fachada del edificio que tenían frente a ellos. Esperó tras el poste de la farola sin dejar de observarlas hasta que accedieron al interior del inmueble.

Inspeccionó las placas informativas instaladas encima del interfono.

Detective privado Jayden Latorre, leyó.

—Mierda —masculló.

Aguardó en la calle a la espera de que ellas abandonasen el lugar, no tenía intención de marcharse de allí sin conocer al detective en persona e indagar qué le había contado Edna. La desesperación se adueñaba de él según transcurría el tiempo. ¿Tanto tenía que revelar?

Paseó de un lado a otro de la calle sin perder de vista la puerta del edificio, se agazapó tras un vehículo al escuchar cómo se abría. A través del cristal vislumbró dos figuras, no tardó en comprobar que eran ellas quienes se marchaban. Centró la atención en el cuerpo de Edna, inmediatamente el suyo se reveló al recordar lo que había hecho con ella.

Observarla le concedió los minutos de espera antes de incorporarse y caminar hasta el inmueble. No necesitó llamar al interfono del detective, nada más llegar a la puerta él la abría.

—¿Detective Latorre?

—¿Quién lo pregunta?

—Inspector García.

Latorre lo observó con detenimiento, no le sonaba de nada su cara.

—No recuerdo haberlo visto antes.

—Será porque no trabajo en Valencia.

—¿Dónde pues?

—Madrid, distrito centro.

—Está usted un poco lejos de casa, ¿no cree inspector? —Latorre al notar la incomodidad de la pregunta, agregó—: ¿Qué desea?

—Quería hablar con usted en referencia al caso de Edna Cortés, tengo entendido que ha aceptado el caso.

El detective lo miró desconfiado, nadie, excepto Sara, la misma señora Cortés y su confidente, sabía que iba a investigar lo sucedido durante aquellos siete días.

—¿Cómo se ha enterado?

—Tengo mis fuentes.

—Ya —respondió escueto Latorre, conocía a la perfección cuáles eran esas fuentes—. ¿Por qué le interesa?

Del mismo modo que omitió decirle la verdad a Sergio, Jabel le narró al detective la misma historia que nada tenía que ver con la realidad. No cesó en mirarlo a los ojos el tiempo que duró la explicación, necesitaba comprobar los gestos que emitía el hombre, ellos le dirían si creía la patraña que le decía

o no. Mantuvo el mismo tono de voz para evitar que percibiese lo nervioso que estaba.

—Lo siento, pero no soy de gran ayuda, la señora no recuerda nada — agregó Latorre una vez el inspector hubo acabado.

La intuición de Latorre le advirtió que tampoco revelase nada, los motivos del inspector le parecían sospechosos, viajar a otra ciudad por el mero hecho de hablar con él fue lo que le alarmó, aquellas cosas quedaban de escándalo en la caja tonta, pero en la realidad existía un apartado llamado teléfono que resolvía las dudas de inmediato.

García sacó una tarjeta del bolsillo y se la entregó.

—¿Sería tan amable de llamarme si la señora recuerda algo que sea relevante?

—Cuenta con ello —contestó Latorre cogiendo la cartulina.

Jabel lo vio marchar en dirección a un todoterreno aparcado en la calle, quedó plantado en el mismo lugar a la espera de perderlo de vista. Regresó al hotel con la seguridad de que el detective jamás lo llamaría.

—¿Está segura de que no recuerda nada más?

—Sí —respondió saturada Edna de tanta pregunta.

Si se descuidaba, el detective le hubiese preguntado hasta la talla de ropa interior que usaba. Contestó las preguntas más absurdas que jamás había imaginado, incluso llegó a interesarse por la hora exacta de salida de Murcia y llegada a Valencia. Cierto era que el profesional era él, pero no desapareció ni viernes ni sábado, fue domingo después del mediodía, para qué le interesaba el resto de horarios.

Al igual que si le hubiese leído la mente, Latorre aclaró:

—Entiendo que puedan resultarle un tanto quisquillosas las cuestiones que he planteado, pero sirven más de lo que imagina.

—Si usted lo dice —concluyó exasperada.

Tenía la cabeza embotada, llevaban allí encerradas más de tres horas y el buen hombre no había dejado de fumar en ningún momento, el ambiente comenzaba a estar cargado de humo que imposibilitaba respirar con normalidad, incluso ya le escocían los ojos.

Latorre ignoró el tono de la mujer, quería comprenderla, siempre intentaba ponerse en el lugar de sus clientes, y el caso que tenía entre manos más que nunca necesitaba de su comprensión; sin embargo, la señora parecía aburrida de todo, como si en verdad le importara tres pimientos descubrir qué le ocurrió los días que estuvo secuestrada.

De ahí que hubiese hecho las preguntas más absurdas que se le pasaron por la cabeza, lo que en realidad le interesaba era la reacción que mostraba en cada una de ellas. Sin mucho más que saber, se levantó dispuesto a acabar la reunión, sentía curiosidad por comenzar con la investigación; pero algo en su interior le advertía que el más sorprendido sería él, que la agente inmobiliaria ocultaba información y estaba dispuesto a llegar hasta el fondo del asunto.

Alargó la mano para estrecharla con su nueva clienta, que respiró sosegada al verse liberada de tanta inquisición.

—Sara, ¿podemos hablar un momento? —solicitó Latorre antes de que abandonara la estancia.

—Espérame en el rellano —pidió Sara a su amiga—, no tardaré en salir.

Latorre esperó hasta que Edna cerró la puerta. Cuando se aseguró de que

estaban solos, cuestionó:

—¿Estás segura de que no desapareció por voluntad propia y ahora se avergüenza de lo que hizo?

Sara lo miró alarmada, ¿cómo se atrevía siquiera a pensarlo?

—Segurísima —afirmó con rotundidad—. Conozco a Edna y no haría algo así en la vida. Es una mujer sensata.

—No digo que no lo sea, pero mi impresión es que oculta información.

—Ya la has visto, no está bien. No recuerda nada de lo que ocurrió.

Latorre no estaba convencido de ello. Su impresión había sido la contraria, que sabía más de lo que dejaba entrever.

—Y si se acuerda tampoco quiere decirlo. Voy a necesitar que esta tarde venga conmigo a Alicante. Con suerte, si le muestro la zona, puede decirme en que restaurante comieron ese domingo.

Sara hizo cálculos, sabía que en su agenda mental esa tarde tenía algo programado, pero los nervios por la situación de su amiga la tenían desorientada.

—¿A qué hora nos recoges en la puerta de mi casa?

—A eso de las tres. Quiero llegar antes de que se esconda el sol.

—De acuerdo, estaremos preparadas.

De regreso a casa, Sara intentó no hablar de nada que tuviese que ver con la desaparición de su amiga ni con la reunión mantenida con Latorre, quiso que durante unas horas Edna se olvidara de todo y que su vida comenzase a ser lo más normal posible. Tampoco le informó de la salida que debían de hacer por la tarde, sabía que adelantarle la noticia la incomodaría más de lo que estaba.

Llegaron a casa y Sara la obligó a que se instalara en el salón mientras ella preparaba la comida. Por mucho que su amiga se empeñó en ayudarla, se negó. Necesitaba unos instantes de soledad, la inquietud también se había apoderado de ella. Si Latorre se cuestionaba la versión de Edna, estaba segura de que sería porque algo extraño había visto en el comportamiento de su amiga. Era el mejor en su campo y las veces que había usado sus servicios, siempre resolvió los casos con éxito.

El ruido de la puerta principal la sacó de sus pensamientos, esos que no le gustaba la forma que tomaban conforme pensaba en las palabras de Latorre. Quedó sorprendida al ver aparecer a su marido con sus hijas. Miró el reloj de la cocina para comprobar la hora.

—¿Qué hacéis vosotros aquí? —indagó abriendo los brazos para recibir

a sus pequeñas.

Mientras las estrujaba en un enorme abrazo, besó los labios de su marido, que regresaba a su lado después de dejar varias bolsas de papel sobre la encimera.

—Mamá, ¿no te acuerdas que día es hoy? —preguntó la pequeña.

Sara miró a su marido en busca de ayuda, lo que menos deseaba era olvidar una fecha importante.

—Dejará de acordarse. Tu madre sabe de sobra que esta tarde bailas, a mamá nunca se le olvidaría algo así. —Salió en su rescate Jacobo—. Anda, id a lavaros las manos.

Las dos niñas salieron de la cocina con una amplia sonrisa en la cara.

—¿No te acordabas, verdad? —cuestionó Jacobo sujetándola por la cintura.

—No. Gracias por la ayuda.

—No son necesarias. ¿Dónde está Edna?

—En el salón, o por lo menos allí la he mandado cuando hemos llegado a casa.

—¿Podrá quedarse unas horas sola?

Sara se revolvió de los brazos de su marido, no sabía cómo darle la noticia.

—Verás —comenzó a decir—, hemos quedado a las tres con Latorre para ir a Alicante, quiere que Edna visualice la zona a ver si de ese modo recuerda dónde comió aquel fatídico domingo.

—¿Y no pueden ir ellos?

—Así tendrá que ser. Si me pierdo la función, nuestra hija nunca me lo perdonará.

En ese mismo instante su móvil sonó anunciando un nuevo mensaje. Lo cogió de la mesa y lo leyó. Le mostró la pantalla a su marido, el cual sonrió.

A la hora acordada, Sara acompañó a Edna a la calle a la espera de que el detective pasara a recogerla. A su amiga no le hizo ninguna gracia cuando, en mitad de la comida, anunció los planes que tenía Latorre para ella, pero más se disgustó al decirle que no la acompañaría, que debía asistir a la función de su hija.

Sara no objetó nada cuando vio a Edna encender un cigarrillo, conocía su vicio; pero también era verdad que lo hacía de siglo en siglo, o eso le había dicho. Aunque desde la salida del despacho del detective ya había agotado el cupo mensual. Cosa que la hacía pensar que él no iba tan desencaminado.



—No me gusta.

Sara miró a Edna sin entender a qué se refería.

—No me da buena espina el detective —repitió Edna.

—¿Por qué? Si puede saberse.

Edna miró al frente sin llegar a contestar porque en ese preciso momento aparecía el susodicho para recogerla.

Sara no tuvo que explicar por qué no los acompañaba, él mismo se lo había solicitado por mensaje. Con sutileza apartó a su amigo de Edna para pedirle, por favor, que no fuese muy exigente con ella, que comprendiese que pasaba una mala racha y había que ser más condescendiente.

—Sé tratar a las personas —se defendió Latorre regresando junto a Edna—. ¿Nos vamos?

Sara permaneció en la acera, su mente era un remolino de pensamientos, no quería desconfiar de su amiga; pero su infantil comportamiento hacía que se replanteara su versión, ya en Madrid le costó dos días que le dijese la verdad, quizá —en esa ocasión— hacía lo mismo y sabía más de lo que decía.

—¿Te veo pensativa?

Sara giró el cuerpo y se refugió en el pecho de su marido.

—¿Es por Edna? —preguntó Jacobo abrazándola.

—Sí, Latorre cree que nos oculta información.

—¿Y tú qué piensas?

—Si te soy sincera, no lo sé. Quiero creerla; pero si la hubieses visto hoy, hasta tú dudarías de ella.

—¿Quieres contármelo?

Resumió lo más breve que fue capaz la reunión con su amigo el detective, los gestos y contestaciones de Edna.

—Y ahora me dice que no se fía de él.

—Sara, cariño, es comprensible que se comporte de ese modo. Ponte, por un momento, en su lugar. ¿Tú cómo reaccionarías?

No tuvo que pensar mucho la respuesta, era algo que llevaba cavilando desde que la vio bajar del vagón en la Estación de Atocha.

—Quizá me comportaría peor que ella.

—¿Y por eso yo debería desconfiar de tu palabra?

Lo miró escandalizada, llevaban quince años juntos y no se ocultaban nada.

—¿No lo harías, verdad? —contraatacó ella.

—Jamás, cariño.

## Segundo día desaparecida

Despertó bien entrada la mañana o eso creía según sus cálculos mentales. Las horas dejaron de pasar a media tarde del día anterior, entre las drogas y lo que le administraban vía intravenosa, le costaba saber si vivía en la realidad o en una fantasía digna de las mejores películas.

Un sudor frío se apoderó de su cuerpo y tras él, unos temblores que nunca antes había sufrido. Llevó la mano a la cara, se sorprendió al verse liberada. Con parsimonia, puesto que su cuerpo no reaccionaba de forma más rápida, se incorporó. Recorrió los metros de la estancia una decena de veces, necesitaba estirar los músculos si no deseaba quedarse engarrotada. El rugido del estómago le avisó de que llevaba horas o incluso días sin probar bocado.

Se acercó a la puerta con cautela. Golpeó el metal con suavidad, lo que menos deseaba era desatar la ira de la persona encargada de drogarla. Había comprobado en sus carnes que carecía de paciencia y tampoco conocía la palabra humanidad.

—¿Hola? —Saludó en tono medio—. ¿Puede oírme alguien?

Esperó flemática una respuesta que no llegó.

Regresó al camastro. Sin otra cosa que hacer en aquella oscura habitación, se tumbó mirando el techo e imaginó qué era lo que le había llevado hasta allí y por qué la escogieron a ella.

Nada de lo que pensó parecía coherente, era una mujer normal con un trabajo de lo más corriente. Entonces, ¿qué querían de ella y por qué la retenían? Las horas que dedicó a responder las cuestiones que le invadían, no dieron frutos. Nada de lo que pensaba tenía lógica, aunque a decir verdad, aquella situación tampoco era que la tuviese.

Hambrienta, optó por volver a intentarlo. Recorrió los metros con algo más seguridad, no obstante, seguía careciendo de ella; pero su cuerpo solicitaba lo administrado para calmar la ansiedad que le embargaba y algo sólido que llevarse a la boca.

—¿Me escucha alguien?

Se apartó de la puerta al percibir ruidos tras ella, suspiró al oír el giro de la cerradura. Cruzó los brazos a la altura del pecho y se abrazó a sí misma, aquel gesto le serviría de escudo de protección.

—¿Qué quieres? —le habló una voz distinta a la del día anterior.

—Tengo hambre —susurró, no quería molestarlo.

—Te traeré algo de comer.

Cerró de inmediato dejándola con la palabra en la boca.

Aguardó en el mismo sitio su regreso, pero los minutos pasaban y Edna no escuchaba nada. Determinó tomar asiento, las piernas le flaqueaban y la cabeza embotada no la dejaba pensar con claridad. Sin dejar de abrazarse, meció el cuerpo de forma sistemática para adelante y para atrás, un mantra que le funcionaba cuando necesitaba encajar problemas.

Tan abstraída se hallaba que no reparó en que alguien accedía al habitáculo y dejaba sobre la mesa una bandeja.

—Come —sugirió la voz—. Tienes que reponer fuerzas para esta noche.

Edna alzó la cabeza. Por mucho que quería, la visión borrosa —junto a la oscuridad— no la dejó identificar a la persona ni hacerse un retrato de cómo era.

—Espera —solicitó ella al presentir que abandonaba el cuarto—. Necesito lo que me dais.

—Primero aliméntate, después vendré otra vez.

El hombre se acercó a ella, pasó la yema de los dedos por el brazo erizándole el vello a su paso. La suavidad con la que la tocaba en nada se parecía a la brusquedad utilizada por el otro hombre.

—¿Te excita? —cuestionó él con una sonrisa.

Edna enmudeció, no pensaba decirle qué había supuesto en ella aquel simple roce, no sabía a qué se debía, pero la excitó de tal manera que la asustó. El comportamiento de su cuerpo tenía que ser todo lo contrario, estaba allí retenida y en vez de sentir repulsa por la caricia, le había gustado.

—Tu silencio me dice que sí.

La dejó sola con las miles de cuestiones que bombardeaban su cerebro en aquel momento.

No tardó en vaciar la bandeja una vez calmada la ansiedad por intentar descubrir qué le pasaba y dónde estaba. Como bien le había sugerido él, necesitaba alimentar su cuerpo. Con suerte, de aquel modo, recuperaría fuerzas y podría idear un plan para escapar.

Recostó la espalda sobre el duro colchón, la pesadez que sentía por haber engullido tan rápido le exigía un descanso. Cerró los ojos y no tardó en ver la pasión que los iris de Jabel destilaban aquella mañana que —ella recordara— despertaron juntos. De eso habían pasado dos días, aunque para ella era como

si hubiese transcurrido una eternidad.

El contacto suave que notó en la piel la hizo gemir de placer, apretó los labios para no dejar escapar otro, aquella parsimonia con la que le acariciaba el brazo la sobreexcitaba y comenzaba a hacerse adicta a su tacto, tanto que la dejaba sedienta de más. Relajó la tensión acumulada en los músculos, deseaba dejarse llevar por el placentero sueño que la alejaba de la tormentosa realidad.

—¿Está lista? —escuchó preguntar.

Aunque sonaba distorsionada, reconoció la voz y tembló, no podía creer que él estuviese en la misma estancia que ella, aquello solo significaba una cosa, que por su culpa se hallaba en esa tesitura.

—Más húmeda no puede estar —respondió la misma voz que le había llevado la comida—. Un roce mío la excita.

Los párpados le pesaban, por mucho que se esforzaba por abrirlos, todo lo que le rodeaba era completa negrura. Acababa de comprender que no era un sueño, sino las manos de ese desconocido quien la habían llevado a aquel estado de excitación.

Comenzó con las caricias en el brazo hasta que se rindió y se dejó llevar pensando que era un sueño en el que estaba a solas con él, no le agradó recordar cómo había abierto las piernas cuando empezó a acariciarle la cara interna de los muslos hasta alcanzar el centro de su placer. Era tan placentero lo que le hacía, que meció las caderas al compás de la intromisión en su interior.

—¿Estás seguro de que no puede vernos? —preguntó la voz distorsionada.

—¿Acaso no ves la tela que le cubre la cabeza? —inquirió desesperado la tercera voz y la primera que había oído al despertar.

—Con un movimiento de cabeza puede quitársela.

—También le he vendado los ojos, toda precaución es poca y está encadenada al techo —susurró meloso el dueño de las manos que no dejaba de acariciarla.

El cuerpo de Edna reaccionó al timbre de voz y se erizó por completo. La mezcla de sus yemas con la melodiosa dicción la manejaban más de lo que deseaba. Se culpó por no evitar sentir el deseo de que no dejase de tocarla y hablarle, su mente le gritaba que con él disfrutaría más de lo permitido.

—Abre la boca —pidió el hombre que no dejaba de acariciarla, una vez

que la despojó de la tela que le tapada el rostro.

Apreció que le introducía algo, no tardó en reparar que se trataba del dedo índice.

—Succiona.

Quiso convertir las manos en puños, pero las ataduras lo impidieron. No quería obedecer la orden dada; sin embargo, su lado más salvaje se revelaba contra ella y lograba que se contradijesen sus pensamientos, los racionales luchaban contra los primitivos. Ganaron la batalla los segundos.

—Así, muñeca. Piensa que es mi verga lo que tienes en la boca. Demuéstrame qué eres capaz de hacer.

El éxtasis que le provocaban las palabras susurradas por él la llevaron a chupar con vehemencia. Percibió calor humano en su espalda, aquella intromisión la hizo reaccionar y la trajo de vuelta a la realidad. Un intenso dolor le atravesó cuando él se adentró en ella sin compasión.

Se acurrucó en posición fetal nada más la depositaron en la cama. Las lágrimas resbalaron por sus mejillas cuando supo con certeza que se encontraba sola en su prisión.

Latorre quedó inmóvil junto a la puerta, aún recordaba el día que Sara lo llamó sin parar de llorar, entre hipido e hipido le narró que su mejor amiga había desaparecido cuando regresaba a casa después de asistir a la presentación de su nueva novela, acto al que él no pudo ir por motivos personales.

Llevaba meses investigando los casos de las chicas desaparecidas. Le extrañaba que la policía archivase los expedientes considerando que se habían marchado por cuenta propia, él no estaba tan convencido de aquellas aclaraciones, entendía que alguna de las chicas sí se hubiese marchado por voluntad propia, pero ¿todas?

Combinaba las horas entre estar en su despacho para analizar la información obtenida y sentado en el interior del coche dispuesto a hacer largas horas de vigilancia.

El caso de Edna Cortés era distinto, en nada se parecía a las demás desaparecidas, la mujer superaba la treintena cuando el resto de chicas no alcanzaban la mayoría de edad. Pero la forma de evaporarse había sido la misma. Quizá —con suerte y con la ayuda de Sara— podía llegar hasta el fondo del asunto que lo tenía excluido de la sociedad casi un año.

Aunque no era hombre asiduo a frecuentar los bares, de siglo en siglo sí le gustaba desconectar del trabajo y dejarse llevar por la seducción de alguna mujer que conociese en ese instante. Momentos efímeros puesto que tanto su corazón como su mente todavía pertenecían a su mujer fallecida.

Salió del aturdimiento y regresó al despacho, le urgía hacer unas llamadas, lo mismo, el comisario de Alicante podía aclararle unos cuantos puntos que lo llevaban de cabeza. Fue atendido por la secretaria, la cual le informó que su jefe se hallaba en una reunión, aunque lo que peor llevó, fue enterarse de que habían decretado el secreto de sumario. Adiós a una vía fidedigna de información.

Colgó el viejo teléfono a base de golpes, por mucho que deseaba esclarecer lo que sucedía en la Comunidad Valenciana, cada puerta que abría alguien se la cerraba dándole un portazo en las narices.

Una vez relajado, optó por llamar a otro contacto de mucha más confianza.

—¿Qué me puedes decir de Edna Cortés? —inquirió nada más descolgaron.

—Nada que tú no sepas. Es agente inmobiliaria quince años, sus jefes están encantados con el trabajo que desempeña, parece ser que es la comercial que más viviendas vende al mes.

Latorre escuchó con atención, su confidente no le había relatado nada que desconociese, fue lo primero que investigó.

—¿Qué hay de su expareja? —cuestionó.

—Que es un cabrón con suerte. Las dos relaciones que ha tenido, ambas lo han dejado sin denunciarlo; pero vamos, que ese desgraciado el único delito que ha cometido, ha sido imponerse a base de golpes con sus parejas.

—¿Puede que esté detrás de la desaparición de Edna?

—No lo creo, si hubiese sido él no habría escapado con vida. La última vez que permanecieron juntos bajo el mismo techo, ella acabó en el hospital con varios huesos rotos.

Latorre se cuestionó qué llevaba a las mujeres a soportar semejantes aberraciones, no comprendía por qué no reunían las fuerzas necesarias para denunciarlos y abandonarlos con la primera bofetada, por muchas vueltas que le daba en la cabeza, no llegaba a una conclusión.

—Si te sirve de algo, tanto sus familiares como sus amigos de entonces dicen que desde ese día Edna cambió y no ha vuelto a ser la misma. Que se alejó de todos y se encerró en su mundo.

Entendía el cambio en la personalidad de ella, se habría vuelto desconfiada con los de su mismo sexo, incluso si él estuviese en su situación actuaría de igual modo.

—Es normal, tuvo que vivir un calvario.

—Eso no es todo. Según los vecinos, hace poco más de un año que su actitud cambió. Al principio les extrañaba que saliese de casa a medianoche cada día, y que no estuviese los fines de semana cuando la única salida que hacía era para ir a trabajar y poco más.

—¿Pudo conocer a alguien?

—Todo apunta a eso, el vecino asegura que durante meses era raro el sábado que un hombre moreno de ojos azabaches no venía a verla, eso sí, asegura que siempre aparecía pasada la medianoche.

—¿Crees que pertenece a la red que investigas?

—No, por mucho que he indagado nada indica que sea una de ellos.

—De todos modos, intentaré sonsacarle esa información esta tarde.



—¿La vas a ver otra vez?

—Sí, incluso le he pedido a Sara que me deje a solas con ella. Creo que la presencia de su amiga la hace retraerse y no decir toda la verdad.

—Ya me contarás.

—Estamos en contacto. Lleva cuidado.

—Sabes de sobra que sé cuidarme.

—Lo sé, pero la operación en la que andas metida es complicada.

—Es parte de mi trabajo.

—Te quiero. —Latorre pensó en que no se lo decía lo suficiente. Ya sabía lo que era no poder despedirse de un ser querido.

—Yo también te quiero, papá.

*—Según fuentes policiales los casos de desaparición han aumentado en lo que va de mes. A las dos desapariciones acaecidas el pasado mes de noviembre en la estación de Villena y las cuarenta y cinco que ya había en lista, hay que sumarle diez más repartidas por toda la Comunidad Valenciana.*

Edna dejó de prestar atención a la voz que hablaba a través de los altavoces, seguía sin agradecerle escuchar hablar de casos similares al suyo. Las incógnitas se cernían sobre ella sin poder resolverlas, aunque era lo que más deseaba; descubrir qué fue de ella los días que estuvo cautiva.

—Puedo cambiar de emisora si le molestan las noticias.

No desvió el rostro para responderle.

—Tengo tanto o más interés que usted en saber qué pasó.

—No he dicho lo contrario, señora Cortés.

—Ya —contestó escueta.

Tampoco era necesario que lo dijese en alto, saltaba a la vista que dudaba de ella, aunque no comprendía a qué era debido. Imaginó que para nadie era plato de buen gusto aparecer desnuda y ensangrentada en un tren y, para postre, no recordar nada.

Entendía que su trabajo era investigar el caso, pero por qué tenía que sospechar si ella era la víctima. Nunca entendería ese pensamiento machista que se imponía desde el Medievo; en el que si abusan de una mujer la primera pregunta que hacen es qué ropa llevaba.

Trató de tranquilizarse. Aún le deparaban unas cuantas horas a su lado y no era plan de mandarlo más allá, no porque no le apeteciese, sobre todo era por la amistad que la unía a Sara; ella no tenía la culpa de tener un amigo tan machista.

Los metros reducían y el silencio se imponía en el interior del coche, Edna no tenía especial interés en entablar conversación con él. Desde un inicio no le había dado buena espina, puesto que a cada pregunta que ella contestaba, el detective intentaba contradecirla y no era a él a quien apresaron, mantuvieron retenido durante siete días y a saber de qué manera mancillaron su cuerpo y qué le administraron para hacerla una adicta.

Cerró las manos convirtiéndolas en puños, percibía los primeros indicios

del temblor que le provocaba no administrarse nada, el doctor que la atendió en Madrid le había recetado una medicación, la cual no tomaba, quería superar aquello por sí misma y no ayudada por fármacos que la mantendrían más tiempo cautiva.

—¿Se encuentra bien? —escuchó lejano.

Sabía que fue un error ocultarle a Sara aquella información, pero su fuero interno bastante avergonzado se encontraba como para decirle que durante la retención, la habían convertido en dependiente de aquella sustancia blanca que le suministraban a la fuerza.

Quería superar aquel trámite sin ayuda, deseaba demostrarse que era lo suficientemente fuerte para salir del agujero al que había entrado obligada por las circunstancias. Controló los temblores e intentó manejar los devaneos de su mente que —en aquel momento— suplicaban una resucitadora raya.

—¿Por qué lo pregunta? —logró decir.

—Por nada en particular.

Latorre centró de nuevo la atención en la carretera e intentó olvidarse de la agitación del cuerpo de su compañera de viaje. En realidad no necesitaba ir hasta Alicante, sabía que todo sería una pérdida de tiempo; que Edna no recordaría nada o eso era lo que quería hacer creer a todo el mundo. Estaba convencido de que la murciana ocultaba información.

Estacionó el coche a un par de manzanas del lugar, el resto del camino prefería hacerlo andando, de ese modo podría observar las reacciones de la señora Cortés según pasara por los sitios.

Edna miraba con esmero cada fachada por la que pasaba, su lado racional se impuso a las peticiones de su cuerpo, si lograba identificar cualquiera de los sitios en los que estuvo con Jabel, el detective tendría con qué empezar a investigar.

La incertidumbre que se cernía sobre ella desde el día que despertó en el hospital, comenzaba a pasarle factura, y no solo a la dependencia que le había sido creada, deseaba con todas sus fuerzas regresar a casa y a su día a día.

Recorrieron las calles en el más absoluto silencio. Comenzaba a desesperarle no hallar parecido con ningún edificio ni recordar nada de aquellas horas que pasó allí con el que pensaba que era el hombre indicado.

Aceptó la sugerencia de Latorre de sentarse en cualquier terraza a tomar un café, las horas avanzaban y seguían siendo igual de infructuosas. Quedó sentada a la espera de que él regresara del interior ya que se había ofrecido pedir por los dos.

Latorre se acercó a la barra y solicitó un poleo menta para ella y un café solo para él. Miró al camarero como realizaba su trabajo, por la avanzada edad que tenía, dedujo que se trataba del dueño.

—¿Se sabe ya que fue de ella? —curioseó el camarero mientras depositaba las tazas sobre la barra.

—¿A quién se refiere? —cuestionó Latorre que se había enfrascado en leer los titulares del periódico.

—A la mujer que lo acompaña.

—¿La conoce? —Hizo un gesto con la boca nada más decirlo, todo el mundo conocía a Edna, durante siete días su fotografía había circulado tanto por la prensa escrita como en todos los noticieros.

—¡Cómo para no saber quién es! —comentó con sarcasmo el camarero señalando la portada del periódico que tenía Latorre en las manos—. Pero no la conozco solo de eso.

El detective puso recta la espalda, le interesaba saber de qué más la conocía.

—¿La ha visto usted antes?

—Sí. El sábado antes de desaparecer, cenó aquí. Iba acompañada por un hombre moreno de ojos negros y se sentaron en la misma mesa.

Señaló la terraza y el lugar exacto donde Edna esperaba su llegada. Latorre se sorprendió por lo que acababa de descubrir, porque al decidirse por aquel pequeño bar no le preguntó si lo reconocía, esperaba que su acompañante se lo dijese sin tener que preguntárselo.

—¿Está usted seguro de lo que afirma?

—Caballero, nunca olvido una cara. Le aseguro que es ella.

—¿Podría describirme al hombre que la acompañaba?

El hombre se rascó el mentón.

—Metro ochenta, complexión delgada y como le he dicho, moreno con los ojos negros. Se veía muy ilusionado con ella, el brillo que desprendía su mirada me indicó que le gustaba. A mi parecer —y si le sirve de algo— era un hombre corriente, vamos que no lo veo capaz de secuestrar a nadie, parecía buena persona.

Latorre anotó mentalmente cada detalle que le ofreció del hombre que acompañaba a Edna aquel fin de semana y el último en verla antes de desaparecer.

—¿Lo conoce? —Sería difícil que así fuese, pero no perdía nada por preguntar.

—No, aquella noche fue la primera vez que lo vi.

El detective cogió las tazas cada una con una mano, estaba dispuesto a abandonar la barra cuando otra cuestión lo invadió:

—Simple curiosidad, ¿cómo es que se acuerda tan bien de los dos?

El hombre sonrió, sus años de servicio detrás de la barra lo habían convertido en bastante observador, y eran tan dispares las expresiones corporales de ambos que llamaron su atención. Él se desvivía por ella, por hacerla sentir cómoda, se notaba a la legua que aquella era la primera vez que se veían. En cambio, la actitud de ella le pareció más fría, como más distante y con movimientos más calculados. Le explicó.

—Muchas gracias por la conversación —agradeció el detective.

Se encaminó a la salida dispuesto a reunirse con Edna antes de que las bebidas se enfriaran, pero la voz del camarero logró que parase bajo el umbral de la puerta.

—Una pregunta, ¿a usted por qué le interesa?

—Porque ella me ha contratado para averiguar qué le pasó.

—Esta mañana me ha dicho que conoció a Jabel a través de una de esas aplicaciones que existen para solteros.

Edna miró al detective que acaba de llegar con las bebidas.

—Sí.

Centró la atención en remover la cucharilla dentro de la taza, no le apetecía entablar la misma conversación. Bastante había soportado las insolencias del detective.

—¿Qué le llevó a inscribirse?

Lo miró con recelo, sabía que tras aquella pregunta existía otro interés, no tardaría mucho en averiguar dónde deseaba llegar el hombre.

—¿Qué le llevó a usted hacerse detective?

Latorre mostró una pequeña sonrisa.

—Me gusta mi trabajo.

—¿Le gusta la soledad?

—Yo no he dicho eso.

—No hace falta que lo diga, detective. Su casa se encarga de gritarlo por usted. No hay nada en ella que alegue que con usted convive una mujer, ni una mísera foto que certifique que no está más solo que la una.

Quiso morderse la lengua, no era razonable contestar de aquella manera; pero las inquisiciones y —sobre todo— las suposiciones del detective, comenzaban a molestarle. Estaba harta de que dudara de su versión, ya no sabía qué decir para hacerlo entrar en razón.

—¿Por qué se pone a la defensiva? Simplemente es una pregunta.

—No. No es una pregunta cualquiera, encierra mucho más, creo que usted es tan retorcido como la gente que me secuestró. Le gusta hacer sufrir a las personas.

—Ni se le ocurra compararme con ellos. No fui yo quien abusó de usted y le creó dependencia a saber a qué tipo de droga. Recuerde que soy el bueno, el que está de su parte.

—Pues no lo parece.

Edna tembló ante la afirmación, por mucho que había intentado ocultar los temblores de su cuerpo, no hizo lo suficiente para que él no se percatara.

—¿Qué le administraban? —investigó Latorre.

Al ver que ella mantenía la mirada fija en el movimiento de la cuchara y que no tenía intención alguna de hablarle, suavizó el tono antes de explicarse.

—No desconfío de usted, señora Cortés. Lo único que intento es averiguar qué le ocurrió y para ello debo hacerle las preguntas más absurdas y comprometidas que se pueda imaginar. Créame cuando le digo, que deseo ver encerrados a los desgraciados que abusaron de usted.

Tomó un sorbo de café, poco más podía decirle para que confiase en él. Si aquellas palabras no bastaban, el viaje habría sido casi en balde.

—No sé decirle la droga que me daban.

Latorre inspiró antes de hablar.

—¿El médico que la trató no le recetó nada para paliar el mono?

Edna asintió gacha. Le avergonzaba reconocer que tenía un problema de adicción.

—Entiendo que no la está tomando.

—Me dio vergüenza decirle a Sara que además de no recordar qué hicieron conmigo —cerró los ojos para evitar que las lágrimas se liberasen—, también se encargaron de crearme una adicción.

—Comprendo. —Y por una vez la entendía.

Dejó el tiempo suficiente para que ambos acabaran con sus respectivas bebidas antes de avasallarla otra vez a preguntas.

—Edna, ¿recuerda haber estado aquí?

Ella miró la zona donde se encontraban, la fachada de ladrillo visto del local le parecía tan común que ni se inmutó. Recorrió con más tranquilidad la zona, quizás algo en el exterior llamaba su atención, pasados los minutos y cansada de no reconocer nada, preguntó:

—¿Debería?

—Sí, cenó ese sábado aquí con Jabel.

Edna agrandó los ojos, en aquella ocasión observó todo con mayor atención, instando a su mente a que rememorase aunque fuese un pequeño detalle. Se devanó los sesos, llevó a su memoria al extremo y dejó de intentarlo al sentir que si proseguía forzándola solo lograría desvanecerse.

—No me acuerdo —sollozó—. ¿Qué más ha averiguado?

—Poco más.

No quiso revelarle la otra información que el amable dueño del restaurante le había desvelado. No sabía a ciencia cierta que le llevó a mentirle si ya había logrado empatizar con ella, cosa que por la mañana no había conseguido; pero algo en su interior le gritaba que fuese precavido, que

no era tan sincera como deseaba aparentar.

Pasearon por el centro de Alicante, recorrieron las calles donde se ubicaban los bares, a Latorre no le interesaba el resto de la ciudad, su atención estaba centrada en aquella zona.

La noche caía y la única información de la que disponía no la había conseguido por la mujer que a su lado caminaba callada y sumida en sus pensamientos.

—Es hora de volver.

Emprendieron el camino de regreso al coche. Faltaban menos de quinientos metros para llegar cuando Edna lo sorprendió parándose de golpe. Su cara se había transformado en una mueca de terror mientras no dejaba de mirar el edificio que tenía enfrente.

—Edna, ¿ocurre algo?

—He estado ahí.

Señaló la fachada blanca que se alzaba frente a ellos.



### Tercer día desaparecida

Un sudor frío hizo que se incorporara debido a que su cuerpo temblaba bajo las mantas y la sudoración se apoderaba de ella. Encogió el tronco hasta pegar las rodillas en la barbilla, de aquel modo esperaba que el malestar desapareciera y le dejase descansar.

Le dolía cada parte del cuerpo, incluso músculos que ni sabía que existían. Las primeras lágrimas le humedecieron el rostro al recordar la brusquedad con la que mancillaron su cuerpo durante horas. No conformes con abusar de ella una y otra vez, la golpearon hasta la saciedad.

La contrariedad que sentía la mantenía confundida. Reconoció tres voces, dos de ellos no conocían la palabra clemencia, aunque el tercero —quien la alimentó— la trataba como a una dama, incluso cada vez que la tocaba lograba excitarla, aquella suavidad era lo que mortificaba a Edna. Debía odiarlo por lo que le hacía, pero su mente se revelaba contra la coherencia.

Quedó rígida al escuchar pasos en el interior de la habitación y acercarse a ella. No quiso abrir los ojos, si no era el hombre que le hablaba con ternura, mejor hacerse la dormida. La suerte no la acompañaba, ya que quien osó perturbar su descanso la incorporó con brusquedad.

Manipuló su cuerpo hasta sentarla, se abrazó a sí misma para infundirse calor, la temperatura había descendido de repente, lo que logró que el frío penetrara por cada poro de su piel.

No tuvo que pensar al sentir el tubo de metal en la nariz, aquel día tampoco deseaba otra paliza, tenía que darle un receso a su maltrecho cuerpo, así que no provocó la ira de quién la visitaba.

Aspiró las tres rayas que le ofrecía sin rechistar. De hacerlo, sabía qué vendría, tembló al pensarlo. Sacudió la nariz para deshacerse del picor provocado por los polvos aspirados.

Alargó el brazo, el proceso —intuyó— sería el mismo del pasado día. Primero la droga esnifada y después la inyectada.

—Así me gusta, que seas mansa y no me obligues a pegarte —habló la voz grave que tanto pánico le producía.

—Tengo sed.

—Ya me encargo yo.

Edna se erizó al escuchar la dicción procedente de la puerta. Él había regresado.

Permaneció quieta hasta asegurarse de que estaban los dos en la sala. Su cuerpo comenzó a relajarse, también lo hizo su subconsciente.

Bebió con ansiedad, estaba tan sedienta que un vaso de agua no la sació, por ello le rogó que le diese otro y uno más al terminarlo.

Dedicó unos minutos a saborear el último trago que guardaba en la boca como el mayor de los manjares, no sabía cuándo volvería a probarla.

—¿Qué me administráis? —curioseó.

—¿Para qué quieres saberlo?

Usó el mismo tono que empleaba cuando le hablaba, con aquella delicadeza solamente lograba que se volviese más adicta a su timbre de voz. Se maldijo por dejarse seducir por el hombre que la mantenía allí recluida, aunque intuía que las drogas hacían su parte ya que de estar en plenas condiciones cabales, aquel tétrico juego jamás la seduciría.

—Simple curiosidad.

—La curiosidad mató al gato —bromeó él sentándose a su lado.

Le acarició el mismo brazo donde su compañero acababa de administrarle lo que fuese que le pinchase. Las yemas de los dedos recorrieron el entorno donde la aguja se había clavado. Se alarmó al sentir la calidez de los labios de él besándole la zona.

—Por favor —suplicó.

—Por favor, ¿qué?

—No hagas eso.

—¿El qué?

—Lo que estás haciendo.

—¿Por qué?

Edna calló, no podía revelar el placer que sentía cada vez que la tocaba, ¿cómo explicarle lo que su mente y cuerpo percibía al sentir sus caricias?

«Es de locos», pensó cabreada consigo misma por dejarse llevar.

—Tu silencio dice más que tus palabras.

Mantuvo la boca cerrada, que pensara lo que quisiese, era mejor dejarlo imaginar que revelarle la verdad.

—Te he traído la comida. Debes recuperar fuerzas.

Era la segunda vez que le decía aquella frase, y no sabía por qué, pero intuía qué vendría después. Tembló al pensarlo.

Le apenó ver la silueta avanzar entre la oscuridad hasta alcanzar la puerta, pensaba que le daría de comer, pero por lo visto se había cansado de ser su niñera. Al quedar sola en la estancia, decidió incorporarse e investigar antes de que su mente se nublara debido a lo que le administraban.

Palpó cada centímetro de pared en busca de una pequeña rendija, si hallaba algún ladrillo suelto con suerte podía idear un plan para escapar de donde la mantenían cautiva. Cansada por el esfuerzo y hambrienta, regresó al pequeño camastro. Masticó con normalidad aunque estaba famélica; pero de no hacerlo así, no mantendría mucho tiempo el alimento en el estómago.

Sin nada más que hacer, se tumbó e imaginó que en vez de estar en ese zulo encerrada se encontraba en la comodidad de su cama. El cansancio no tardó en vencerla.

Reparó en que algo no estaba bien, se sentía expuesta y un intenso frío le atravesó la piel. Deseó revolverse aunque las cadenas de las muñecas y pies, lo impidieron. No tuvo que intentar abrir los ojos para saber que la habían trasladado de estancia.

Apretó los labios al sentir como uno de los tres le abría los pliegues de la vulva. Percibió que algo le rozaba la piel, no era tacto humano, sino más bien algún tipo de polvo. No tardó en sentir la humedad de una lengua lamiéndola.

—¡Dios, qué buena está la coca en tu coño!

Encogió el cuerpo todo lo que las cadenas le permitieron, la voz de ese hombre cada vez le provocaba más pánico. Cuando él estaba cerca de ella, su físico era quien pagaba las consecuencias.

—¿Qué cojones haces?

Le increpó su protector, aquello era irónico, lo sabía; empero solo él se preocupaba por su bienestar.

—Cumplir una de mis fantasías. Ya podemos empezar.

Las lágrimas brotaron sin cesar, sabía qué harían con ella a continuación. Quiso chillar al sentir cómo —con rudeza— algo le atravesaba desde el mismo centro de su cuerpo, pero la mordaza en la boca impidió que se escuchase más allá de sus propios oídos.

Tembló de pies a cabeza y apretó los ojos, deseaba evadirse de la realidad. Si no pensaba en ello, quizá —con suerte— no dolería tanto. El castañeteo de los dientes impidió escuchar lo que decían. Se tranquilizó al percibir que habían acabado.

Contuvo las ansias de llorar y gritar. Aquello no podía estar pasándole, no otra vez. Bastante había tenido en su vida con un maltratador y violador.

Durante los años que duró su relación había soportado todo tipo de vejaciones por parte de él y se prometió no volver a sufrirlas. Y ahí estaba, desnuda, expuesta y desprotegida delante de tres depredadores sexuales.

Cuando pensaba que su sufrimiento había acabado y que le dejarían descansar por aquel día, reparó en que el colchón cedía ante otro peso.

El traicionero de su cuerpo se relajó al sentir las yemas de sus dedos recorrerle el estómago, aquella sensualidad usada, lograba excitarla.

«Todo es culpa de la droga», se dijo mientras la boca de él le avasallaba los pechos. Aquella mezcla de suavidad, con la dureza que empleaba su compañero sujetándole la cabeza, le otorgaba un placer que nunca antes había sentido.

«La droga es la culpable de esto», se repitió. Si usaba aquello como un mantra dejaría de culparse por disfrutar de lo que aquel desconocido le hacía a su cuerpo.

—Si me prometes que no vas a chillar, te quito la mordaza —le susurró bajito en el oído.

Negó con la cabeza mucho antes de que su cerebro diese la orden, aunque hubiese sido la contraria.

Entreabrió los labios a la espera de sentir los del hombre que, con delicadeza, se introducía en ella.

«La droga, la droga tiene la culpa», musitó en su interior.

—No todo es producto de la droga. Disfrutas con lo que te hago.

Se alarmó al escucharlo, lo había dicho lo suficiente alto para que lo oyese.

Pasó el dorso del dedo índice por la nariz, apoyó la espalda en el cabecero de la cama, se tapó hasta el pecho y entornó los ojos, el recuerdo recién revivido la despertó sobresaltada.

Seguía sin creer que el sueño fuese un recuerdo real, todo debía ser producto de su imaginación o como bien se decía en el mismo, fruto de estar bajo los efectos de las drogas. Nadie en sus cabales disfrutaría con semejante perversión.

Prestó atención al otro lado de la pared, al no escuchar nada dedujo que el matrimonio aún estaría dormido. Desechó ponerse las zapatillas de estar por casa que Sara le compró nada más regresar de Madrid, lo que menos deseaba era despertarlos, bastante bien se comportaban con ella al permitir que se quedara a vivir en su casa con lo que aquello implicaba; tener que dejar a sus hijas con los abuelos.

Llegó al salón y, con el máximo sigilo que fue capaz, abrió la puerta corredera que daba al balcón. Necesitaba con urgencia un pitillo, llevaba muchas horas sin fumar. Retuvo el humo lo máximo posible en los pulmones antes de expulsarlo, aquel simple gesto la relajó.

Descansó el peso del cuerpo contra la barandilla, centró la mirada en las diferentes figuras que formaban las nubes del cielo, siempre le había maravillado aquel espectáculo aunque sabía que no todo el mundo veía la misma belleza que ella.

De pequeña sus compañeros de colegio se metían con su forma de pensar, no ser una calcomanía de los demás pasaba factura, sobre todo a esas edades en las que la personalidad aún no estaba forjada por completo. Incluso en nada se parecía a su hermana, otra desventaja que pagaba en casa.

Mientras que sus progenitores se desvivían por su hermana, a ella la dejaban de lado. Su padre incluso la llamaba bicho raro y en la pubertad nada cambió. Salvo su personalidad que sí comenzó a cambiar. Nunca olvidaría aquellas tardes de verano que pasaba en la piscina, no entendía por qué su mirada siempre se desviaba al pecho de sus amigas, le costaba entender el motivo de que le llamase tanto la atención aquella parte de la anatomía femenina. Comenzó a preocuparle el hecho de tener el deseo de tocarlas.

Con los años aquel capricho quedó atrás, pero las dudas resurgieron con

la primera pareja que tuvo y después con Juan, intentaba disfrutar al igual que ellos hacían; pero algo dentro de ella no lo permitía, haciéndola cuestionarse su orientación sexual. Sin embargo, el sueño le había mostrado que la dureza empleada le excitaba. Se llevó las manos a las sienes, no comprendía nada de lo que le pasaba. ¿Cómo había sido capaz de disfrutar con semejante barbaridad?

Tan sumida estaba en sus pensamientos que no reparó en que alguien salía a hacerle compañía hasta que no habló:

—¿Estás bien?

Con lentitud giró la cabeza, no tardó en encontrarse con la mirada preocupada del marido de Sara.

—Sí.

—No tienes buena cara.

—Estoy cansada, no descanso bien por las noches.

—Es comprensible.

Le ofreció un cigarro que no rechazó. Era la primera vez que lo veía fumar, aunque para ser sincera con ella, se habían cruzado en contadas ocasiones: él casi nunca paraba por allí, la mayoría de horas las dedicaba al trabajo y una semana al mes estaba de viaje.

—¿Dónde está Sara?

—Han llamado del colegio para que recoja a nuestra hija pequeña, se ha puesto enferma.

—¿Y no has ido con ella? —No quería meterse donde no la llamaban, pero le extrañó que no la acompañara.

—A eso mismo venía, para saber si puedes quedarte sola unas horas, mi jefe necesita que vaya con urgencia.

Edna encogió los hombros, no era ninguna niña pequeña, podía cuidarse sola.

—Por mí no te preocupes, estaré bien.

—De acuerdo.

Apagó el cigarro en el cenicero que le tendió Edna.

—En la cocina tienes el desayuno y la medicación.

—Gracias —respondió con una tímida sonrisa.

Permaneció en el mismo lugar hasta asegurarse de escuchar la puerta principal, dejó pasar unos minutos antes de adentrarse en casa. Con celeridad pasó por la cocina y tomó el desayuno que le habían preparado. Sabía por Sara que su ordenador no disponía de claves de acceso y necesitaba

comprobar algo.

El pulso le temblaba y todavía no había hecho nada. Apretó y abrió las manos repetidas veces para relajarlas.

—No vas a hacer nada malo —se dijo para convencerse de que cualquier persona en su situación actuaría de igual modo.

Pulsó el icono que daba acceso a la red, tecleó en el buscador las palabras y presionó *intro* a la espera de que decenas de páginas se mostraran para ser visitadas. Inspiró hondo antes de decidirse por una. La frente se le perló al ver la imagen estática que mostraba el vídeo.

Lo pensó dos veces, después de ver la muestra no estaba tan segura de querer visualizar más, pero si quería salir de dudas no tenía más remedio que enfrentarse a sus miedos. Al igual que si alguien la estuviese apuntando con un arma, Edna clicó el botón derecho del ratón en el centro de la pantalla.

Relajó la tensión al comprobar que el vídeo tardaba en cargar, con suerte no tendría que pasar por aquel mal trago, sus rezos fueron en vano, la película comenzó a avanzar. Cinco minutos después apagó el ordenador con la mano en la boca, de algún modo quiso retener la angustia que le produjeron los fotogramas.

Sin reparar en lo que llevaba puesto y sin coger las llaves, aceleró el paso para salir de casa, necesitaba aire y las paredes se lo negaban. Bajó las escaleras a la carrera y no paró hasta estar en el exterior.

La visión borrosa le impidió ver al anciano que se cruzó en su camino y casi estuvo a punto de tirar, ni siquiera se disculpó cuando comenzó a correr sin ninguna dirección fijada. Simplemente corrió y corrió sin cesar hasta que los músculos comenzaron a dolerle con tanta intensidad que si daba una zancada más acabaría con una lesión.

Apoyó la mano en la fachada del local sin terminar, intentó apaciguar la respiración, aunque esta se negaba a concederle tal petición, su corazón seguía bombeando sin descanso. Los lagrimales le escocían de la mezcla de sudor y lágrimas que batallaban para ver quién ganaba.

Su mente era un batiburrillo de pensamientos, los cuales no alcanzaba a comprender. ¿Cómo era posible que el sueño le mostrase que disfrutó si no había sido capaz de ver cómo unos actores practicaban lo mismo? Porque estaba segura de que las personas que salían en el vídeo eran profesionales, a nadie con sentido común podía gustarle aquella bestialidad.

—Señora, ¿se encuentra bien?

Tembló de pies a cabeza al escuchar la masculina voz a su espalda.

Aquello no podía estar pasándole, se suponía que él estaba en Madrid. ¿Qué hacía en Valencia?, y para postre a su lado.

—¿Señora?

—No te acerques a mí —medio gritó.

—¿Edna?

—¡Socorro! ¡Socorro! —Comenzó a gritar para asustarlo.

Quiso sujetarla por el brazo, pero fue más rápida y no tardó en correr en dirección opuesta por dónde había venido.

Le dolía todo el cuerpo, incluso le pedía un receso; pero no estaba dispuesta a concederle tal ventaja, aunque si era sincera con ella, no sabía si le pisaba los talones ya que no había mirado atrás desde que había comenzado a huir.

Un intenso dolor se apoderó de su cuerpo cuando al girar en la esquina se topó contra alguien que la sujetó por los brazos, aunque no evitó el golpe.

—Señora Cortés, ¿qué hace en la calle y en pijama?

Enfocó la vista, le costaba debido al choque.

—¿Detective Latorre?

—El mismo. ¿Le ocurre algo?

—Está aquí.

—¿Quién está aquí?

—Él.



Latorre observó la fachada del edificio. Le extrañó tanto la seguridad con la que Edna la había señalado a su regreso al coche, que nada más despertarse se puso en marcha y viajó hasta Alicante, quería investigar la zona antes de reunirse con su cita de las once.

Imprimió una fotografía de ella, si tenía oportunidad de cruzarse con algún vecino no perdía nada enseñándola, lo mismo alguno se acordaría de haberla visto en el interior del inmueble.

Miró el reloj, faltaban quince minutos para las nueve y la puerta seguía cerrada. «¿No hay niños aquí?», se preguntó. Volvió a investigar la zona, ni un bar cerca que le sirviese de punto de partida, lo máximo era una tienda de mascotas en el bajo de al lado, pero —aunque quisiera preguntar— permanecía cerrado.

Estaba a punto de tirar la toalla e ir a hablar con el dueño del bar donde ambos cenaron, cuando escuchó el característico sonido de la apertura automática.

—Perdone que le moleste señora. ¿Sabría decirme si ha visto a esta mujer merodear por el edificio?

Latorre le cedió la fotografía a la mujer que lo miraba entre sorprendida y perpleja. Sin decir nada la tomó y la observó detenidamente.

—Lo siento, es la primera vez que la veo.

—¿Está segura? —preguntó extrañado el detective, le había mostrado la misma imagen que usaron las cadenas televisivas a diario para dar con su paradero.

—Sí. Disculpe, pero tengo prisa —se disculpó la mujer devolviéndosela.

Aguardó unos minutos más en la puerta, la mujer fue la primera de muchas personas con las que habló. Por raro que pareciese, nadie con los que lo hizo, conocían a Edna excepto un anciano que la había visto por televisión.

Serpenteó por las calles hasta llegar al restaurante convencido de que no hallaría respuestas en la puerta del edificio, le decepcionó comprobar que el buen hombre no estaba detrás de la barra, era su día libre y la camarera tampoco conocía a Edna, la noche que ellos estuvieron allí tenía turno de mañana. Regresó a Valencia, quedarse en la ciudad era una pérdida de tiempo.

Al llegar y comprobar que iba bien de tiempo, pasó por el despacho e hizo un par de llamadas, al final logró lo que se había propuesto, que le entregasen una lista con los nombres de los propietarios del inmueble. Con suerte, alguno de ellos era Jabel, de ese modo le sería más fácil encajarlo todo.

De camino a la reunión recordó el extraño encuentro mantenido la mañana anterior con el inspector llegado de Madrid, no le prestó demasiada atención; pero como era normal en él, había hecho sus averiguaciones y no le sorprendió enterarse de que era el mejor en su campo y que era el encargado de investigar el caso de las jóvenes desaparecidas y organizaciones criminales. Aunque no entendió bien por qué le interesaba el de Edna.

—Hombre, Latorre, cuánto tiempo sin verte. —Saludó Vicente, su cita de las once.

—Sí, bueno.

—Ponte cómodo, estoy contigo en un minuto. —Señaló el sofá que disponía en la entrada donde esperaban los pacientes a ser atendidos.

Latorre asintió. Quedó plantado en el mismo sitio, el psicólogo tenía razón, llevaban mucho tiempo sin verse, desde la última vez que lo avisó para cancelar la cita no había vuelto por allí; pero la insistencia de su hija y el aumento de las pesadillas por las noches, lo llevaron a tragarse su orgullo y volver a terapia.

Tras varios paseos por la minúscula sala de espera, optó por tomar asiento. No era de su agrado estar allí encerrado para contarle a un loquero su vida, pero con tal de tener contenta a su pequeña estaba dispuesto a realizar ese sacrificio.

Se incorporó al escuchar la puerta. Esperó hasta que el doctor se despidió de la paciente y le dio paso a su despacho. Se acomodó en una de las sillas que había frente a él, nada de divanes ni sofás para los pacientes como se veía en las películas.

—Cuéntame, ¿cómo estás desde la última vez que nos vimos hace... — hizo una pausa para mirar en el expediente la fecha exacta que lo vio—, un mes?

El detective narró con pelos y señales los intensos sueños que tenía cada noche y que desde hacía más de una semana, cuando Sara fue a solicitarle ayuda para encontrar a su amiga desaparecida, habían aumentado de intensidad. Después pasó a detallarle lo enfrascado que estaba en el nuevo caso que lo mantenía ocupado gran parte del día, de ese modo evitaba

meterse en la cama y soñar con su mujer asesinada.

—Jayden —interrumpió el psicólogo—, sabes tan bien como yo que no deberías haber aceptado el caso. Veo demasiadas similitudes con lo que le ocurrió a tu mujer. No es bueno para ti recordar aquello, de ese modo, jamás lo superarás.

—Nunca lo voy a hacer. De todos modos, nada tiene que ver un caso con el otro. El sello Acosta no está en este.

—Aun así te hace revivir que es lo que no nos interesa. ¿Qué opina tu hija?

Latorre se frotó las manos al pensar en su pequeña que ya no lo era tanto.

—Mientras que no me afecte, le parece bien.

—¿Sabe que han aumentado las pesadillas?

Negó con la cabeza, esa parte se la había ocultado.

—Aunque no lo creas, me vendrá bien resolver este caso. Es un modo de enfrentarme a lo que ocurrió y dejar de pensar que si no hubiese investigado a los Acosta, Neliah estaría ahora mismo en casa.

—Tienes que de dejar de martirizarte con eso, tú mejor que nadie sabe que tu profesión no fue la culpable de su muerte.

—Es difícil no pensarlo —admitió Latorre.

La hora transcurrió más rápida de lo que el detective había creído al llegar, para cuando vino a darse cuenta se encontraba en la calle dispuesto a proseguir con la investigación. Conoció a Vicente a las pocas semanas de enterrar a su mujer, un año después podía decirse que hasta se habían convertido en amigos, en más de una ocasión le había hecho consultas respecto a su trabajo para comprender la mente humana en ciertos casos.

Iba tan abstraído pensando en todo lo que tenía que hacer a su llegada al despacho, que no reparó en la mujer que había chocado contra él hasta no sentir un enorme dolor de cabeza. Al sujetarla para cantarle las cuarenta, reparó en quién era. La sorpresa se apoderó de él al ver con las pintas que había salido a la calle, el estado de agitación que llevaba, y —sobre todo— que le dijese que él estaba en la ciudad.

Se hizo cargo de la situación. Sin soltarla, la guio hasta su coche estacionado en un *parking* cercano. Por el camino llamó a Sara para informarle, estaba convencido de que no sabía nada. Al llegar al lugar de residencia de su amiga la escritora, la encontró en la plaza esperándolos.

—¿Qué ha pasado? —cuestionó al tenerlos cerca.

Sara ayudó al detective a subir a Edna a su casa.

—Me la he tropezado en mitad de la calle.

—¿Está bien?

—Si no te importa, mejor hablamos en tu casa.

Sara asintió.

Le indicó al detective que la esperara en la cocina, era la estancia más alejada del cuarto donde había acostado a Edna.

—Cuéntame qué ha pasado.

—No puedo decirte gran cosa, Sara. Acababa de salir de reunirme con un amigo cuando se ha echado encima de mí. Me ha llevado un poco reconocerla. Cuando le he preguntado qué hacía en pijama y sola en la calle, lo único que ha dicho es que él está aquí.

—¿Quién es él?

—Eso quisiera saber yo. Después de ocurrir eso, ha desfallecido. Hasta que no despierte, no sabremos nada más.

—¿Y si es Jabel?

—Es lo mismo que pienso yo, que se trata de él. Ayer en Alicante ella no recordó nada,; pero dio la casualidad que en el bar donde nos sentamos para tomar un café, el dueño me dijo que estuvieron cenando allí ese sábado y de regreso al coche reconoció un edificio. Esta mañana le he pedido a un amigo del ayuntamiento —que me debe un favor— el listado de propietarios. Si tenemos suerte, Jabel será uno de ellos.

—Recemos para que cuando despierte recuerde algo.

—Nos vendría bien que lo hiciera.

—¿Sigues pensando que oculta algo?

Latorre ya no sabía qué pensar de ella, por momentos lo desconcertaba, pero ser testigo de lo que tantas veces había escuchado de boca de Sara lo hizo meditar. Quizás Edna siempre había dicho la verdad y él no quería creerla porque toda la situación parecía sacada de una película.

—Verla en ese estado me ha hecho pensar.

Latorre se incorporó. Si Edna proseguía dormida no hacía nada allí, podía dedicar ese tiempo a la investigación.

—¿Me avisas cuando despierte? Quiero hablar con ella —preguntó una vez en la puerta.

—Descuida —objetó Sara.

Golpeó el volante nada más parar el coche, el escándalo que había formado Edna en la calle no le beneficiaba. Le impactó ver a una señora en pijama en mitad de la calle, la postura tampoco presagiaba nada bueno. Se acercó para ofrecerle ayuda, pensaba que la señora estaba perdida, cuál fue su sorpresa al reconocerla.

No daba crédito a la suerte que había tenido, el día anterior se dedicó a seguir al detective, su asombro fue comprobar que la llevaba hasta Alicante. Los siguió en la distancia para corroborar por él mismo cómo Edna señalaba el edificio. Al tenerla de nuevo frente a él, su intención era llevarla a un lugar lejos de la ciudad; pero los viandantes se alertaron debido a sus gritos, no le quedó más remedio que marcharse antes de que alguien lo reconociese, ya tendría otra oportunidad de estar a solas con ella, de eso estaba más que seguro.

Sin poco más que hacer en Valencia decidió regresar a Madrid, si deseaba ser prudente tenía que dejar unos días de margen, ver al detective hacerse cargo de ella tampoco ayudaba.

—¿Tú no estabas de vacaciones? ¿Qué haces en la ciudad? —inquirió una voz conocida al otro lado del cristal.

Resopló exasperado, lo que menos esperaba era encontrarse con él a su llegada.

—La costa me aburre —bromeó García.

—¿Te has enterado? —inquirió Expósito, su compañero de trabajo.

García lo observó con desagrado, por toda la comisaría era conocida la rivalidad que existía entre los dos desde el mismo instante que él llegó destinado.

—¿De qué?

—Hay novedades en el caso de la mujer desaparecida.

Se tensó al escucharlo, aquello era prácticamente imposible, había viajado hasta Valencia para descubrir novedades y ocultar las evidencias, regresó sin lograr ninguna de las dos cosas, solo que ella recordaba la casa en la que había estado aquel fin de semana.

—Sergio no me ha dicho nada.

—Lo único que sé es que ha intentado ponerse en contacto contigo estos

días, pero no lo ha conseguido.

—¿Cuáles son esas novedades?

—Parece ser que la buena mujer en vez de llegar a su destino, decidió bajarse en Alicante. Por lo que hemos averiguado, se citó con un hombre, el dueño del bar dónde cenaron confirma la versión.

—¿Se conoce el nombre?

—Aún no, Sergio se ha puesto en contacto con los compañeros de la zona para que vayan a hablar con el del bar.

La rigidez se apoderó de García, de ser verdad estaba en serios problemas, si el hombre lo recordaba no tardarían en enterarse de que era a él a quien buscaban.

—¿Dónde vas? —preguntó extrañado Expósito cuando lo vio subirse de nuevo al coche.

—A comisaría.

La intranquilidad se apoderaba de Sara conforme pasaban las horas y Edna no despertaba, era la primera vez que tardaba tanto en salir de uno de sus trances. Comenzaba a preocuparle el estado de su amiga, aquello ya no era normal, durante su estancia en Madrid habló detalladamente de todo con su marido cuando ella se dormía, casi tuvo que suplicarle para poder llevar a Edna a casa, pensaba que si estaba cerca de lo ocurrido pronto recordaría todo, pero los días pasaban y Edna empeoraba.

Tampoco ayudó irse al colegio y dejarla sola en casa cuando comenzó el ataque. Pero —al fin y al cabo— era su pequeña quien la necesitaba y desde que su amiga estaba con ellos casi que no las disfrutaba. Echaba de menos el revuelo que formaban cada tarde ambas hermanas, pero lo que más, verlas cuchichear juntas en su cuarto. En definitiva, su vida había dado un giro radical desde la desaparición de su amiga.

Para nada se arrepentía de haberla acogido, pero se culpaba de no ser de gran ayuda, por mucho que intentaba que ella se sintiese como en casa y que todo volviese a la normalidad, le entristecía saber que aquello estaba lejos de que sucediese. Con desgana sacó el móvil del bolso al escuchar el tono de llamada.

—Hola, cariño. —Saludó.

—¿Cómo está la niña?

—La niña bien, le he dado Apiretal para bajar la fiebre, le he dicho a mi

padre que si no remite que me llame para llevarla al pediatra. Quien está mal es Edna.

—¿Qué le ocurre?

—Me ha llamado Latorre para decirme que estaba con ella.

Le relató el suceso ocurrido esa misma mañana, ambos llegaron a la conclusión que Edna había salido de casa poco después de que Jacobo se marchara al trabajo. Intentó tranquilizarla y quitarle la estúpida idea de que por su culpa su amiga se encontraba en peor estado.

No colgó hasta cerciorarse de que Sara estaba bien, lo que menos deseaba era que su mujer enfermara porque le sobrepasara la situación. Bastante hacía con acogerla y no dejarla sola ante la difícil situación que vivía.

—Intentaré llegar temprano a casa.

—Te lo agradecería —respondió Sara antes de finalizar la llamada.

Dio gracias por tenerlo a su lado, nada de lo que era lo había logrado sin su apoyo, para ella su marido era uno de los pilares más importantes de su vida, aunque su relación había pasado por altibajos, siempre estaban el uno para el otro y los unía un amor incondicional.

Cansada de esperar sentada a que Edna se levantara, optó por mantenerse ocupada, de ese modo el tiempo pasaría más rápido y no con la lentitud que lo había hecho hasta el momento.

Comenzó a organizar la cocina, al terminar se dedicó a ordenar los armarios, finalizada la tarea se dirigió hacia el salón. Miró el reloj cuando quedó satisfecha por el resultado obtenido. Pasaban las tres de la tarde y Edna seguía sin dar síntomas de vida.

Decidió que era buen momento para tomar algo, por lo general a esas horas ya había comido. Estaba centrada preparándose algo ligero cuando un fuerte golpe la sobresaltó. Tiró el cuchillo sobre la encimera y corrió por el pasillo hasta llegar al acceso de los dormitorios.

Se llevó las manos a la boca para evitar el grito, no era plan de asustarla más de lo que ya estaba.

### Cuarto día desaparecida

El cuerpo le pesaba una tonelada, le costaba horrores moverse de la pequeña cama. Giró el cuello en ambas direcciones para desentumecerlo, lo tenía engarrotado debido a la mala postura mantenida a lo largo de las horas de sueño.

Mantuvo la posición unos minutos más, tampoco era que tuviese demasiada prisa por levantarse, lo máximo que podía hacer era pasearse por los escasos metros que tenía el cuarto donde, ya ni sabía los días, la mantenían retenida.

Al igual que cada día que despertaba, intentó calcular en qué franja horaria se hallaba. Después de mucho conjeturar no supo descifrarlo.

Accedió al pequeño baño que disponía el cuarto, por supuesto, sin ventana para evitar cualquier escapatoria. Tras hacer sus necesidades, se duchó. Deseaba con todas sus fuerzas que el agua se llevara consigo la sensación de suciedad, aunque era consciente de que un poco de jabón y agua no lo borraría.

Palpó con recelo el minúsculo camisón transparente que habían dejado aquel día, buscó a la desesperada la ropa interior, aunque —como las demás veces— ese deseo estaba vetado en su encierro.

Se erizó al recordar lo sucedido el día anterior, por mucho que intentase no pensar en ello, su turbada mente no paraba de revivirlo una y otra vez, culpándose a sí misma de haber disfrutado.

Permaneció alerta al escuchar un sonido, contuvo el aliento pensando que podía ser uno de ellos, no le quedaban fuerzas para soportar alguno de sus juegos. Relajó el cuerpo al oír cómo cerraban la puerta.

Salió en busca de su dosis diaria, se había convertido en adicta a la cocaína, gracias a ella la realidad no era tan macabra. No reparó en la presencia de la sombra apostada junto a la puerta cuando agachó la espalda. Le extrañó encontrar una única raya sobre la mesa que no tardó en esnifar.

El aire se negaba a llenarle los pulmones debido a la mano que lo impedía, no pudo evitar temblar al percibir que era el hombre que con más crueldad la trataba.

—Cuánto menos te resistas, menos dolor sentirás.



Edna quiso revolverse, aquella acción solo le sirvió para recibir el primer golpe en la nariz, la cual no tardó en sangrar. La empujó contra la pared y la inmovilizó. No le llevó mucho percibir que algo se desgarraba en su interior con cada embestida que él hacía, ascendiendo el dolor por la espina dorsal hasta ubicarse en la cabeza.

Las lágrimas mojaban las mejillas a su paso, en ese momento echaba de menos no estar sedada y más drogada, por lo menos la mezcla de sustancias lograban no reparar tanto en el dolor de las brutales prácticas sexuales que hacían con ella cada día.

Sin poco más que hacer, apoyó la mejilla en el ladrillo visto, la cual se arañó debido a los bruscos movimientos a los que era sometido su cuerpo mientras él descargaba su ira contra ella. Se le escapó un gemido placentero que fue malinterpretado cuando los pulmones se le llenaron de aire.

—Así me gusta, que seas buena chica —masculló el hombre sin dejar de avasallarla.

Apoyó la palma de la mano libre en la pared para evitar dañarse más la cara, cerró los ojos y se dejó hacer, en lo único que pensaba su mente era que el hombre finalizara cuanto antes.

Una sensación de impotencia se apoderó de ella cuando él gruñó junto a su oreja al alcanzar el orgasmo.

Mantuvo los ojos entrecerrados a la espera de que abandonase la estancia y le permitiese dejar salir la rabia acumulada por no ser capaz de parar todo aquello.

—Tu turno.

Edna no tuvo tiempo de alarmarse, el hombre la sujetó con fuerza por los bíceps arrastrándola hasta la mesa. La obligó a poner las palmas de las manos sobre la superficie, no había terminado de cumplir las órdenes cuando un grito le desgarró las cuerdas vocales.

—¡Joder, qué placer! No te haces una idea de lo estrecha que está —farfulló sobreexcitado el segundo hombre a la vez que se hundía por completo en el recto de Edna.

Por mucho que intentó revelarse contra ellos, lo máximo que logró fue que el hombre —el que más terror le inducía— se subiese encima de ella para que su compañero terminase. La presión ejercida en el pecho le imposibilitaba respirar con normalidad, haciéndolo con pequeños jadeos que —otra vez— ellos creyeron eran de placer.

—¿Qué hora es? —inquirió el que le daba más miedo una vez acabada la

tortura.

—Las seis.

—¿Hay tiempo para uno conjunto? Quiero darle por detrás.

—Tenemos media hora.

—Tiempo de sobra. Túmbate en la cama y te la pongo encima.

Su socio no tardó en situarse, sujetó las muñecas de Edna con fuerza una vez la tuvo encima para que su compañero no tuviese dificultades para esposarla a los barrotes, aunque creía que no presentaría batalla, pero ambos necesitaban las manos libres para llevar a cabo unas de sus fantasías.

El que estaba acostado alargó la mano para hacerse con lo que su amigo le tendía, sonrió con malicia mientras le colocaba las pinzas metálicas en los pezones, tiró una vez de la cadena que las unía y se lamió los labios al oír el quejido de ella. Por un momento abandonó el juego de la cadena para sujetarla por la cintura y encajarla a él. Esperó paciente hasta que su compañero se colocó tras ella, le sujetó el pelo tirando de él con fuerza y la penetró.

Pasados los segundos, Edna no podía decir con exactitud que parte de su cuerpo le provocaba más dolor, ya que eran demasiados puntos expuestos.

Los intensos gemidos masculinos no tardaron en adueñarse de la estancia.

—Venga, perra, no disimules. Disfrutas tanto como nosotros cuando te follamos.

Fue lo último que escuchó antes de desfallecer.

Estaba en posición fetal al despertar, tardó en estirar el cuerpo, no había músculo ni parte de él que no le doliese. El aroma a comida le asaltó las fosas nasales, sabía que debía alimentarse, pero las pocas fuerzas que le quedaban no le permitían moverse.

Giró el rostro para enfocar la mesa y ver qué le habían servido, por mucho que su mente estuviese nublada debido a los efectos del calmante, no le llevó mucho reparar en que no estaba en el zulo de siempre.

Aquel cuarto era más amplio que el que ocupaba a diario. Con pesadez se obligó a moverse. Con suerte dispondría de ventana por la que intentar salir de aquella cárcel que la consumía a cada hora que pasaba.

Tanteó en la oscuridad hasta dar con una pared, guiada en todo momento por el tacto, descubrió lo que buscaba, ese helor solo podía desprenderlo un cristal. Palpó y palpó, aunque no halló nada.

—No se puede abrir.

Edna tragó saliva al escuchar la voz. Desde la pasada noche no había vuelto a saber de él.

—¿Dónde estamos?

—En uno de los cuartos de la planta superior.

—¿Por qué?

—Necesitas descansar y en el camastro dudo mucho que lo hagas.

—¿Por qué te preocupas ahora por mí? Por la noche no parece que te importe mucho cuando los tres... —calló de golpe, no quería ni nombrar lo que hacían con ella.

Escuchó cómo se acercaba a ella por detrás. Paró a escasos centímetros de dónde se encontraba.

—Aunque lo pongas en duda, sí que me preocupo por ti.

—Ya —farfulló Edna.

Su mente adormecida volvía a jugarle una mala pasada, estaba convencida de que el efecto que le producía su presencia era debido a los estupefacientes, pero, aun así, no estaba de más marcar las distancias. Se alejó unos pasos de él.

—Me he enterado de lo que han hecho esta tarde.

Edna tembló al recordarlo.

—No volverá a ocurrir —aseguró él.

Esperó paciente una respuesta por parte de ella, no intentó volver a acercarse, quiso darle espacio, sabía que necesitaba procesar todo lo que estaba ocurriendo desde hacía cuatro días.

—Deberías comer algo y descansar. Regresaré más tarde para cerciorarme de que te encuentras bien.

Avanzó un par de pasos, se ubicó a su lado y pasó las yemas de los dedos por el brazo de ella.

—Te aconsejo que no hagas ninguna tontería.

—¿Cómo qué? —inquirió Edna controlando el tono de voz.

—Como intentar salir de aquí. No quisiera verte más forzada de la cuenta. Ellos no son como yo.

Solo de pensarlo a Edna se le puso el vello de punta. Aunque no supo decir si por la amenaza recibida o por la suavidad con la que le sujetó la mano. Se tranquilizó al comprobar que era un mando lo que le entregaba.

—Solo se ve un canal de películas, te vendrá bien para distraerte y dejar de pensar.

—No lo entiendo.

—¿El qué?

—Los privilegios que me concedes.

Despertó alarmada, el recuerdo estaba tan latente que podía sentir el dolor de la brusquedad utilizada, incluso la sangre recorrerle el labio. Abrió la puerta del cuarto desorientada, tenía la misma sensación de cuando estaba encerrada, esa pesadez que se adueñaba de ella en el momento que le administraban las drogas.

No reparó en la presencia de su amiga hasta escuchar la pequeña exclamación que se le escapó. Al ver cómo se le transformaba la cara en auténtico horror, miró al suelo, un pequeño charco de sangre se formaba a sus pies. Llevó la mano a la nariz para cerciorarse de que no era producto de su imaginación tener la sensación de estar sangrando.

Sin salir de su asombro, no puso objeción cuando Sara la sujetó con delicadeza por el brazo y la llevó hasta el baño. Hizo que se sentara sobre la tapa del wáter, sacó el botiquín de una de las puertas del armario y comenzó a limpiarla.

—¿Te has dado un golpe? —preguntó con cautela su amiga.

—Que yo sepa no.

—¿Has soñado con algo?

Enmudeció al instante, le avergonzaba tener que narrar lo que había soñado por mucho que fuese Sara. Omitió ciertos detalles, los más importantes o los que más bochorno le producían. No la miró en ningún instante, no deseaba ver la reacción de su amiga.

«¿Qué pensará de mí?», se cuestionó en más de una ocasión mientras terminaba el relato.

—Esto ya está —anunció Sara para apaciguar el malestar de Edna.

Recogió las gasas usadas, guardó todo en el botiquín y, por fin, la miró. Sintió pena por ella, verla tan desprotegida le sobrepasaba. Deseaba poder hacer mucho más, pero la situación le superaba.

—Vayamos a la cocina, tienes que alimentarte.

Un escalofrío se apoderó del cuerpo de Edna al escuchar la frase, era algo tan característico de él que la hizo revivir los momentos pasados a su lado.

—Lo siento —se disculpó Sara.

—No tienes que hacerlo.

—Yo...

Edna se incorporó y la abrazó.

—Sara no te haces una idea lo que te agradezco que me dejes quedarme en tu casa y tenerte a mi lado en estos momentos, de estar en casa pasaría por todo esto sola. Así que, por favor, no vuelvas a disculparte por decir ni hacer algo que pueda recordarme por lo que he pasado. Me vendrá bien para superarlo.

—Lo sé, pero puedo ser más cuidadosa y más después del día que llevas.

—¿A qué te refieres?

—Vayamos a la cocina.

Edna tomó asiento, por mucho que quiso prepararse ella misma la comida, Sara lo impidió, la obligó a estarse quieta. Sonrió con amplitud al verla desenvolverse, no imaginaba lo que en verdad le agradecía todo lo que hacía por ella. En algún momento, cuando todo eso pasara, le devolvería el favor. No sabía cómo, pero lo haría.

Salivó al ver el sándwich vegetal, dio un mordisco y se dejó llevar por el sabor. Le encantaba aquella mezcla de ingredientes. En varias ocasiones quiso retomar el tema que habían dejado a medias en el baño, pero Sara la obligó a mantenerse callada hasta que no finalizara. Engulló el último bocado y la miró.

—¿Podemos hablar ya? —preguntó con una sonrisa.

—Sí, pesada.

—¿Qué me ha pasado hoy a parte de levantarme sangrando por la nariz?

—¿No recuerdas nada?

Edna movió la cabeza en un gesto negativo. Lo último que recordaba era quedarse sola en casa tras despedirse de Jacobo e ir a la cocina dispuesta a desayunar. Después de eso, todo era completa negrura.

—Tomar el desayuno que me ha dejado preparado Jacobo.

—He sido yo —rectificó Sara.

—Pues es lo último que recuerdo. ¿Me lo vas a contar de una vez o tengo que averiguarlo? —inquirió al comprobar que su amiga no tenía intención de hablar.

Sara jugueteó con la servilleta de papel, cómo decirle —sin alarmla— lo ocurrido esa mañana. Su mente podía bloquearse de nuevo, no deseaba recordarle ese trauma.

—¿Sara?

—Según me ha contado Latorre...

—¿Qué tiene que ver el detective? —interrumpió Edna.

—Déjame terminar y lo comprenderás —se quejó su amiga—. Te ha encontrado en la calle en pijama, no parabas de temblar y llorar. Cuando ha intentado averiguar qué te pasaba, le has confesado que él está aquí.

Edna la miró a la espera del resto de la historia. Pasados unos minutos y ver que eso era todo lo que iba a decir, preguntó:

—¿Él? ¿Quién es él?

—Eso mismo queremos saber Latorre y yo.

Ambas quedaron calladas.

—¿De verdad que no te acuerdas de nada?

Edna negó con la cabeza.

—¿Dónde se supone que me ha encontrado?

Por mucho que esforzaba su mente para que le revelase esa parte del día, lo máximo que le mostraba era estar todo el día en la cama.

—A seis kilómetros de aquí.

—¿Y dices que iba en pijama?

—Sí. De hecho, el mismo que llevas ahora.

Miró el atuendo, y —en efectivo— aún lo llevaba puesto.

—¿Que extraño, no? ¿Para qué voy a salir de casa sin conocer la zona, sola, sin llaves y encima en pijama?

—Sí que es raro, sí.

Edna recapacitó, nada de aquello tenía coherencia. Nada decente que no le hiciese sospechar del detective le venía a la mente.

—¿No habrás tenido uno de tus recuerdos? —inquirió con cautela su amiga.

Esa opción parecía la más acertada, aunque —por otro lado— siempre recordaba lo que le pasaba o casi todo.

—Tengo mis dudas, en cambio...

Dejó la frase en el aire, de ese modo quiso dar a entender que desconfiaba de su amigo el detective.

—Te aseguro que Latorre no tiene nada que ver.

—Pues no estoy yo tan convencida, que casualidad que ha sido él quien me ha encontrado.

—Edna, sé que no te cae bien, pero te juro que él es incapaz de hacerte nada y es el mejor que hay.

—No tiene nada que ver con que me caiga bien o no, pero me trata como si todo esto fuese mi culpa.

—Estoy segura de que no piensa así; sin embargo, para hacer bien su trabajo debe hacerte todo tipo de preguntas.

—Y yo encantada se las respondo. Ahora, si cuestiona todo lo que digo, tendré que inventarme las cosas para que crea mi versión.

—No será necesario, ya he hablado con él y le he pedido que bajé el ritmo.

Latorre cerró la puerta de casa exhausto. La mañana había sido una tortura para él, visitar a Vicente lo dejaba descolocado, hablar de su pasado le afectaba más de lo que en realidad admitía, y encontrarse a la señora Cortés en mitad de la calle era la gota que colmaba el vaso.

Sirvió un whisky doble, no tenía por costumbre beber, aunque en ciertas ocasiones reconocía que lo precisaba. Terminó la copa en dos tragos. Tomó asiento y estiró el cuello para relajarlo.

Entornó los ojos y se dejó llevar por los recuerdos. Los ojos claros de su mujer se proyectaron de inmediato, se sintió un privilegiado al saber que el amor que desprendían iba dirigido a él. Cómo la echaba de menos, hacía ya un año que la había perdido, pero no había día que no la añorara.

Su muerte lo impulsó a dejar su trabajo, no se veía con fuerzas para seguir ejerciéndolo y tampoco permanecer en la ciudad ya que todo a su alrededor le recordaba a ella. Por ello se jubiló antes de tiempo y se retiró a la costa valenciana, siempre había sido la ilusión de ambos; vivir sus últimos años de vida cerca de la playa. Era cierto que su casa no quedaba alejada del mar; sin embargo, había sido incapaz de visitarla, esperaba estar más preparado para hacerlo.

El recuerdo del último día pasado con ella lo entristeció. Jamás imaginó que aquella simple despedida sería la definitiva, de saberlo, no la hubiese dejado marchar.

Agradeció en silencio a la persona que perturbaba sus recuerdos al escuchar la llamada entrante, de seguir por ese camino solo se autodestruiría.

—Latorre.

—Tengo lo que me has pedido.

Puso recta la espalda, centrarse en el caso era mejor que seguir por los derroteros de sus pensamientos.

—¿Me lo puedes pasar por *e-mail*?

—Sí.

Deletreó, palabra por palabra, el correo electrónico que creó en su día al abrir la oficina. No fue cosa de él, su hija se pasó meses convenciéndolo de



que era lo mejor, que no hacer nada lograría matarlo de pena. No sabía lo agradecido que le estaba por tanta insistencia, centrarse en los casos que le contrataban, le servía para no pensar demasiado en otras cosas.

Abrió la bandeja de entrada y ahí estaba. Esperó a que la conexión descargara el documento adjunto. Leyó —nombre por nombre— los propietarios del edificio de Alicante y uno llamó su atención.

—No puede ser —masculló al leer el último.

Ignoró el griterío formado por las decenas de detenidos que abarrotaban la recepción de la comisaría, había olvidado que en días de protesta el trabajo se acumulaba. Sorteó a los presentes y saludó a los compañeros con los que se cruzaba por el camino. Se les veía exhaustos, aunque no superados por la situación, ellos estaban preparados para aguantar aquello y más.

No era de su agrado la mala visión que tenían algunos ciudadanos respecto a su trabajo, quería comprenderlos; pero por mucho que lo intentaba, no lo lograba. Cada uno de ellos se jugaba la vida cada vez que vestían de uniforme y patrullaban.

Enfiló el pasillo que tan bien conocía hasta llegar a su departamento. Observó las mesas esparcidas por la estancia, cada una de ellas albergaba un agente, aunque a esas horas la inmensa mayoría estaban vacías.

Como era habitual en él, pasó primero por su puesto de trabajo. Aunque seguía de vacaciones, ya que estaba allí aprovecharía para mirar por si tenía algún mensaje importante. No era difícil distinguirlo, era el único que siempre mantenía una imagen impoluta, lejos del caos que los demás mostraban.

Le extrañó no encontrar ninguna nota de su compañera pegada en la pantalla del ordenador, en su defecto, había un sobre cerrado que no le produjo buen presagio. Lo dejó en el mismo sitio y fue en busca de Sergio, a esa hora ya habría vuelto del descanso. Primero fue a su despacho, lo halló vacío. La siguiente parada la hizo en la sala de descanso, tampoco estaba.

—¿Has visto a Sergio? —preguntó a un compañero que estaba tomando un café.

—Se ha marchado hace un momento.

—¿Sabes a dónde?

—Al bar, dice que el café de aquí es imbebible. Supongo que regresará enseguida.

—Gracias, Jota.

Ya había cruzado el umbral cuando escuchó a su compañero.

—García, ¿te has enterado de las novedades?

Giró el cuerpo para mirarlo a los ojos.

—¿Cuáles?

—El caso Cortés.

—Por eso mismo quiero hablar con Sergio, algo me ha adelantado Expósito. ¿Alguna novedad más?

—No. Aparte de que cenó acompañada de un hombre moreno de ojos oscuros, estamos a la espera de que los compañeros de Alicante se acerquen al lugar para hablar con el dueño e intentar hacer un retrato robot. Tengo ganas de tenerlo.

—¿Y eso?

—Pienso que ese desgraciado es la persona que buscamos, si tenemos suerte de que esté fichado, en breve se resolverá el caso.

El vello del cuerpo se le erizó al imaginar qué pasaría si el retrato llegaba a las manos de su jefe.

—¿Te marchas ya? —quiso saber Jota al verlo abandonar de nuevo la sala.

—Sigo de vacaciones.

—¿Otra vez? Si volviste el lunes después de estar una semana.

—Asuntos personales.

—Muy buena tiene que ser en la cama —bromeó Jota.

—¿Quién?

—Tu asunto personal.

Jabel mostró una sonrisa forzada, para nada le agradaba hablar de su vida privada, aunque —por lo visto— su cita con Edna era de dominio público o casi, puesto que desconocían que fue con ella con quien quedó para pasar el fin de semana.

Abandonó la comisaría lo más rápido que fue capaz, aunque antes de marcharse, recogió el sobre de su mesa, sabía que no pertenecía a ninguno de sus compañeros ni jefes, ellos no tenían por costumbre usarlos de color negro.

Latorre seguía sin salir de su asombro, no podía creer lo que releía. Rebuscó entre los bolsillos de la chaqueta que llevaba puesta aquel día hasta que encontró lo que buscaba.

Tomó asiento y comparó los datos en ambos papeles, el apellido era tan común que no le cercioraba nada. No contento con el resultado, hizo un par de llamadas, de ese modo estaba seguro de que saldría de dudas y podía descartarlo. Tras colgar y recibir una fotografía, no cabía duda. Ambos

nombres pertenecían a la misma persona, y —ni más ni menos— que la última que estuvo con Edna Cortés antes de desaparecer.

Marcó el número de su hija, le urgía hacer llegar una nota y ella tenía la oportunidad de hacerlo sin que nadie reparase en ello.

Más calmado, llamó a Sara instándola a que se reuniesen con él de inmediato. Aunque no era de su agrado tener que desplazarse él, no le quedó más remedio. La señora Cortés hacía poco que había despertado y —según Sara— no se encontraba en condiciones para salir de casa. Latorre le prometió antes de colgar que sería más benevolente con su amiga.

Condujo por las transitadas calles hasta llegar al lugar de residencia de la escritora. Recordaba cómo se habían conocido. Siempre había sido un lector empedernido y la curiosidad por saber el éxito que alababa su trabajo como escritora, lo impulsó a apuntarse a un club de lectura que le quedaba relativamente cerca de casa. Cuando lo hizo no tenía ni idea de que al finalizar podrían charlar con la autora, esperó su turno y la avasalló a preguntas, sobre todo encauzadas a los pequeños errores que había detectado en la trama.

Con elegancia, Sara sorteó todas sus inquisiciones hasta dar por finalizada la sesión. Para su sorpresa lo invitó a tomar un café, el primero de muchos. Desde aquel día —casi recién llegado a la ciudad— se hicieron íntimos; aunque, por el momento, no le había revelado que era un expolicía.

Subió por las escaleras, nunca fue amante de aquellas cajas metálicas que transportaban personas o cosas, no sabía cuándo te dejarían encerrado.

—¿Sigue despierta? —preguntó nada más abrirle la puerta Sara.

—Sí, pasa.

—¿Le has dicho que venía?

No necesitó contestación al ver el gesto de su amiga.

—Ya veo que no, al final me tomará más manía.

A Sara le gustó la pequeña broma que gastó, no era habitual en él hacerlas, pero desde que estaba enfrascado en el caso de Edna lo veía más vivo. No sabía por qué, puesto que siempre esquivaba hablar de su vida pasada; sin embargo, estaba convencida de que antes de instalarse en Valencia había sido uno de los mejores inspectores del país, algo que averiguó por cuenta propia ya que él nunca se lo confesó.

—Voy a buscarla —dio dos pasos, pensó lo que pensó y se giró—. Por favor, sé condescendiente con ella.

—Sí —aseguró Latorre por segunda vez.

Latorre se instaló en uno de los sofás independientes del salón, era la primera vez que estaba en casa de Sara, cada vez que quedaban lo hacían en la suya o en cualquier bar de la ciudad. Le gustó la sobriedad con la que estaba decorada.

—Señor Latorre. —Saludó Edna a su llegada.

El detective se incorporó.

—Señora Cortés, ¿cómo se encuentra?

—Mejor —respondió Edna sentándose lo más alejada que pudo de él.

Aunque Sara intentara convencerla de que era un buen hombre, el trato que había tenido hacia ella no lo demostraba, desde que se reunieron la primera vez, el detective se empeñaba en contradecirla en todo momento o esa era la sensación que a ella le producía.

—¿Qué hace aquí, detective? —preguntó Edna, deseaba regresar de nuevo a la cama, estaba agotada.

—Tengo novedades importantes sobre su desaparición.

Edna se tensó al escucharlo. Presagió que era importante por la seriedad con la que hablaba.

—Usted dirá.

Latorre se tomó su tiempo, siempre le habían gustado aquellos instantes en los que se creaba tensión entre el inspector y el acusado, en ese caso, con la señora Cortés. La observó con detenimiento, las manos las había convertido en puños para evitar que —ni Sara ni él— repararan en el temblor que tenía, pero él se consideraba perro viejo en su trabajo y aquellos pequeños detalles jamás se le escapaban.

Alargó la mano y le tendió la fotografía a Sara para que se la pasara, el rostro de ella se demudó al verla, no era la primera vez que veía aquella cara. Sin saber bien por qué, depositó la mano en el muslo de Edna para infundirle valor.

Edna la cogió con manos temblorosas, observar la reacción de su amiga no ayudaba. No estaba segura de mirarla, pero la curiosidad de saber qué había provocado ese cambio en Sara pudo más que el raciocinio.

La soltó de inmediato, el simple contacto le había abrasado la piel. Aquellos ojos jamás los olvidaría. Las lágrimas empañaron los suyos y nublaron todo de inmediato.

Sara la abrazó al comprobar su estado. No quiso creerla en su día y se culpaba por ello.

—Es... es... —A Sara no le salían las palabras.

—Jabel —terminó Latorre—. También conocido como inspector García.

### Quinto día desaparecida

La sensación de que una oscura mirada la escudriñaba con atención desde el pie de la cama, hizo que se tapase hasta el cuello, le incomodaban a la vez que le agradaban aquellos ojos. Por primera vez en los días que llevaba allí encerrada, su mente se hallaba despejada, libre de los estupefacientes que le administraban a diario. Si lo hacía bien tendría una oportunidad de salir, para ello debía mostrarse obediente mientras él permaneciese en la misma estancia.

—Me alegra saber que me has hecho caso.

—¿En qué? —No sabía a qué se refería.

—En no hacer ninguna tontería.

Edna asintió aunque sabía que no la veía.

En realidad fue lo primero que se le pasó por la cabeza nada más quedarse sola en la habitación, pero la pesadez que sentía por el calmante administrado y demás sustancias, lo impidieron. Por eso prefirió descansar parte de la noche y el resto de horas los dedicó a ver películas.

—Tampoco creo que pueda huir.

Escuchó la profunda bocanada de aire que él tomó.

—Te he subido la comida. —Cambió de conversación.

—Gracias, pero no tengo hambre.

—Debes comer, hoy será un día intenso.

Edna tembló. Su cuerpo se convirtió en gelatina al pensar qué le depararía, y —en aquella ocasión— no era debido a la ausencia de la droga a la que cada vez era más adicta.

El silencio se impuso unos segundos hasta que él decidió que la visita había llegado a su fin. Edna escuchó las pisadas suaves de regreso a la puerta y no lo pensó dos veces cuando preguntó en voz alta:

—¿Puedes encender la luz?

—¿Para qué?

—Quiero verte.

No obtuvo respuesta. Se maldijo por la metedura de pata. Lo que menos deseaba era desatar su ira que hasta el momento no había visto, pero tampoco lo deseaba, con la de los otros dos tenía más que suficiente.

Estiró la mano hasta dar con la bandeja, palpó para encontrar la botella de agua, la sed le reseca la boca. Se hizo con el pequeño bocadillo y aunque no tenía apetito, le dio unos cuantos bocados, de ese modo dejaría un tiempo prudencial para incorporarse.

Ayudada en todo momento del tacto recorrió cada centímetro del cuarto. Desechó intentar abrir la ventana, la noche anterior ya había descubierto que no se podía. Se mordió el labio con intensidad para evitar gritar al comprobar que el baño tampoco le brindaba una oportunidad.

Regresó a la estancia principal, la desesperación por salir de allí la impulsó a acercarse a la puerta. Tocó el pomo con cautela, lo giró convencida de que no abriría, su sorpresa fue enorme al descubrir lo contrario.

Sacó la cabeza con cuidado, antes de salir del todo quería comprobar que tenía vía libre. La adrenalina se apoderó de ella, si se daba prisa e iba con suma prudencia, podía escapar de allí.

Comenzó a recorrer el largo pasillo sin despegarse de la pared, en parte para evitar que desde abajo la viesen y porque un extraño mareo se apoderó de ella. Enseguida averiguó que habían puesto algo en la comida o en el agua. Se regañó por ser tan tonta y caer en la trampa, le había extrañado tanto que no la drogaran que en ese momento comprendió por qué.

Descendió las escaleras más lenta de lo que le hubiese gustado, a ese paso lo único que lograría era que la pillaran fuera del habitáculo, no quiso imaginar qué harían con ella si la descubrían. No tardó en comprobarlo.

La robusta figura apareció de la nada o eso creyó, debido a la visión borrosa no reparó en la abertura que quedaba a su derecha. Enfocó la vista, tardó más de lo deseado en visualizarlo, entornó los párpados al reconocerlo, esos ojos negros como la noche no eran la primera vez que los veía, pero sí el odio que destilaba su mirada.

Quiso disculparse por querer salir del cuarto, pero el dolor que sintió en la cabeza fue tan intenso que le nubló la vista. Para cuando quiso abrir los ojos y descubrir que no la culpaba por no seguir su consejo, ya le habían cubierto la cara y sujetado las manos.

—Te dije que no podías confiar en ella.

Edna se erizó al reconocer la voz. Sabía que su osadía le costaría cara, no intuyó cuánto.

—Quería ponerla a prueba. No la ha pasado. Llevadla abajo.

Cerró los ojos con fuerza, el miedo se apoderó de ella.

Con brusquedad la arrastraron escaleras abajo sin reparar en si se



golpeaba o no. El chirrido que emitió el cerrojo le heló la sangre, aquel siniestro ruido era el preámbulo de lo que en breve le harían.

Percibió otras manos sobre su cuerpo, las reconoció de inmediato, aunque en aquella ocasión no la tocaban con suavidad, desprendían la misma rudeza que las demás. No controló el grito que emitió. Las costillas fueron quienes pagaron su imprudencia.

Con intensidad le apresaron las muñecas a las cadenas obligándola a mantener los brazos en cruz, después de imponerle que se colocara de rodillas en el suelo. Sin miramientos le rasgaron el camisón y la dejaron desnuda frente a ellos.

Sabía que no serviría de nada, aunque eso no impidió que forcejease con la sujeción, lo único que logró fue dañarse las muñecas. Dejó caer los hombros derrotada, por mucho que lo ansiara, no tenía escapatoria y en breve sería sumisa de sus más oscuros deseos.

Parpadeó un par de veces al percibir que le habían quitado la capucha, la mortífera luz que inundaba la sala la cegó de inmediato. Entornó de nuevo los ojos, tenía que dejar pasar unos segundos hasta que la vista se adaptara, llevaba tanto tiempo en la oscuridad que ahora la luminiscencia la cegaba.

No sabía decir con exactitud cuál de los tres se entretuvo en hacerle una coleta con el pelo, ya que el rostro lo llevaban cubierto por una máscara negra que únicamente dejaba libre los ojos y la boca.

Notó que algo caliente le presionaba los pechos, la mezcla producida por el calor y la presión era un tanto extraña. Quiso mirar qué le habían puesto, aunque lo impidió quien la sujetaba por la coleta y la obligaba a mantener la cabeza recta.

Frente a ella —desnudo— se ubicó él, lo reconoció por la negrura de su mirada. Con una mano se masajeaba la verga con brusquedad, en el índice de la otra tenía polvos blancos que no tardó en repartir desde la punta del glande hasta abarcar la corona.

—Abre la boca —exigió sin dejar de masturbarse.

Edna controló la arcada producida por la rudeza con la que introdujo el príapo en su boca. Se mantuvo quieta unos instantes, hasta que el dolor se intensificó cuando, con brusquedad, le tiraron del pelo. Abrió los labios todo lo que pudo y dejó que él marcara el ritmo de la felación. Uno a uno repitió el ritual.

Extenuada, dejó caer la cabeza una vez liberada de la presión ejercida en la cabellera, la mandíbula le dolía horrores.

Abrió los ojos desmesuradamente al izar el rostro, frente a ella volvía a estar él, aunque en esa ocasión algo metálico le cubría el falo. Fijó bien la vista, tembló al descubrir que se trataban de pequeños pinchos con punta ovalada.

Entre sus dos compañeros la izaron y la mantuvieron con las piernas abiertas, de ese modo le dieron acceso a él para que la atravesara por completo. Emitió un pequeño gruñido al sentir el roce de las puntas contra las paredes vaginales, aunque se relajó un poco al descubrir que iban recubiertas de silicona y el dolor que producían no era tan intenso como en un primer instante pensó.

Durante minutos u horas, no supo calcular, hicieron con su cuerpo lo que quisieron, recrearon cada una de sus más tenebrosas fantasías. No reparó en el momento que la trasladaron al cuarto que había ocupado desde el principio, estaba tan exánime que ni enterarse de cuando dieron por finalizada la sesión.

Lo siguiente que advirtió fue su voz.

—La próxima vez que lo intentes no seré tan condescendiente —amenazó antes de dejarla hecha un ovillo sobre el camastro.

Dejó el pequeño equipaje de la mala gana en la entrada. El apartamento —alquilado en Madrid— disponía de los metros justos, incluso se podía decir que escasos, no superaba los veinte. En una misma estancia estaba todo; cocina, salón y dormitorio. Lo único que tenía privacidad era el baño.

Tomó asiento en el sofá. Cerró los ojos un instante, todo se desmoronaba a su alrededor, si no actuaba de inmediato lo descubrirían. Se puso en marcha sin pensarlo, asió la mochila y cerró la puerta con llave. La dejó caer en el asiento del copiloto y no redujo la velocidad ni paró hasta llegar a Alicante.

La cama se le antojaba extraña, la última vez que la ocupó ella estaba a su lado. Fue directo a casa, deseaba descansar un rato antes de pasar por la comisaría.

Intentó dormir, dos largos viajes en un mismo día lo habían dejado extenuado. No logró el objetivo, por eso, a las seis y media de la tarde se puso en marcha, no tenía tiempo que perder, cuánto antes apareciese por comisaría antes se enteraría de quién era el agente encargado del caso.

Le extrañó escuchar el timbre de casa, no había avisado a nadie de su regreso a la ciudad. Se acercó a la puerta con extrema cautela, no deseaba revelar sus pisadas a quién estuviese detrás de la madera.

—Jabel, abre. Sé que estás ahí.

Apretó los labios al escuchar la voz de su hermana. Cómo le cabreaba que lo tuviese tan controlado. Quedó estático junto a la entrada, esperaba que su hermana se marchara si no contestaba.

—¿Me vas a abrir o tengo que ir a por mi llave?

Resopló con insistencia, entendía que fuese la mayor y que el suceso de sus padres la hiciese más protectora, pero ya tenía edad suficiente para manejar los hilos de su vida y no tenerla siempre detrás. Aquel fue el principal motivo por el cual solicitó un traslado de ciudad, estaba cansado de tener que dar explicaciones respecto a su vida privada.

—¿Qué haces tan temprano en casa? —inquirió dejándola pasar.

—Tu cuñado está con la gripe y no le gusta quedarse solo, ya sabes lo quejica que es. —Depositó un beso en la mejilla de su hermano, un ritual que siempre hacía cuando se veían—. Te he escuchado llegar.

—No te he avisado porque pensaba que estarías en el trabajo, tenía

intención de pasar esta noche por tu casa.

Lo miró de arriba abajo.

—¿Estás bien? —se interesó sin dejar de observarlo.

—Sí. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada en particular.

Jabel no la creyó, sabía con exactitud cuándo mentía.

—Raquel, ¿qué ocurre?

Nerviosa se frotó las manos.

—Hace un par de días me paró un hombre en la entrada del edificio.

Preguntaba por la chica que pasó el fin de semana contigo.

Jabel se tensó.

—¿Qué le dijiste?

—Que no la había visto por aquí y que no la conocía.

—Hiciste bien. Y ahora, si no te importa —señaló la puerta—, tengo prisa.

—Jabel, ¿qué pasa? ¿Sabes que puedes contármelo, verdad?

—No ocurre nada, puedes estar tranquila.

—Pero ¿cómo voy a estar tranquila si sé que es la mujer que estuvo desaparecida una semana y es el mismo tiempo que nadie pudo localizarte?

—Raquel, por favor, no te inmiscuyas en mi vida. Ya no soy aquel chiquillo asustadizo.

—Pero...

No dejó que terminara, a la fuerza la sujetó del brazo e hizo que abandonase su casa, cerró la puerta, bajó las escaleras de dos en dos e ignoró las llamadas de su hermana.

Pagó la frustración con el volante del coche, que el detective metiese las narices no le beneficiaba en nada. Estaba seguro de que fue él quien había parado a Raquel, sobre todo porque se había informado de su trayectoria profesional y los contactos que aún tenía. Aceleró de tal manera que los neumáticos dejaron parte de la goma impresa sobre la calzada.

Estacionó en el aparcamiento adyacente a comisaría. Saludó a un par de antiguos compañeros antes de adentrarse en el despacho del comisario, quien lo recibió con una amplia sonrisa.

—Hombre, inspector García, qué alegría volver a verte.

Apretó la mano del que —durante años— había sido su superior.

—Lo mismo digo, Comisario.

—¿Qué te trae por aquí?

—El caso de Edna Cortés.

—¿Qué tenemos que ver con él? Lo llevan desde tu distrito, aunque no lo entiendo porque la mujer es murciana y desapareció aquí.

A Jabel le extrañó la respuesta.

—¿No os han pedido que hagáis el retrato robot del hombre que acompañaba a la señora Cortés la última noche que la vieron?

—No. Pero vamos, ya que estás aquí, déjame que hable con tu superior y por mi parte, no tengo inconveniente en prestaros ayuda.

Cada vez estaba más confuso, él mismo habló con los compañeros de su unidad y todos le dieron la misma información, que serían los compañeros de Alicante los que hiciesen el retrato robot.

—No te preocupes, Comisario. Primero me acercaré yo a hablar con el hombre y dependiendo de lo que diga, te aviso.

—Lo que necesites, ya sabes que nunca quise que te marcharas.

—Lo sé.

Jabel abandonó las instalaciones aturdido, no entendía nada. Cerró las manos convirtiéndolas en puños al reparar en algo que, hasta en ese instante, no había hecho. Todo aquello no era más que una trampa para pillarlo, si no se andaba con más cuidado a partir de ese momento, caería más hondo en ella.

Optó por no visitar el bar, en todo caso, si de verdad el dueño recordaba a la persona que acompañaba a Edna aquel sábado provocaría que lo señalara a él. Comprobó la hora antes de acceder al edificio, sin comprobar el contenido del equipaje lo cogió del sofá y se puso en marcha.

No podía permanecer más tiempo en su ciudad natal, no regresaría hasta que no solucionase el problema que tenía y sabía dónde encontrarlo para atajarlo.

A Sara se le heló la sangre de inmediato, la mente se le nubló de tal manera que era incapaz de hablar con coherencia. En aquel preciso instante, en el que su cuerpo parecía estar apresado a la fuerza al sofá y por mucho que intentaba levantarse algo se lo impedía, comprendió el calvario que tuvo que vivir su amiga los días que estuvo secuestrada. Los lagrimales le escocían, aunque las primeras lágrimas tardaron en liberarse. Supuso que incluso ellas habían quedado en estado de *shock*.

Sujetó la mano de Edna con fuerza al recordar el día que estuvieron en la comisaría de Madrid compartiendo sala con ese depravado. Daba las gracias por haber aceptado la petición de sacarla de allí, nunca se hubiese perdonado no hacerlo y obligarla a hablar con él.

—Pero él es... —No logró acabar la frase.

—¿Policía? —inquirió Latorre—. Si yo te contase la corrupción que hay en el cuerpo, te aseguro que no me creerías.

Le costaba hacerlo, ella siempre había dado por sentado que todos los agentes amaban su profesión y en su mente no cabía la posibilidad de que fuesen tan delincuentes o incluso más que muchos de los penados que ocupaban una celda en cualquier cárcel del país.

—Si os soy sincero, no me extraña nada viniendo de esa comisaría, llevo años investigando varios casos de corrupción allí.

El detective pasó a narrar los años y el tiempo que dedicaba a intentar conseguir pruebas de su teoría. Sara prestó atención cada vez más asombrada según avanzaba la explicación de Latorre, sus pensamientos eran un ir y venir de cuestiones que sabía que quedarían sin contestación.

—Y aunque en su día no pude probar nada, en los ratos libres sigo investigándolos. Después de lo ocurrido con mi mujer, me juré que no moriría sin antes verlos entre rejas —finalizó Latorre.

Sara nunca se había atrevido con aquellos temas tan peliagudos, pero escuchar de la voz del detective que existía una red de trata de blancas en la que habían implicados miembros del cuerpo de seguridad y altos cargos del país, no pudo evitar que su mente —siempre ávida de nuevas fuentes de inspiración— comenzara a dar forma a nuevos personajes, aunque sabía que no era ni el lugar ni el momento.

—Cielo, ¿dónde vas? —preguntó al percatarse de que Edna estaba en la otra punta del salón abriendo la puerta corredera que daba al exterior.

El cerebro de Edna era una mezcolanza de pensamientos. Las imágenes se solapaban unas con otras de tal forma que le era imposible sacar nada en claro. Su mente quería revelarle la información que le faltaba para esclarecerlo todo, pero deseaba hacerlo con tanta rapidez que le nubló la razón.

El aire le negaba el derecho de llenarle los pulmones, a cada segundo que pasaba más le costaba respirar, necesitaba salir del salón con urgencia o desfallecería allí mismo, lo que menos deseaba era inquietar más a Sara.

Aprovechó el momento de desconcierto de su amiga para soltarse de su agarre. Se incorporó despacio con el temblor adueñado de ella, calculó cada paso que debía dar hasta alcanzar la cristalera y se concienció de cada uno de ellos antes de decidirse a caminar, de ese modo llegaría sin montar ninguna escena.

La falta de fuerza le negaba el derecho de abrir la puerta corredera, aquello fue lo que reveló su posición. Tuvo que esforzarse para hablar y evitar que su amiga la acompañara, necesitaba estar sola, le urgía. Inspiró profundo al poner un pie en el balcón.

—Necesito tomar un poco de aire.

—Te acompaño.

—No, por favor. Necesito estar sola, será un momento.

Sara no insistió, a cada momento que pasaba más la comprendía.

El mutismo se instaló en la sala mientras la veían desaparecer a través de la cortina.

—¿Qué va a ocurrir a partir de ahora? —preguntó Sara en voz baja para que Edna no la escuchara.

—Antes de hacer las pertinentes llamadas, quiero asegurarme de que es él a quien realmente buscamos, no lo tengo yo tan claro.

Sara se incorporó como un resorte, exhalaba más fuerte de lo normal.

—¿Cómo que no lo tienes claro? —Bajó el volumen al percatarse de que había chillado—. ¿Qué más pruebas necesitas? Tú no la viste cómo temblaba cuando lo vio en la comisaría de Madrid y después... —Se llevó la mano a la boca alarmada.

—Después, ¿qué?

Aquel instante había desaparecido de la memoria de Sara, quizás debido a todo el caos que le rodeaba. Tomó asiento de nuevo, necesitaba calmarse.

—Hay algo que no sabes, a ambas se nos olvidó decírtelo el primer día que nos reunimos contigo.

—¿Qué es lo que no sé?

—Después de salir de comisaría volvimos a encontrarnos con el inspector.

—Si os siguió puede que fuese para hablar con Edna, no tiene nada de raro. Tú misma me dijiste que aprovechasteis el momento que él abandonó la sala para ir a por agua para marcharos.

—Si lo hubiésemos visto en la puerta no me extrañaría, pero nos lo encontramos muy cerca del hotel donde estábamos hospedadas.

Latorre se quedó pensativo, incluso a él le pareció extraño aquella coincidencia, aunque por otro lado.

—¿Sabía dónde os alojabais?

—No, solamente se lo dije al médico por si era necesario que fuese a ver a Edna de urgencia y a ti.

—¿Estás segura de que nadie más lo sabía? Quizá se te pudo escapar en la primera visita.

—Y tan segura, fue la primera vez que fuimos.

—Ella dice lo contrario. —Latorre no comprendía nada.

Sara se frotó la cara, el cansancio se adueñaba de su cuerpo conforme pasaban los días, no descansaba bien por las noches, su mente se negaba a dormir profundo por si al despertar no encontraba a Edna en la cama.

—En el hospital estaba tan sedada que perdió la percepción del tiempo y la realidad, sí es cierto que habló con la policía dos veces antes de ir a comisaría, pero lo hizo cuando estuvo ingresada.

Latorre se levantó, quería ponerse en marcha, en casa de Sara no hacía nada, lo que necesitaba saber ya lo sabía, y —por mucho que le doliese admitir la verdad— Jabel García tenía muchas explicaciones que dar.

—Te mantendré informada —dijo a modo de despedida.

La excesiva respiración produjo bajos niveles de dióxido de carbono en la sangre de Edna, lo que provocó que hiperventilara. El tiempo transcurrido en el balcón no la ayudó a calmarse, su mente seguía siendo un ir y venir de imágenes que, a cada segundo que pasaba, colapsaban su cerebro.

Con inseguridad dio un paso, necesitaba alcanzar la pared para apoyarse antes de flaquear del todo. La sensación que le invadía era la misma que cuando despertó en el hospital, era como si estuviese drogada o como si alguien se adueñara de sus pensamientos y movimientos. No supo si logró su



objetivo porque todo se nubló a su alrededor.

Sara no pudo contestarle al detective, el estruendo que escucharon en el balcón los alarmó. Corrió presa del pánico hasta el lugar donde se encontraba su amiga, se arrodilló junto a ella sin dejar de pedirle a Latorre que llamara a urgencias.

## Sexto día desaparecida

Una nebulosa se cernió sobre la cabeza de Edna, la sensación le impidió saber si estaba despierta o aún dormitaba. La realidad del tiempo la tenía falseada, la oscuridad que siempre le rodeaba tampoco ayudaba a esclarecer el interrogante. El segundero del reloj se detuvo en el preciso instante que se marchó a comer con Jabel, desde entonces, no sabía decir con exactitud si había transcurrido un día, una semana o un mes. Su percepción estaba distorsionada, no solo por la falta de luz, las drogas administradas se habían adueñado también de su lucidez.

El hediondo olor le aseguró que se encontraba de nuevo en el zulo, su intrepidez le había costado verse prisionera otra vez en aquel agujero negro que la consumía. De haber sido más lista, tendría unas ventajas de las que ahora carecía. Al menos, la televisión le serviría de pasatiempo con la que matar las horas.

Ladeó el rostro y clavó la mirada en la oscuridad. Si mal no recordaba — de la última vez que estuvo allí— el cuarto no estaba tan lóbrego, al menos conseguía distinguir los pocos enseres que había repartidos e incluso ya vislumbraba las siluetas de quienes la visitaban. Permaneció inmóvil en el camastro, de aquel modo quiso que la visión se adaptara a la negrura.

Dedicó los minutos a recordar los instantes que estuvo con él en una de las habitaciones privilegiadas, se erizó al visualizar cómo sus yemas comenzaron a acariciarle la piel expuesta. Las sensaciones de su cuerpo estaban mal, aunque no podía evitar excitarse las veces que la tocaba.

Su mente batallaba contra su cuerpo cada vez que él se acercaba, estaba convencida de que todo era producto de la enajenación, que en condiciones normales aquello le parecería macabro y no la excitaría.

Prestó atención al escuchar pasos al otro lado, rezó porque fuese él quien la visitaba, sus dos compañeros no la trataban como lo hacía él, la rudeza que empleaban lograba dañarla.

Se mantuvo quieta mientras la persona que había accedido se movía por la estancia, parpadeó varias veces hasta distinguir la figura masculina. Se tensó al reconocerlo, no por miedo ya que no le temía, sino más bien fue la indiferencia que le dedicó lo que produjo esa desazón.

Esperó sentada a que se acercara, siempre lo hacía cuando iba a verla. Los segundos pasaban y mantenía las distancias. La impaciencia se apoderó de ella al percibir su enfado, lo había desafiado, aunque ya había sido castigada por su osadía.

—Lo siento —musitó al notar el contacto de su piel contra la suya.

Escuchó un gruñido por su parte, desde que había accedido a la habitación no le había dirigido la palabra, pero estaba segura de que era él quien le estaba administrando su dosis diaria.

Alzó la vista y fijó la mirada al frente, sabía que la observaba desde la distancia, lo imaginaba apoyado contra la pared y los brazos cruzados al pecho. Incluso se atrevió a imaginar las facciones de su rostro en aquel momento. Tendría el ceño fruncido, señal de que estaba enfadado, las grietas de los carnosos labios estarían más marcadas de lo normal y los azabaches ojos más oscuros de lo habitual.

La pesadez se apoderó de ella casi de inmediato, la sensación de estar flotando la sumió en un semiestado de paz. Entornó los ojos para dejarse llevar, desde su cautiverio era la primera vez que se sentía en paz, incluso podía decir que feliz. Su mente reproducía una música que le incitaba a mecerse al compás de la misma.

—Estás lista.

No se alarmó al oírlo, proseguía en la entelequia que había forjado su subconsciente. De hecho, prefería no salir de ahí, sabía que estaría más segura que si regresaba a la realidad.

Dejó que la guiara por los laberínticos pasillos del sótano sujetada por la mano puesto que los ojos los llevaba vendados. Era la primera vez que la trasladaban de estancia estando consciente, por regla general aprovechaban cuando estaba sedada para hacerlo.

En su estado de alucinación, discurrió que aunque no estuviese bajo los efectos de estupefacientes sería incapaz de huir de allí. No era necesario que viese para saber que quién diseñó aquello lo hizo concienzudamente. Lo construyó para que fuese una cárcel sin posibilidad de escapatoria.

Trastabilló con su propio pie y a punto estuvo de caer.

—¿Puedes ir más lento? Me pesa el cuerpo —solicitó a media voz.

—Camina —dijo él con suavidad.

—Te has pasado con la dosis. —El dueño de la voz la sujetó con fuerza del antebrazo y tiró de ella para que siguiese caminando.

Edna se inquietó al oírla. Siempre reaccionaba de igual modo cuando la

escuchaba, el miedo se apoderaba de ella.

—Solo le he administrado un poco más.

—Lo suficiente para que el dolor no sea tan intenso.

—La instrucción de hoy ya de por sí es dura, para qué hacerla sufrir más de la cuenta.

—Te estás ablandando con ella.

—Deja de decir gilipolleces y sujétala a la madera.

Edna casi no prestó atención a las palabras intercambiadas, seguía absorta en la nebulosa que la mantenía alejada de la realidad y se dejaba llevar por las manos que la manejaban.

El sonido del metal le hizo barruntar que iban a encadenarla. No tardó en comprobarlo. Primero le sujetaron una muñeca a algo metálico que se la presionaba para después repetir el mismo ritual con la otra. Unas manos, no sabía decir con exactitud a cuál de los otros dos pertenecían, le sujetó el tobillo y la obligó a mover la pierna, pronto también la tendría apresada.

Todo apuntaba a que la habían apresado a una cruz de madera, poco le llevó comprobarlo, el tiempo que él tardó en quitarle la venda de los ojos. Los abrió y cerró repetidas veces para enfocar con normalidad, pero el aturdimiento únicamente le permitió ver figuras en constante movimiento.

Contuvo la respiración cuando sus ojos negros como la noche se bosquejaron frente a ella juntos a los carnosos labios y la observaban con lascivia mientras que se humedecía el belfo.

—Abre la boca —exigió.

Pronto sus dientes apresaron una bola de plástico, notó la correa cernirse sobre su cabeza hasta ser sujeta.

Ladeó el rostro despacio, no deseaba provocarse más sensación de mareo del que ya la dominaba, pero deseaba comprobar con qué la mantenían presa a la madera, vislumbró lo que parecían unas esposas negras.

—¿Por qué le has quitado la venda? Así puede vernos y no solemos permitirlo —pronunció una de las voces.

—No te preocupes, sabe lo que se hace —tranquilizó la voz que temía.

—Todo listo —anunció él.

El silencio que reinó en la sala durante unos segundos, se difuminó con el sonido de los látigos al ser alzados.

Edna emitió un quejido que quedó acallado gracias a la mordaza al sentir cómo el cuero se abría paso en su piel. Ambos hombres —colocados uno a cada costado y sincronizados— alzaban el brazo hasta dejarlo caer,

provocando que la trenza de cuero golpeará sin piedad cada extremidad de su cuerpo. El dolor se intensificaba con cada golpe emitido, Edna —en cada uno de ellos— lanzaba un gruñido. Con ello, lo único que provocó fue que ellos se ensañaran más.

Dejó caer la cabeza cuando dieron por terminado el castigo al que había sido sometida. Intentó respirar con normalidad, pero el dolor y los efectos de las drogas lo impidieron.

Se golpeó la cabeza con la madera al sentir cómo algo rígido la penetraba sin compasión, su borrosa visión no captó que le habían introducido, pero sentía algo astillado en su interior.

—Un falo de madera tallado especialmente para ti —susurró él cerca de su oído a la vez que lo introducía más profundo.

Edna perdió la noción del tiempo. Su cuerpo condolido no soportaba una embestida más, ni por parte de ellos que se turnaron ni por los instrumentos utilizados. La sensación era como estar subida en un noria que no paraba de girar y girar.

Se acurrucó en el camastro nada más la depositaron, no había músculo que no le doliese, incluso ni se molestó en mirar cuando le inyectaron de nuevo algunas de las sustancias. Deseaba cerrar los ojos y no abrirlos más.

Recibió la llamada nada más subirse en el coche. Previó que su paso por Alicante le concediese más tiempo de ventaja, pero de nada había servido la visita a su antiguo comisario, acababa de confirmarle que se había convertido en el principal sospechoso del caso Edna Cortés. También le aconsejó que se mantuviese oculto una temporada, lo justo para que pudiese investigar por qué todas las pruebas apuntaban directamente a él, cuando estaba convencido de que todo era una trampa. Jabel le dijo dónde se alojaría, también le relató los planes que tenía en mente.

Se sintió raro al saber que a partir de ese momento se encontraba en busca y captura, por ello, no le quedó más remedio que pedirle ayuda a un amigo para maquillar su aspecto, era de vital importancia no ser reconocido por nadie y menos ellas. Le proporcionó unas lentillas de colores, era lo bueno de tener un camarada oftalmólogo con óptica propia. Rehusó contestar a las cuestiones que le hizo, no deseaba involucrarlo más, bastante hacía con proveerlo de un nuevo color de ojos. Afeitó la barba de dos días que desde hacía años lo acompañaba, y gracias a la magia de los tintes, dejó de lado la oscuridad de su cabello.

Miró el reflejo que le devolvía el espejo del baño, le costó acostumbrarse a su nueva imagen, tantos años conviviendo con el negro que el castaño le hacía ver a un extraño, aunque si se fijaba bien, sus rasgos no habían cambiado y ello podía delatarlo. Pasó las manos por el rostro, le gustó el tacto de piel con piel. Comprobó la hora, si se daba prisa llegaría antes de que anocheciera a Valencia.

Condujo sin descanso hasta llegar al motel que lo acogería los días que estuviese en la ciudad. Utilizó un nombre falso para registrarse, no le llevó más de dos minutos disponer de una habitación, era lo que tenía hospedarse en un lugar que era visitado por mujeres de la calle para ejercer su profesión. Dejó el poco equipaje que llevaba y se puso en marcha.

Se mantuvo oculto tras la columna para controlar los movimientos de la vivienda. Gracias a la dejadez de Sergio no le costó averiguar y saber con exactitud en que piso se alojaba Edna. Sabía la zona, pero ese dato le era desconocido hasta su paso por la comisaría de Madrid.

El sobre negro le vino a la memoria, se atrevió a abrirlo en el

apartamento, en él había escrita —también en tinta negra— una dirección; la de Jayden Latorre. Aquel fue el motivo que le impulsó a visitar a su anterior comisario, sus años en el cuerpo le decían que el detective ya lo había asociado con Edna y no tardaría en dar el aviso a sus compañeros.

Sabía que poca gente lo entendería, puesto que no era lógico ni coherente su forma de actuar, pero si deseaba llegar hasta el fondo del asunto, no le quedaba más remedio que proceder de aquel siniestro modo.

Todavía le dolía haberle mentido a su hermana, pero no estaba dispuesto a entrometerla en sus asuntos y menos, en aquellos tan peliagudos. Años atrás se prometió, tras la desaparición de sus padres, que la protegería de todo mal y no iba a cambiar su promesa por un error garrafal. Él solo se había introducido en aquel lío de faldas e intentaría hacer todo lo posible para salir airoso sin involucrar al único familiar que le quedaba.

Al percibir movimiento en la terraza enfocó la vista y dejó de lado sus pensamientos, no tardó en reconocerla. Ella era la culpable de que su vida se convirtiese en un auténtico caos las últimas semanas, pero si seguía el plan trazado todo acabaría pronto. Necesitaba la oportunidad de reunirse a solas con la persona adecuada y, de ese modo, atajaría el problema *ipso facto*.

Desde su posición le costaba descifrar los movimientos de ella, caló la gorra más hondo, no quería arriesgarse a ser reconocido, asomó un poco más la cabeza, lo justo para no descubrirse. Los barrotes que servían de protección para que el cristal no cayera, imposibilitaban verle con claridad las manos, ya que le pareció ver que portaba algo en ellas.

Quedó estático al reparar como el cuerpo de ella caía desplomado sobre las baldosas. Sin llegar a moverse, se mantuvo en la zona hasta que la vio subida en la camilla. Le sorprendió ver salir a Latorre acompañando a la amiga de Edna, el primer instinto fue acercarse para hablar con él, pero comprobar la inquisidora mirada que le dedicaba, fue suficiente para marcharse del lugar.

La desolación de Sara crecía por momentos, ver a Edna de nuevo en aquel estado pudo con la poca paciencia que le quedaba, se había prometido protegerla, pero incluso en eso había fallado.

Recorrió el pasillo del hospital en innumerables ocasiones, no entendía cómo había pasado si en ningún momento la había perdido de vista. Se frotó el rostro para intentar tranquilizarse, aunque la inquietud se apoderaba de ella

conforme el segundero avanzaba sin concederle tregua.

Repasó, segundo a segundo, cada instantánea retenida desde que Edna abandonase el salón y se marchase al balcón. En casa estaban ellos tres y Latorre había permanecido a su lado todo el tiempo. «Entonces, ¿quién le había administrado la droga?», esa pregunta le martilleaba sin compasión.

Los pelos se le erizaban cada vez que recordaba la conversación con el médico de urgencias: «Su amiga ha sufrido una sobredosis», había expresado para explicarle por qué Edna estaba dormida, aunque sabía que la realidad era sedada, pero maquillar la palabra la mantenía cuerda.

Las lágrimas se desprendieron de los lagrimales al reconocer la figura de su marido. Corrió y no paró hasta sentirse protegida entre sus brazos. Jacobo no dejó de acariciarle la espalda hasta lograr consolarla.

Tuvo que insistir más de la cuenta para que lo acompañara hasta la cafetería, las visitas a Edna estaban restringidas y a su mujer no le iría mal tomarse una tila. No entabló conversación hasta asegurarse de que se había calmado.

—Cuéntame qué ha pasado —pidió.

Sara tomó un nuevo sorbo antes de responder, aunque los nervios habían disminuido no se veía con fuerzas suficientes para relatarlo de seguido.

Cuando estuvo segura de poder hacerlo sin perder las energías, comenzó por contarle que Edna se había despertado sangrando por la nariz y aseguraba no haberse golpeado durante el sueño. Tras curarla, la obligó a ir a la cocina para comer algo y también le detalló la conversación mantenida entre las dos. La llamada de Latorre instándola a reunirse con él de urgencia, pedirle que se acercase a casa, el descubrimiento de que Jabel era en realidad el inspector García y el fatídico momento en el que Edna había caído redonda en el suelo del balcón.

A Jacobo le llevó un tiempo analizar toda la información ofrecida por su mujer a trompicones, aunque, por suerte, la había entendido a la perfección.

—Cariño, ¿estás segura de que no había nadie más en casa?

—¿Tan tonta me crees para no darme cuenta de algo así?

—Yo no he dicho eso —se defendió Jacobo—. Quizá con los nervios no hayas reparado en ello.

Sara resopló.

—Jacobo, escúchame bien porque no pienso repetirlo, en casa solo estábamos nosotros tres.

—Te creo.



Otra idea le abordó la mente, no tardó en hacerla partícipe:

—¿Qué me dices del detective?

Sara lo miró inquisitiva.

—¿Qué quieres decir?

—Que si estabais los tres, o uno de los dos le ha administrado la droga, y estoy más que seguro de que tú no has sido, o ha sido la propia Edna.

—No digas gilipollices, Jacobo. Edna jamás se drogaba, la odia.

Sara sabía la mala relación que existía entre los estupefacientes y su amiga, y ponía la mano en el fuego porque sabía que no se quemaría. Que jamás —por voluntad propia— se drogaba.

—Cariño, lamento decírtelo, pero entonces todo se reduce a un sospechoso.

La mente de Sara se despejó veloz. Golpeó la mesa con fuerza.

—Cómo he podido estar tan ciega.

—Cariño, no te martirices, no es culpa tuya.

—Sí que lo es. Sin quererlo la he llevado de nuevo hasta ellos.

—¿Qué quieres decir?

Inspiró profundo, necesitaba calmarse.

—Cuando Edna desapareció le pedí ayuda, en un primer momento me dijo que estaba demasiado ocupado para aceptar otro caso. Cuando las noticias anunciaron su aparición en Madrid y que sería desde allí donde se iniciarían las primeras investigaciones, fue él quien me llamó para decirme que había cambiado de idea. No entendí bien ese repentino cambio, así que me dejé llevar por sus credenciales y la supuesta amistad que nos unía. Todo este tiempo ha tenido la información de primera mano, lo que Edna no le revelaba lo hacía yo.

Se cubrió las manos presa del llanto.

—¿Ha estado solo en algún momento?

No tuvo que pensar mucho la contestación.

—Se ha ofrecido a preparar el café, ha objetado que de ese modo Edna no se quedaría sola.

—Ya sabemos cómo la ha drogado.

Latorre quedó impactado al escuchar de qué manera el cuerpo de Edna aterrizaba en el suelo de la pequeña terraza. Tanto fue el *shock* que le llevó más tiempo de lo normal ponerse en movimiento. Logró salir del trance al oír los gritos de socorro por parte de Sara.

Su mente batallaba con sus manos para localizar de inmediato el teléfono, al final lo encontró en el bolsillo interior de la chaqueta. Con urgencia marcó el uno-uno-dos y, lo más calmado que fue capaz, solicitó una ambulancia. No supo responder a las preguntas de la teleoperadora, en realidad, los dos desconocían la gravedad del asunto.

—La ambulancia ya está en camino —informó a Sara tras colgar.

La espera se hizo interminable. Respiraron al escuchar el timbre de casa. Latorre se encargó de abrir, ladeó el cuerpo para dejar acceso a los sanitarios y la camilla. En ningún momento se separó de Sara, no le gustaba el color de su cara. Junto a la puerta de la ambulancia le prometió que en cuanto tuviese un momento iría al hospital, pero primero deseaba realizar un par de llamadas para cerciorarse de que Jabel era la persona que buscaban.

Miró el teléfono por décima vez, proseguía sin sonar y hacía más de cuatro horas que había llamado a su hija, la misma persona que lo ayudó en hacerle llegar el mensaje al inspector García cuando descubrió que era uno de los propietarios del inmueble donde Edna aseguraba haber estado.

Quiso creer que eran meras casualidades del caprichoso destino, pero conforme avanzaba en la investigación, el inspector más sospechoso parecía y enterarse ese mismo día de que había seguido a la señora Cortés por las calles de la capital, terminó por convencerlo.

La imagen tirada de Edna le invadió la mente, a cada segundo que pasaba más lástima sentía por la mujer, las pruebas habían logrado difuminar las sospechas que se cernían entorno a ella, en esos momentos, Latorre estaba convencido de que simplemente era la víctima de alguien demasiado macabro.

Relajó la tensión de los hombros al escuchar el timbre del teléfono.

—Ya era hora —respondió.

Enmudeció al escuchar el timbre de voz, aunque quiso colgarle, la amenaza que vertió fue suficiente para que prestase atención.

Jabel admiró la belleza que el parque ofrecía a esas horas de la noche. Miró a su alrededor para cerciorarse de que nadie merodeaba por la zona, que a esas horas y con el frío que asolaba la ciudad, nadie en su sano juicio estaba fuera de casa. Sentado en el banco de madera esperó a que llegara la persona con la que se había citado.

Acodó los brazos en la mesa, Latorre era su única vía de escape para salir indemne de aquella situación en la que él se había introducido por el mero hecho de enamorarse de una desconocida.

Un ruido a su espalda lo sacó de la ensoñación, inspeccionó la zona concienzudamente y no dejó de hacerlo hasta que se aseguró de que seguía solo en el parque.

Cerró los ojos un momento, estaba exhausto, las más de dos semanas que duraba aquella pesadilla lo mantenían en vela. Desde que todo comenzó, apenas lograba descansar un par de horas al día, pero si de verdad deseaba acabar con todo, no le quedaba más remedio que pasar por aquel calvario.

La imagen de Edna se proyectó en sus retinas y la inusual forma en la que se conocieron. Llevaba unos días como miembro de la aplicación para solteros, aquella que Sergio le había recomendado. Sus ojos fueron lo primero que llamaron su atención, después su boca, esa forma de morderse el labio incitaba a cualquiera a mantener un mínimo de contacto.

Le sorprendió recibir el primer mensaje, fue escueta en el texto: «¿Probamos?». Su respuesta no tardó en llegar: «¿A qué?». La contestación fue un acto reflejo: «A ver si somos compatibles». Seguía sin creer que semejante belleza quisiera entablar conversación con él, cuando se consideraba un hombre del montón. Aquella simple tontería logró que las semanas transcurrieran y, de forma mutua, aumentara el nivel de contacto.

Se las ingenió a la hora de convencer a Sergio para que su fin de semana libre coincidiese con el que ella estaría en Valencia, si lo hacía bien, podía convencerla de verse en Alicante, su lugar de residencia cuando tenía varios días libres en el trabajo. La capital no estaba hecha para él, siempre había preferido las ciudades más pequeñas, las que conferían ese halo de amistad con los vecinos y Madrid, para nada, ofrecía eso.

Jamás olvidaría el momento exacto que llegó a la estación. Allí estaba ella de pie esperando a que él la recogiera, una amplia sonrisa de tonto enamorado le cubrió el rostro. No evitó cualquier contacto por pequeño que

fuese y en un breve espacio de tiempo, se hizo adicto al tacto de su piel.

Se perdió en sus pensamientos mientras rendían cuenta de la cena, ella le narró con una inmensa felicidad lo que le había deparado su visita a Valencia. Jabel reconoció que ante su presencia quedaba eclipsado, no era para menos. Le encantaba aquel sentimiento que llevaba dormido durante tantos años.

Aquella noche, la mejor de su vida, intentó demostrarle con cada caricia y beso que, si se lo permitía, la amaría y protegería de por vida. Nada más estar dentro de ella supo que había hallado su hogar, que por nada del mundo quería separarse de Edna.

Toda su felicidad se truncó al siguiente día. Quién iba a decirle que siempre se arrepentiría de la decisión de salir a comer fuera, si su primera opción fue no abandonar las sábanas. Si hubiese hecho caso a su instinto no la habría perdido.

Durante la comida notó que algo no marchaba bien, quiso creer que se debía a la falta de sueño y al exceso de ejercicio físico. Instó a Edna para regresar a casa y descansar porque su cerebro se adormecía más a cada segundo que transcurría.

Al despertar no la halló a su lado. Se desesperó y enfadó a partes iguales. No era la primera vez que le sucedía, pasar la noche con una mujer y despertarse solo. Llegó a creer que con Edna había sido todo diferente, que ella había disfrutado tanto como él. El resto del día intentó olvidarse de ella y del tacto de su piel.

Las alarmas saltaron el lunes cuando —al llegar a su puesto de trabajo— recibió el aviso por parte de un compañero de Alicante informándole de que habían denunciado la desaparición de una mujer. Al ver la foto creyó morir, no había dudas de que se trataba de Edna; su amor.

Dedicó los siguientes días a localizarla, nada de lo que hizo le reveló el paradero de dónde la mantenían retenida. A partir de ese día la única manera con la que lograba dormirse, era rememorando cada instante vivido junto a ella.

Suspiró aliviado cuando, en comisaría, se recibió la llamada de un trabajador de Renfe dando el aviso de que una mujer coincidía con las características físicas de Edna. Quiso estar presente a su llegada a Atocha; pero como las demás veces, su jefe le tenía otro trabajo asignado.

Se le partió el alma la mañana que por fin volvió a tenerla frente a él, ver el miedo que destilaba su mirada le aseguró que pensaba que él tenía algo que ver.

—Le noto demasiado pensativo, inspector García.

Alzó la mirada para toparse con un hombre que, cerca de la cincuentena, lo observaba con verdadera fascinación.

—Detective Latorre, muchas gracias por aceptar reunirse conmigo.

—A ver quién es el guapo que le decía que no. —Bromeó sentándose frente a él.

Latorre recordó la llamada recibida por parte de Jabel, en la que le aseguraba que si no se reunía con él en el parque a medianoche, haría todo lo posible para que le anulasen la licencia de detective.

—Le pido disculpas por las formas. Entiendo que no han sido las más adecuadas y más cuando no nos conocemos, pero estoy desesperado.

—Jabel García, natural de Alicante. Aprobó las oposiciones al cuerpo de policía con veinticuatro años, se especializó en personas desaparecidas, intuyo que la desaparición de sus padres le llevó a ese campo. En la actualidad trabaja en Madrid, se dedica en cuerpo y alma a su oficio, no se le ha conocido ninguna relación estable y es el principal y único sospechoso del rapto de Edna Cortés. ¿Lo conozco o no, señor García? —Ironizó Latorre.

—Veo que ha hecho su trabajo, detective.

—Para eso me pagan. Ahora, dígame, ¿qué quiere de mí?

—Asegurarle que no tengo nada que ver con la desaparición de Edna Cortés y usted es la única persona que puede ayudarme a esclarecer todo.

Los siguientes minutos los dedicó a relatarle con pelos y señales cada instante que pasó con Edna en Alicante, incluso le mostró los mensajes intercambiados para que creyese su versión. Finalizó por narrar el momento justo de salir del restaurante y las sensaciones que le llevaron a querer regresar a casa con tanta rapidez.

—¿Intenta decirme que los drogaron? —inquirió Latorre al asegurarse de que había acabado su exposición.

Jabel encogió los hombros, no tenía respuesta para aquella pregunta.

—No lo sé, de lo único que estoy seguro es de que cuando me desperté, tuve la sensación de haberme bebido todo el alcohol del planeta. La cuestión es que solo tomé un refresco durante la comida.

Latorre analizó la información, y las dudas volvieron a invadirlo. «¿Y sí?», caviló.

—¿Cómo llegó a casa?

—Tampoco puedo ofrecerle respuesta a eso, no lo recuerdo.

El detective asintió.

—¿Por qué no ha dicho nada en todo este tiempo? O al menos intentar explicarse el día que fue a visitarme.

—¿Usted qué cree? —contraatacó Jabel—. Si admitía que fui la última persona que estuvo con ella hubiese pasado a ser el principal sospechoso de su secuestro.

—De poco le ha servido esconderlo, aun así se ha convertido en el único sospechoso.

Jabel asintió con pesar.

—En parte, también lo he hecho porque hay algo en toda esta historia que no me cuadra y quería investigar por mi cuenta.

—¿Y ha descubierto algo que se me haya escapado a mí?

—Creo que nada es lo que parece. Verá...

Enmudeció cuando vio que la frente de Latorre se perlaba con el intenso rojo de la sangre. Se incorporó de inmediato, sus años de policía le advertían que el detective no volvería a abrir los ojos nunca más, aun así se cercioró de ello colocando dos dedos sobre el cuello, como intuía, no halló el latido de su corazón.

Por mucho que inspeccionó la zona girando sobre sí mismo, no encontró al tirador. Sacó el móvil del bolsillo del pantalón para solicitar refuerzos, lo siguiente que percibió fue la bala que le atravesó el corazón arrebatándole la vida en el acto.

Siempre le habían parecido inhóspitos los hospitales, le daba igual estar en la sala de espera, en el pasillo o en una de las cientos de habitaciones que componían los enormes edificios, todo el conjunto era blanco y carecía de calidez. Los meses pasados con su padre hicieron que Edna los aborreciese definitivamente; pero el siempre puñetero destino, la había llevado a visitarlos dos veces en el mismo mes.

Pulsó el botón de la moderna cama para subirla y quedar sentada, quería ver si de ese modo espabilaba. Odiaba estar adormilada más tiempo del necesario, con los días de cautiverio tuvo más que suficiente. Miró a ambos lados de la habitación y agradeció estar sola, necesitaba analizar todo.

«Jabel García», repitió en su interior.

El frío se apoderó de ella presto, le heló cada vello y hueso del cuerpo. Hasta ese momento las facciones de su rostro se habían difuminado, pero su memoria comenzaba a despertarse del letargo en el que había estado sumida y, poco a poco, le mostraba los característicos rasgos de él; los carnosos labios, las facciones endurecidas y esos iris azabaches que eran capaces de leer cualquier pensamiento.

Con movimientos suaves estiró el cuello para intentar despejarse, la medicación administrada vía intravenosa no le concedía un momento de introspección. No reparó cuando el sueño la venció.

La escasa luz predominaba la estancia al despertar, ya nada le extrañaba, los días de encierro le sirvieron para adaptarse a vivir en la penumbra. Estiró el cuerpo y un agudo dolor le hizo emitir un quejido. Desde que estaba allí había descubierto músculos de su anatomía que ni sabían que existían, pero —en esos momentos— cada uno de ellos se quejaba con insistencia por ser sometidos a tanta presión.

Con pesadez logró sacar las piernas de debajo de las sábanas, aunque a simple vista podía considerarse un leve movimiento, para Edna significó tener que hacer un sobreesfuerzo. Descansó unos segundos antes de atreverse a mover la espalda, si las piernas estaban tan castigadas, no deseaba imaginar qué sería del resto de ella.

A tientas llegó hasta el minúsculo baño, con desplazamientos calculados se desnudó. Comenzó por asearse el rostro, le urgía deshacerse del olor a

sexo que le impregnaban las fosas nasales, trayendo cada recuerdo de la última sesión en la que fue sodomizada.

Tanteó cada centímetro del baño en busca de la ropa, no halló nada, ni una simple camisola como últimamente le hacían llevar. Desechó la idea de colocarse lo del día —o mañana, no sabía bien— anterior. De hacerlo, lo único que lograría sería revivirlo todo otra vez. Regresó al camastro desnuda.

Obvió la silueta de la bandeja que había encima de la mesa, intuyó que él había accedido al cuarto mientras seguía dormida para llevarle algo de comer. El estómago lo tenía demasiado revuelto como para alimentarlo. Los efectos de las drogas todavía eran latentes en su sistema nervioso, aunque sí tomó un gran trago de la botella de agua que había pegada al camastro.

Sin otra cosa que hacer, optó por cerrar los ojos, cuanto más tiempo estuviese dormida menos dedicaría a atormentarse. De inmediato unos iris negros le hicieron compañía. Durante el sueño tuvo la sensación de estar en movimiento, ese vaivén que se produce cuando viajas en la parte trasera de un vehículo la sumió en una somnolencia aún más profunda.

Se sobresaltó al percibir lo gélido que estaba el colchón. Le aterró no ver nada, era la primera vez que aquella oscuridad se apoderaba de ella. Prestó atención al percibir el característico sonido del tren al desplazarse por las vías. Llevó las manos a los ojos y comprobó que una venda los cubría.

Parpadeó en repetidas ocasiones, la visión borrosa le impedía enfocar y ver con claridad qué le rodeaba. Apoyó las manos en el suelo, se horrorizó al descubrir la sangre que las cubría, pero más le sorprendió encontrar un trozo de papel a su lado.

Con gran esfuerzo se puso de pie al descubrir que se trataba de un billete de tren. Dando bandazos, avanzó hasta a alcanzar la estación que consistía en una pequeña plataforma adoquinada. Llegó justo en el momento que el tren hacía su entrada.

Sara era presa de la desazón. Las horas pasaban y Edna no mejoraba. En el trayecto en la ambulancia hasta el hospital, llamó a Jacobo para ponerlo al tanto. Se había marchado pasadas las nueve de la noche, uno de los dos debía de estar con las niñas, pero le prometió regresar una vez se durmiesen para que no pasase por el mal trago sola. Pasaba más de una hora de medianoche y seguía sin saber nada de él.

Deambuló por los pasillos, de aquel modo intentaba serenarse. Lo había



llamado en innumerables ocasiones sin resultado, incluso contactó con sus padres para cerciorarse de que había llegado bien. Al saber que no había estado en casa, la idea de que algo le hubiese pasado se apoderó de ella. Marcó de nuevo su número de teléfono y la locución de *móvil apagado o fuera de cobertura* le contestó de inmediato.

Salió a la puerta de urgencias con la idea de verlo llegar. Entendía que Latorre no estuviese con ella cuando le había prometido que se marchaba a casa porque tenía que realizar un par de llamadas, pero no su marido.

—Familiares de Edna Cortés, pasen por información de familiares número cuatro —escuchó por megafonía.

El joven médico que le había dado la nefasta noticia la esperaba sentado. Tomó asiento con indecisión, otra mala noticia y sería a ella a quien tendría que atender. Laxó los hombros al escuchar que Edna se encontraba fuera de peligro y que en breve la trasladarían a planta. Con aires renovados abandonó la pequeña sala a la espera de ser avisada.

Con sumo cuidado se coló en la habitación donde su amiga dormía. Le extrañó encontrarla sentada en la cama, pero la vio tan relajada que optó por no molestarla. Se acurrucó en el incómodo sillón que cada cuarto disponía para las visitas. El cansancio pudo más que sus pensamientos y la sumieron en el sueño.

El ajeteo de las enfermeras la desveló. Estiró el cuello antes de incorporarse, lo tenía engarrotado por la mala postura. Se cercioró de que Edna proseguía dormida antes de dejarla sola, necesitaba contactar con su marido o se volvería loca.

No había recorrido ni la mitad del largo pasillo cuando lo divisó, sin pensarlo corrió a su encuentro y no paró hasta llegar a su lado.

—Tranquila, cariño, estoy bien. Ya te he dicho que me quedé sin cobertura nada más recibir la llamada de mi jefe. Lo siento mucho —se disculpó Jacobo una vez que estuvieron en la cafetería.

—No vuelvas a hacerme esto, lo he pasado francamente mal.

—¿Has visto las noticias? —preguntó él para desviar el tema, no deseaba mentirle más de lo que ya hacía.

—No. ¿Qué pasa?

—Han encontrado los cadáveres del inspector García y de Latorre.

Sara se llevó las manos a la boca para evitar el grito, no deseaba asustar al resto de clientes que a esas horas abarrotaban el local. No sentía ninguna lástima por el policía y en parte por el detective tampoco. Saber que, en todo

momento, la había engañado para que lo llevase hasta Edna seguía enfureciéndola.

Escuchó atenta la explicación de Jacobo y las supuestas hipótesis que se decían sobre el doble homicidio. Sí sintió lástima por la hija de Latorre, hacía poco que había perdido a su madre, también asesinada, y ahora debía decirle adiós a su padre en las mismas circunstancias. Pensó en sus niñas y el llanto se descontroló. Acompañada por Jacobo, regresó a la habitación.

Edna abrió los ojos, recordar esa parte de su cautiverio hizo que se sobresaltara. Miró desconfiada hacia la puerta al escucharla, creyendo que aún seguida apresada. Le tranquilizó encontrarse con el conocido rostro de Sara, aunque le puso nerviosa ver la súplica que gritaba su mirada.

Esperó paciente a que Sara entrara, pasados los segundos y comprobar que no tenía intención de moverse del lugar, preguntó:

—¿Vas a pasar o te vas a quedar en la puerta?

—Lo lamento. —Fue lo primero que dijo—. No sabes cuánto lo siento.

—Tú no tienes la culpa de nada.

—No estoy tan segura de eso.

Con tacto le narró todo lo descubierto la tarde anterior. Cuando percibía que su amiga se alteraba, cesaba en la narración y se dedicaba a consolarla. Lo último que le contó fue lo recién descubierto.

—Desde el primer momento no te fiaste de Latorre y estabas en lo cierto. Lo único que hice fue llevarte de nuevo a su lado. No sé qué hacer para que puedas perdonarme.

—Sara no tengo nada que perdonarte. —Al ver que eso no bastaba, añadió—: Además, ya ha pasado todo y gracias a ti, estoy aquí. —Señaló la habitación.

Sara conectó el televisor a media mañana, no tardaron en enfocar la vista en la pantalla. En ese preciso momento, las noticias daban paso a narrar la muerte del inspector García y la del detective Jayden Latorre. La presentadora no omitió detalle de la doble vida que ambos llevaban.

Sara seguía en trance. Esa misma mañana dos viandantes alertaron a las autoridades para dar el aviso de la presencia de dos cadáveres en un jardín cercano a su residencia. La identificación por parte de uno de los agentes reveló que se trataba de ellos, la policía seguía con la investigación para averiguar qué había ocurrido esa madrugada.

—Ya ha acabado todo —comentó Sara a la vez que apagaba el televisor.

—Gracias a Dios —respondió Edna recostándose con una media sonrisa provocada por la tranquilidad que sentía.

De pie en la estación del Norte de Valencia, ambas amigas se despedían al igual que hicieron casi un mes atrás, aunque la diferencia era que esa vez iban con tiempo.

—Llámame cuando llegues a casa —solicitó Sara.

Hacía dos días escasos que a Edna le habían dado el alta, y era hora de volver a su hogar y a su vida. Tuvo que suplicarle a Sara para que le dejase hacer el trayecto de regreso en tren, no deseaba que se expusiera a la carretera para llevarla.

—Descuida —respondió Edna dándole un último abrazo.

—De verdad que no nos importa llevarte —insistió una vez más su amiga.

Edna miró a Jacobo y le agradeció con la mirada el gesto.

—No es necesario, ellos ya no pueden hacerme nada —objetó.

Sujetó el asa de la pequeña maleta para ponerla en movimiento. Caminó con decisión por el andén hasta localizar el vagón correspondiente. Alzó la mano y saludó por última vez a su amiga, sabía que pasaría una larga temporada antes de que se reencontraran.

Localizó su asiento y le impactó descubrir quién sería su compañera de viaje; una sierva de Dios.

**Tres meses después**

Caminó con decisión en busca de un taxi nada más bajar del tren. Le entregó la dirección al hombre tras acomodarse en la parte trasera. Pagó la carrera y esperó hasta perder de vista el coche para recorrer a pie los kilómetros que faltaban para llegar a su destino.

Observó la fachada de ladrillo rojizo abandonada, creía estar en el lugar indicado, era la primera vez que lo visitaba. Miró a ambos lados de la calzada, no para comprobar si venían coches algo que no le interesaba, sino para cerciorarse de que no conocía a nadie y era seguro adentrarse en el callejón y acceder al edificio. Aunque la noche se hacía dueña de la calles, nunca estaba de más tomar precauciones.

Asió la manivela de la puerta sin dejar de sentir cierto temblor, no sabía si hallaría lo que buscaba. Habían pasado tres meses desde que el juez diese por cerrado el caso de su secuestro por estar muertos los sospechosos.

Quedó parada en la entrada al cerrar, antes de proseguir debía contener los nervios que le invadían. Respiró hondo un par de veces y, al sentir cómo su corazón comenzaba a bombear con normalidad, reanudó la marcha.

Recorrió el largo pasillo hasta llegar a la altura del acceso al sótano, introdujo la llave en la cerradura, se sobreexcitó al escuchar la manera que el cerrojo cedía ante el giro. Bajó las escaleras y la tranquilidad se apoderó de ella al apreciar la luz que se filtraba por la rendija.

De pie, apoyada en la madera, se deleitó con la escena que sus ojos presenciaban. Expósito tenía sujeta a una de las chicas y, sin usar la delicadeza que mostraba cuando estaba con ella, le enseñaba cuál sería su nueva vida una vez fuese vendida. Se relamió los labios al imaginarse sujeta por las cadenas mientras él hacía con su cuerpo lo que mejor sabía.

No fue hasta estar en el pellejo de ellas que no descubrió lo que gozaba con aquellos siniestros juegos. Los había visto en innumerables ocasiones, aunque jamás se le había pasado por la cabeza participar en ellos, le parecían demasiado crueles para llevarlos a cabo.

Le extrañó no ver a los demás. Así que, sin hacer ruido, se acercó hasta ubicarse detrás él. Primero acarició la espalda desnuda para después

proseguir con la boca. Llevó las manos al pecho y comenzó a descender hasta hacerse con la dureza, no tardó en prodigarle las caricias que a él lo saciaban.

Con movimientos rudos lo masturbó hasta que eyaculó en el estómago de la chica. Expósito giró el rostro buscando los labios de Edna. Los devoró con ansiedad, como si hubiese estado demasiado tiempo expuesto a las clemencias del desierto y no fuese capaz de saciar su sed por más que bebiese.

—¿Por qué has tardado tanto en regresar? —Quiso saber.

—Primero tenía que cerciorarme de que era seguro, no hicimos lo que hicimos para exponernos otra vez —respondió Edna devolviéndole el beso—. Déjala descansar y que observe qué hacéis los tres conmigo —imploró mientras se acercaba a la cómoda y esnifaba un par de rayas de coca.

Expósito entendió a la perfección qué deseaba. Sin contradecirla, le hizo una seña a Jacobo —que acababa de aparecer por la sala— para que liberase a la chica y la llevase hasta el lado opuesto de la habitación. Desde esa posición tendría una mejor perspectiva de lo que en breve se desarrollaría.

Tras asegurarse de que la chica estaba esposada, colocó una mesa en el centro de la estancia. Cogió una botella de agua fría y la vertió sobre la madera, no contento con ello, vació un par de cubiteras para mantener la temperatura deseada.

Instó a Edna a que se sentara sobre sus piernas, de ese modo percibiría la humedad y frialdad de la superficie. Le rodeó el cuello con la cuerda antes de obligarla a que pusiese los brazos en la espalda y terminar de atarla. Edna entornó los ojos y el recuerdo de cómo comenzó todo la invadió.

Sus días en la inmobiliaria eran de lo más inapetentes, ya no saboreaba de igual modo cada venta que realizaba, atrás quedaron las ilusiones de proveer de un nuevo hogar a parejas ansiosas por comenzar una nueva vida. La monotonía se había instalado en sus días al igual que una mala hierba.

Todo cambió el día que Expósito apareció en la oficina. Nada más verlo se sintió atraída por su oscura mirada, no solo por el hecho de que sus ojos fuesen negros, en realidad era lo que ocultaban lo que le atrajeron. Tardó meses en ofrecerle lo que buscaba, aunque lo tenía disponible desde el minuto cero.

Las visitas a inmuebles cada vez se hacían más asiduas, hasta que una noche la invitó a cenar, a partir de ese momento comenzó su relación. Los primeros meses se veían los sábados a partir de medianoche en su casa, hasta que la invitó a la recién adquirida y descubrió a qué se dedicaba en realidad.

Las primeras veces que los presencié se marchaba asqueada, no comprendía por qué no los denunciaba, sabía que lo que hacían era ilegal, que iba contra las normas de la humanidad, pero las semanas pasaban y algo en su interior despertaba. No supo darle nombre al principio, pero con los días descubrió que para nada le desagradaba aquel estilo de vida, que al lado de ellos —al fin— se sentía una persona normal.

Los escuchó quejarse de que cada vez les era más difícil suministrarse de jóvenes, su cerebro pronto discurrió que ella podría ofrecerles una solución. Le agradó ver la mirada de satisfacción que le dedicó Expósito al revelar su plan. Su trabajo volvió a reconfortarla, no tardó en especializarse en ventas de inmuebles a familias de recursos limitados que tenían —a ser posible— hijas.

—Ya veo que no tuviste suficiente con los siete días que estuviste encerrada.

Abrió los ojos al escuchar la voz de Jacobo.

—Si hubieses sido más precavido, no tendría que haber pasado por ese proceso —masculló. Aún seguía enfadada con él.

—Puede que estés en lo cierto, que mi metedura de pata fuese lo que nos llevó a ello, pero no me negarás que la experiencia te gustó, de no ser así, no estarías aquí reclamando más.

No pudo quitarle la razón, cierto era que las primeras noches el recuerdo se apoderaba de ella y la hacía temblar. Hubo un momento del cautiverio que llegó a pasarlo tan mal que hizo todo lo posible por escapar, pensaba que a ella la tratarían con más condescendencia, pero cumplieron a rajatabla su promesa de tratarla como a una igual.

Aunque por otro lado, su cuerpo reclamaba aquella dureza con la que tanto había disfrutado, aunque no estaba dispuesta a confesarlo.

—Vete a la mierda, Jacobo.

—Abre la boca. —Pidió Expósito para colocarle la mordaza—. De nada sirve que discutáis, todo ha salido según lo planeado.

Aquel día en concreto llegó a la mente de Edna. Había salido más tarde de lo normal del trabajo. Sabía que para cuando llegara, la sesión estaría finalizada y le habría gustado observarlos, no erró en sus cálculos. A su entrada lo primero que vio, fue a Sergio esnifar una raya. Ladeó la cabeza asqueada, nunca había sido partidaria de los estupefacientes y no comprendía por qué se los administraban.

—Me tiene hasta los huevos el mamón de García —comentó Sergio

cuando finalizó de drogarse.

—¿Qué le pasa a ese cabrón ahora? —inquirió Expósito encendiendo un cigarro.

—Esta mañana me ha llamado su excomisario para avisarme de que sigue investigando la red, por lo que me ha dicho, si no hacemos nada en breve dará con nosotros. ¿Por qué no fuiste más precavido? —cuestionó furioso mirando a Jacobo.

Las pullas volaron entre los tres, durante minutos se echaron en cara los errores cometidos, aquello no los llevaba a ningún lugar, si de verdad querían deshacerse del inspector que osaba entrometerse en asuntos que no le concernían, debían actuar de otro modo y —en todo momento— unidos.

Edna, recostada en la pared, escuchó las hipótesis que los tres ofrecían cuando acabaron de discutir, de cómo desviar la atención del tal García para que no llegara hasta ellos, y con ello tuvo la ocasión de empaparse de su rutinaria vida. Una idea la asaltó, sabía que era una locura, que no debía pasar por ella la solución, pero entendía que no podían arriesgarse a que fuesen los policías los que lo hiciesen callar, un pequeño error los delataría y todos acabarían entre rejas.

—¿Tiene pareja? —la pregunta ocasionó que los hombres centraran la atención en ella.

—Que yo sepa no, está tan obsesionado con desmantelar la organización que se le olvida lo que se disfruta cuando se folla —comentó mordaz Sergio.

—¿Por qué te interesa? —interrogó Expósito mosqueado.

Edna atisbó un ramalazo de celos en su voz. Se acercó a él y le acarició la barbilla para despejarle las dudas que le hubiesen creado su curiosidad.

—Lo único que me interesa de ese tío es que nos deje en paz. Recuerda que si cae uno, caemos todos y os recuerdo que soy el enlace directo con Acosta.

—Entonces, ¿para qué quieres saber si está soltero?

Edna alargó la mano y cogió el paquete de tabaco de Jacobo, sacó un cigarrillo y lo encendió.

—Tú te llevas bien con él, Sergio. ¿Por qué no quedas una noche para tomar unas cervezas después del servicio y lo convences de que no le vendría mal conocer a una mujer para despejarse?

—¿Y en qué va a ayudarnos? —Quiso saber Jacobo.

Edna sonrió, «tan inteligentes para unas cosas y tan ignorantes para otras», pensó.

—Fácil, lo animas a que se inscriba en una aplicación de solteros, yo te digo a cuál. De ser posible hazlo tú y sin que se dé cuenta me envías un mensaje que después borrarás. Así creará que soy yo quien envía el primer mensaje.

—Vaya una mierda de plan —objetó Jacobo.

—Tú mejor no opines que bastante has hecho ya —masculló Edna cabreada por la intromisión—. ¿Es de Alicante, no? —inquirió mirando a Sergio.

Su socio asintió.

—Dentro de un mes es la presentación de la nueva novela de la mujer de Jacobo y he prometido que asistiré. Sergio, dale vacaciones desde ese fin de semana hasta el próximo sábado, haré todo lo posible porque me diga de vernos en Alicante a mi regreso porque me es imposible viajar hasta Madrid por motivos laborales.

»El domingo saldremos a comer, os mandaré un mensaje para deciros dónde vamos y así simularemos que me ha secuestrado. El domingo me soltáis, así coincidirá con que él se incorporará de nuevo al trabajo. Ya discutiremos cómo y dónde me dejáis, el tema es que yo viaje hasta Madrid puesto que es su lugar de trabajo y no olvidéis que todo debe parecer real durante esos días.

—No me convence la idea —habló Expósito—. No quiero hacerte lo mismo que les hacemos a ellas.

—Si no lo hacemos así, no podré bordar mi papel de mujer secuestrada, violada y drogada. No te preocupes por mí, podré soportarlo.

Todos enmudecieron, cada uno analizaba el caso desde su punto de vista y no tardaron en llegar al acuerdo de que a ellos jamás se les hubiese ocurrido un plan tan retorcido.

—El plan está bien, pero puede haber un pequeño problema —agregó Jacobo.

—¿Cuál? —preguntó Edna.

—Mi mujer. Una vez que conozca tu desaparición no parará hasta dar con tu paradero y conociéndola como la conozco, hablará con su amigo el detective y una vez te soltemos, no querrá separarse de ti.

Edna no había barajado aquella posibilidad. Por eso, no tardó en idear lo que ocurriría una vez reapareciera para tenerlo todo controlado.

—Por él no tenemos que preocuparnos, es el inspector quien nos pisa los talones —dijo convencida—. Como imagino que me ingresarán nada más



aparezca y Sara se quedará conmigo los días que esté en la capital, encárgate —Sergio— de que García me vea cuando aparezca por comisaría, saldré de allí sin hablar con él y le haré creer a Sara que su presencia me causa terror, de ese modo sospechará de él.

»Mientras estemos allí Sara intentará convencerte de que lo mejor será que me quede en Valencia con vosotros ya que mi hermana no podrá ir por la mala salud de mi madre, ponle objeciones así no sospechará de ti si aceptas de inmediato. Todo será más factible si sigues proporcionándome cocaína y el sedante que le administráis a ellas, de ese modo seguiré en trance los días que tardemos en atraer al inspector a la ciudad para matarlo.

Los tres hombres quedaron callados, cada uno visualizando el plan trazado, era demasiado descabellado y un pequeño descuido los llevaría al punto de partida.

—¿Cómo has dicho que se llama el detective? —se interesó Sergio, no creía que se tratase de él, pero quería asegurarse.

—Jayden Latorre.

—¡Joder! —exclamó—. Ese viejo zorro es más cabrón que García, si sospecha en algún momento de Edna estaremos bien jodidos.

Edna discurrió un plan alternativo.

—Hagamos una cosa, en caso de que así sea y quiera investigar mi caso, haced lo posible porque García también lo sepa, estoy segura de que cuando todas las pruebas lo señalen a él como único sospechoso, intentará ponerse en contacto con el detective y si vemos que se convierte en un incordio, pues no nos quedará otra que liquidarlo también.

Edna regresó al presente al sentir la rudeza con la que la penetraba Expósito. El gemido quedó acallado por la mordaza. Se dejó llevar por el placer del momento al saber que su plan había triunfado y volvían a tener vía libre para seguir vendiendo adolescentes al mejor postor.

26 de noviembre de 2017

Aprovechó para enviar el mensaje mientras Jabel se metía en la ducha, descartó el ruego de hacerlo juntos con la excusa de que tenía que llamar a casa para informarse del estado de salud de su madre.

Sin dejar de observar la puerta, tecleó el lugar dónde irían a comer, no le había costado convencerlo de visitar un restaurante que le habían recomendado. Sabía que el dueño le prestaría la ayuda necesaria para huir.

Aceptó el beso que le dio cuando salió y le cedió el puesto. Interpuso el neceser entre ambos cuerpos al ver sus intenciones, no estaba preparada para sentirlo una vez más dentro de ella sin aquella blanca sustancia, bastante había tenido con el polvo mañanero, ya que no pudo escabullirse para esnifar una raya.

Siempre había odiado las drogas, pero al que pensar que tenía que vender su cuerpo para salir de aquello, fue lo que la llevó a pedirle a Jacobo que le administrase lo suficiente para pasar el fin de semana. Pensaba que bajo los efectos de la cocaína no tendría reparos de llegar hasta el final si él lo solicitaba, aunque tenía claro que después de eso, no volvería a probarla.

Echó el pestillo nada más cerrar la puerta, abrió el grifo para encubrir el sonido al esnifar el par de rayas preparadas. Pasó el índice por la nariz para deshacerse de los posibles restos.

—Si no tardas demasiado, podemos hacer en casa algo de tiempo.

Mordió el labio inferior con rabia, el hombre no había tenido suficiente con cuatro asaltos que solicitaba otro más. Miró la pequeña caja metálica, si repartía bien el contenido le daba para un par más. No tardó en prepararlas y esnifirlas.

Lo agarró de la mano al salir del portal, de aquel modo, evitaba que él se fijase en los temblores que la asolaban. No estaba acostumbrada a consumir y los efectos eran demasiado palpables. Caminaron las pocas calles que los separaban de su destino. Edna soportó las caricias que le prodigó recordándose que en breve finalizaría aquel calvario.

No le devolvió la sonrisa al camarero que les sirvió las bebidas. Aquella era la señal de que todo estaba preparado. Sorbió a pequeños tragos su bebida

sin dejar de observar cada uno de los movimientos de Jabel que casi había acabado con la suya de un trago. Tuvo que esperar a que trajesen los entrantes para que él comenzase a sentirse mal.

—No tienes buena cara, ¿te ocurre algo? —preguntó melosa sin dejar de observarlo.

Conocía los efectos de la Escopolamina, los había suministrado tantas veces para secuestrar a jóvenes, que aquellos sudores y mirada perdida le advertían que la víctima estaba lista.

—No me encuentro bien.

—¿Quieres que llame a tu hermana?

La noche anterior había descubierto que vivía en el mismo edificio y que era enfermera.

—Ya se habrán ido, comen todos los domingos en casa de sus suegros.

—Pues entonces mejor pagamos y nos vamos. Te vendrá bien descansar un rato.

Jabel asintió.

Edna lo obligó a mantenerse sentado mientras ella se acercaba a la barra y pagaba. Recogió las vueltas que le dio el camarero junto a unas llaves.

—Clio azul. Está estacionado en la calle de su casa.

—Gracias por todo.

Apresuró el paso, de no hacerlo, Jabel se desvanecería en plena calle y no deseaba llamar la atención de nadie. Lo tumbó en la cama justo en el preciso momento que los párpados le vencieron. Con premura recogió sus enseres. Cerró la puerta al marcharse. Una vez en el coche puso rumbo a Madrid; su próximo destino.

La noche caía cuando estacionó el coche en el interior del garaje. Estiró el cuerpo al bajar, los músculos le pedían un receso. Unas manos conocidas la sujetaron por la cintura al traspasar el umbral que la llevaba directa a la casa.

Toda ella se erizó al sentir las recorrer cada parte de su cuerpo, cómo las había echado de menos esos dos días. La urgencia los llevó al cuarto.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo? —inquirió Expósito sin dejar de acariciarle la espalda desnuda.

—Sí, lo hemos hablado en innumerables ocasiones y es nuestra única salida.

—Mira que ellos no van a ser tan condescendientes como yo. No quiero que pases por esto, tú misma nos has visto y sabes cómo acaban las chicas. No quiero eso para ti.

—No te preocupes por mí, podré soportarlo. Además, estoy segura de que al ser yo, no me tratarán como a ellas.

Expósito no la contradijo, no deseaba alarmarla, sabía las ansias de sus dos socios porque llegase el lunes y hacer con ella lo mismo que hacían con las niñas.

03 de diciembre de 2017

Ladeó el rostro, apostado en el quicio de la puerta él la observaba. No intentó cubrir la desnudez, conocía su cuerpo como la palma de su mano.

—¿Qué haces aquí?

—Hoy es el día —comentó Expósito adentrándose.

Las lágrimas se prestaron raudas a lavarle la cara, jamás imaginó el calvario por el que la harían pasar, cuando ideó el plan estaba convencida de que no la tratarían como a una de las chicas. Procuró almacenar los recuerdos en el baúl del olvido y echar la llave para no recordarlos jamás.

Expósito tomó asiento a su lado y la acunó, le dolía verla en aquella tesitura.

—Te supliqué que no lo hicieras.

—¿Y cómo estaríamos entonces? Pensé... —enmudeció. No quería hablar más del tema.

—Que ellos te tratarían como yo —finalizó por ella.

Asintió. Aquella había sido su idea, que mostrarían la delicadeza con la que Expósito la había tratado durante la semana.

—Estaban ansiosos porque llegara el día. Tuve que habértelo dicho el domingo, quizá te hubieses echado para atrás.

Negó. Nunca se hubiese retractado de su propio plan.

—Ya ha acabado.

—Y no sabes lo que me alegra.

—¿Cómo lo vamos a hacer?

Él pasó las yemas por los brazos desnudos. Deseaba poseerla en aquel instante, pero era consciente de que su cuerpo no soportaría una embestida más. El tiempo que se verían obligados a estar alejados, serviría para que ella se recuperase.

—Te voy a sedar más de la cuenta, te llevará un par de días despejarte del todo. Después te llevaré hasta la estación de Alcira, es pequeña y casi nadie coge el tren desde ahí.

—De acuerdo. ¿Me has traído algo de ropa?

—No. Será más impactante que subas al tren desnuda, mugrienta y con

sangre.

Alzó las cejas.

Expósito le acarició la mejilla.

—No te preocupes, la sangre no será tuya.

No tuvo que preguntar de dónde la sacarían. Alargó el brazo para que le inyectase el sedante.

—Nos vemos cuando las aguas se calmen —dijo Edna después de darle un beso en los labios.

Se recostó sobre el camastro a la espera de que el sedante hiciese efecto. Tenía claro que una vez despertara, podía dar por finalizada aquella pesadilla.

## AGRADECIMIENTOS

Como es habitual, llega el turno de los agradecimientos. Os juro que cada vez se complica más, llega un punto que una no sabe qué poner para agradecer a las personas que siempre están a mi lado el apoyo que me brindan con cada nueva novela. En fin, será cuestión de intentarlo.

Eso sí, antes de empezar con ellos, quiero comenzar por ti, querido lector. De nuevo, mil gracias por concederme tu valioso tiempo y leer *Sedienta*. Por muchas personas que me apoyen a diario y permitan que me clausure durante días, nada de esto sería posible sin cada uno de vosotros. Porque un autor sin lectores no es nada. Por ello, gracias infinitas.

¿Mi familia? Sin ellos tampoco soy nada. Son ellos —sobre todo mi madre y mis hermanas— quienes demandan con más asiduidad una nueva obra. Lo mismo piensan que las ideas crecen por las esquinas (risas). Tanta insistencia tiene sus frutos y no son otros que nuevos personajes. Ya sabéis que os quiero, pero nunca está de más decirlo.

Otra que no cesa en insistir —en realidad ella no insiste, reclama nuevas novelas— es mi editora. Sé que con esta historia te he puesto contra la espalda y la pared, que de no ser mía jamás la habrías leído. No sabes cuánto te agradezco la confianza depositada en mi trabajo y que no me hayas dejado más tirada que a una colilla, has estado ahí durante todo el proceso aconsejándome como siempre. De sobra sabes que si estoy donde estoy es gracias a ti. A que desde un principio has sido sincera y —en ningún momento— me has regalado los oídos, que con cada historia has hecho que me supere y no me conforme con el borrador inicial, siempre has señalado dónde falla o cojea cada historia. No viviré lo suficiente para agradecerte todo el esfuerzo empleado en mí. Gracias de corazón.

Por último, y no por ello menos importante, llega el turno de las lectoras cero. Aunque al inicio del libro ya os lo he dedicado, quiero volver a daros las gracias por el apoyo prestado. Estas tres magníficas son: Dolores Balsalobre, Mari Carmen Gañan y Toñi Membrives. Sin vosotras tampoco podría finalizar las novelas. Mil gracias de corazón.

# BIOGRAFÍA

Aeryn Anders nació un caluroso viernes de 1979 en la ciudad del sol.

Como buena aficionada a las letras, comenzó su andadura por estos lares allá por 1989 cuando dedicaba las tardes a escribir cuentos breves. Con doce años creó su primera novela corta y durante los siguientes años, prosiguió narrando todo aquello que se formaba en su cabeza, aunque no fue hasta 2014 que publicó su primera novela.

Cuenta en su haber:

## **Novelas:**

La bilogía de thriller romántico *Tras tu rastro* que se compone de:

- *Tras tu rastro* (2014)
- *Vindicta* (2017)

El thriller: *Tumbas de Fuego* (2018)

Novela negra: *Sedienta* (2018)

## **Relatos:**

*Piero Cassavacchi—Fantasmas del pasado* (2017), *Roja Navidad* (2017), *El reflejo del alma* (2016) publicado en la revista *Mangata Magazine* y *Espacio Ulises* y *Sedienta* (2017) publicado en Buenos relatos.

Compagina la escritura con su otra gran pasión: El diseño gráfico. Los largos días de verano los dedicaba a escribir y a dibujar. En la actualidad es la diseñadora y maquetadora de [Mangata Magazine](#).

Puedes seguirla:

**Facebook:** <https://www.facebook.com/Trasturastro/>

**Twitter:** @Tras tu rastro

**Instagram:** @aeryn\_anders

**Blog personal:** <https://laventanadeaerynan.wordpress.com>



# ÍNDICE

1  
2  
3  
4  
5  
6  
7  
8  
9  
10  
11  
12  
13  
14  
15  
16  
17  
18  
19  
20  
21  
22  
23  
24  
25  
26  
27  
28  
29  
30  
31  
32  
33

AGRADECIMIENTOS

BIOGRAFÍA